

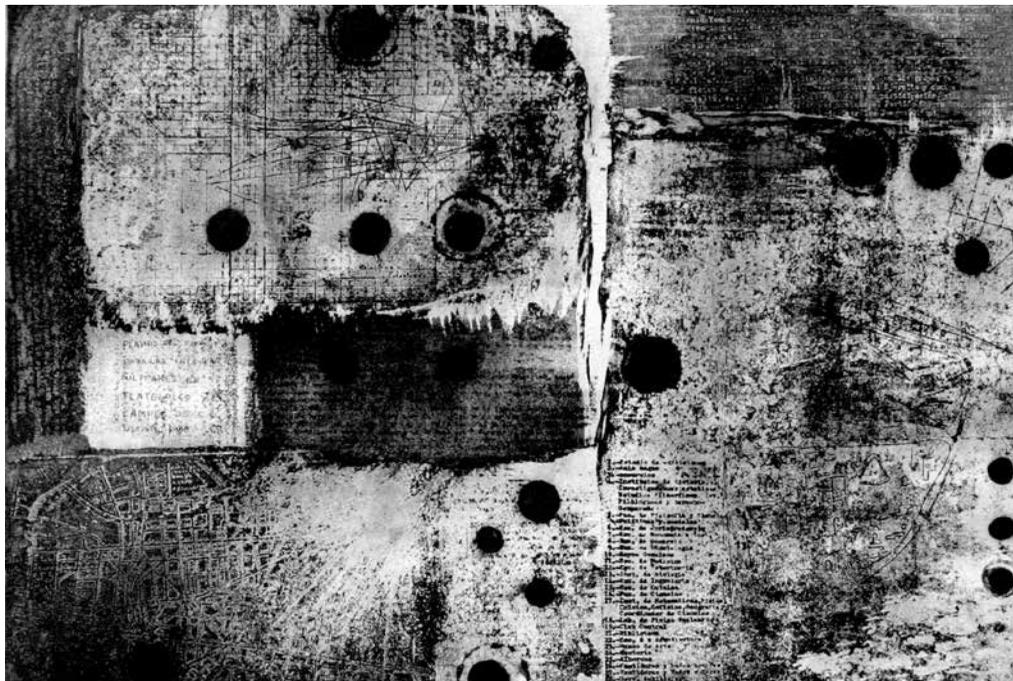
punto
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

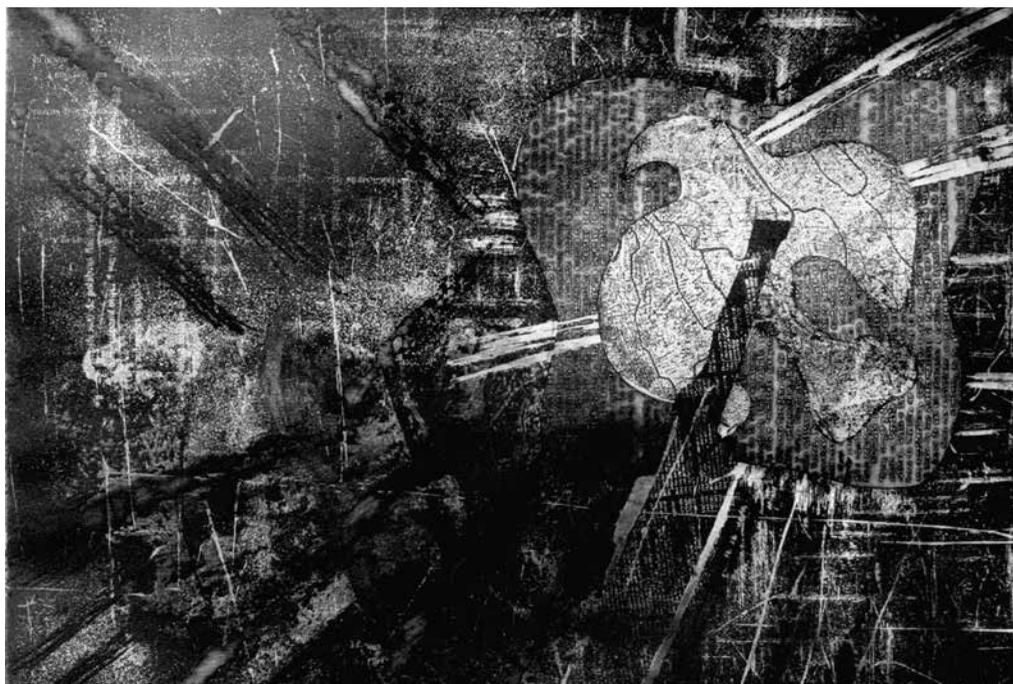
ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

La muestra de imágenes que acompaña al *dossier* de crónica de este número ha sido compilada por la diseñadora y comunicadora visual Stephani Sánchez, profesora de la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM. Reúne obra de profesionales y estudiantes provenientes de esa entidad académica: Enrique Dufoo (maestro), Vicente Jurado (egresado), junto a cinco alumnos de la carrera de Artes Visuales: Jairo Itzamna, Frida Sánchez, Fernanda Cisneros, Liliana Jiménez Portnoy y Yanka García.

IMÁGENES DE PORTADA Y CONTRAPORTADA



Vicente Jurado, *Rumores agrios*, aguatinta, aguafuerte, azúcar y zinc/papel guarro, 33 × 45 cm, 2006



Vicente Jurado, *Yo ahora estoy muriendo*, aguatinta, aguafuerte, azúcar y zinc/papel guarro, 33 × 45 cm, 2006

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Washington / enero 2017 / Antonio Turok	8
CATORCE CRONISTAS (1983-1991)	
México en catorce historias / Daniela Rea y Emiliano Ruiz Parra	14
Vivir con el narco / Carlos Manuel Juárez	16
El hombre que llegó al final / Caracol López	21
Los pollos ya no valen lo que antes / Luis Chaparro	25
Casete marca Tiempo / Ana Emilia Felker	31
Treinta días sin Jesús, el joven catequista de Nochixtlán / Heriberto Paredes Coronel	35
Memorias de una eterna parranda llamada El Jacalito / Ollin Velasco	41
La muerte del rey salsero / Juan E. Flores Mateos	47
Carta a Felipe / Arturo de Dios Palma Ocampo	52
Los jornaleros de Tierra Negra / Carlos G. Ibarra	54
La esperanza verde / Neldy San Martín	58
Los sueños de un abrazo / Hugo Roca Joglar	61
No es cualquier cosa ser El Increíble Samurái / Aranzazú Ayala Martínez	65
Veracruz: doce metros cuadrados para conjurar el miedo / Carlos Acuña	69
Rallar amapola, ¿juego de niños? / Vania Pigeonutt	76

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 202, marzo-abril 2017
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Passarge
Ilustración de este número: Stephani Sánchez (compiladora)
Impresión en offset: Offset Rebosán S.A. de C.V.
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco Tlalpan
Ciudad de México, 14370

© De las crónicas, sus autores y los medios de publicación original.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

“Escribir crónica implica romper el cerco que nos separa del otro.” Eso afirman en su presentación a este *dossier* los periodistas Emiliano Ruiz Parra y Daniela Rea, antólogos de la muestra de crónica que ocupa las páginas de este número de *Punto de partida*. En un mundo donde la capacidad de asombro es rebasada diariamente por la violencia e intolerancia que campean en la vorágine de información en la que estamos inmersos, qué mejor género que la crónica, esa que implica romper el cerco, para derribar los velos que, muros al fin y al cabo, se ciernen sobre nuestros ojos.

Así, Rea y Ruiz Parra han compilado una muestra con un título por demás acertado: “México en catorce voces”. Catorce cronistas, seis mujeres y ocho hombres —varios de ellos egresados de esta Universidad Nacional— que abordan sucesos ocurridos a lo largo y ancho de la República Mexicana con enfoques estilísticos variados, desde la nota periodística tradicional hasta estructuras narrativas que tienen mucho que ver con las del cuento, el ensayo e incluso la carta. Todas, sin embargo, fieles al principio de su género: el apego a la verdad, a la realidad que se vive, nos guste o no, en nuestro país. Esta selección de textos está acompañada, a manera de discurso paralelo, por una serie de imágenes con claro contenido de denuncia curada por Stephani Sánchez, profesora de la Facultad de Artes y Diseño, quien ha reunido para este número obra de maestros, egresados y estudiantes de esa instancia académica. Otra forma de hacer crónica.

Por si fuera poco, la victoria de Donald Trump en la elección presidencial de Estados Unidos ha convertido a México en uno de los depositarios visibles de la ira del empresario gobernante, y aunque es cierto que la intolerancia no empezó con su campaña, ésta visibilizó el racismo, la xenofobia, la misoginia que subyacen en una parte de la población del vecino país —vemos cada vez con más frecuencia y alarma manifestaciones de este tipo en redes sociales—. Pero la construcción de un megalómano muro fronterizo, motor de la campaña del empresario, no sólo se erige como símbolo de exclusión —resguardarse del Otro, la amenaza— sino que se ha convertido también en una metáfora de la resistencia de ese Otro-nosotros. Desde el día de la toma de posesión de Trump se han sucedido marchas en todo el mundo que desmienten los datos esgrimidos por la Casa Blanca para justificar la construcción de una obra que remite a trágicos momentos de la historia de la humanidad.

Por eso, en congruencia con la postura asumida por la Universidad Nacional, *Punto de partida* comparte con sus lectores una crónica gráfica que atestigua la rebeldía en el mero corazón del imperio: el fotoperiodista Antonio Turok, a quien agradecemos encarecidamente su generosidad, viajó a Washington en enero pasado para registrar las manifestaciones sociales alrededor de la toma de posesión del presidente electo y comparte con nuestros lectores, en la sección Del Árbol Genealógico, cinco fotografías que forman parte de un extenso fotorreportaje sobre el tema. La imagen como denuncia. La denuncia como vía de resistencia.

Hacemos, desde este espacio, votos porque nuestros jóvenes puedan construir un mundo donde la equidad y el respeto a la diferencia sean la tónica y no la excepción. 

Carmina Estrada

Washington / enero 2017

Antonio Turok





NOT MY
PRESIDENT

Black
Lives
Matter

NASTY WOMAN

SEKEEPING

CLUB

KEEPING





Estas imágenes pertenecen a una serie fotográfica realizada entre el 19 y el 21 de enero en distintas manifestaciones ciudadanas a propósito de la toma de posesión de Donald Trump como presidente de Estados Unidos. Forman parte de un extenso reportaje gráfico que será publicado próximamente por Ediciones Era.



Antonio Turok (Ciudad de México, 1955). Es fotógrafo documental desde hace cuarenta años. Ha colaborado en publicaciones como *Aperture*, *Camera Work*, *Cronica*, *DoubleTake*, *Paris Match*, *Proceso*, *Stern*, *Texas Monthly* y *The Independent*, así como en varios libros colectivos editados en México, Estados Unidos y Europa. Es autor de los volúmenes *Imágenes de Nicaragua* (Casa de las Imágenes, México, 1988) y *Chiapas. The End of Silence/El fin del silencio* (Fundación Aperture / Ediciones Era, 1998). Ha recibido la Beca de la Fundación John Simon Guggenheim, el Premio del Mother Jones Fund for Documentary Photography, la Beca del Museum of Photographic Arts de San Diego, California, para el proyecto documental *Los vecinos, dos caras de una moneda*, y la Beca del Fideicomiso para la Cultura México-Estados Unidos para el proyecto *Maya in the United States*. Obras suyas forman parte de colecciones privadas y de museos como el Philadelphia Art Museum, Los Angeles County Museum of Art-Colección Fotográfica, Wittliff Gallery of Southwestern and Mexican Photography, Brooklyn Museum-Colección Fotográfica, y el Centro Cultural Latinoamericano en Munich, entre otros.

México en catorce historias

Daniela Rea y Emiliano Ruiz Parra

La crónica es la literatura de lo concreto: el oficio de contar historias de seres humanos tangibles, con nombre y apellido, que nos han compartido una parte de su vida y que, probablemente, leerán los textos que escribimos con sus recuerdos. Al estar hecha de experiencias reales, la crónica se para ante la sociedad y la interpela, por eso suele ser una literatura politizada y casi siempre crítica.

Escribir crónica implica romper el cerco que nos separa del otro. Observar el entorno, escuchar a sus actores y testigos y, cuando es posible, estar presente en los acontecimientos. El cronista colecciona detalles, preguntas y emociones y, con éstos, emprende una escritura que, si bien es veloz y urgente, mantiene la misma ambición creativa que sus hermanos en la familia de los géneros literarios: el ensayo y el cuento.

En las siguientes páginas se presenta una geografía del país escrita por catorce cronistas que están entre los veinticinco y los treinta y tres años.

Reporteros valientes —además de buenos escritores— nos llevan a la sierra de Guerrero en donde los niños rallan amapola; a la frontera de Nogales a entrevistar a polleros; a un funeral en Oaxaca tras una represión política; a los campos de jornaleros migrantes en Baja California Sur, y a otros extremos de la realidad nacional.

Sin embargo, así como nos proponen un viaje por las entrañas dolorosas de México, estos autores también se internan en los abismos del alma de sus personajes: aquí seguimos el periplo de un indigente de la Ciudad de México o

Vicente Jurado, *Muros de hierro*, dibujo digital, 25 x 50 cm, 2017



la batalla de una joven lesbiana de Milpa Alta por defender su identidad. Incluso una de las autoras explora su amor y su sentimiento de culpa en el obituario de su propio padre. Se trata, en suma, de una generación de periodistas que aprendió a escribir durante la “guerra contra el narcotráfico” y la crisis de derechos humanos por la que atraviesa la nación, pero cuyas búsquedas temáticas y estilísticas apuntan a diversas direcciones.

Algunos periodistas están entre las mujeres y los hombres más valientes del país, jugándose la vida en las calles. En esta selección hay varios de ellos, reporteros independientes que escriben con agallas en medio de la precariedad laboral. Han llegado a donde nadie más va, han hablado con quienes nadie más habla y han vuelto para contarnos la historia del México contemporáneo. He aquí un fresco necesario de la realidad nacional en la pluma de catorce estupendos cronistas. 

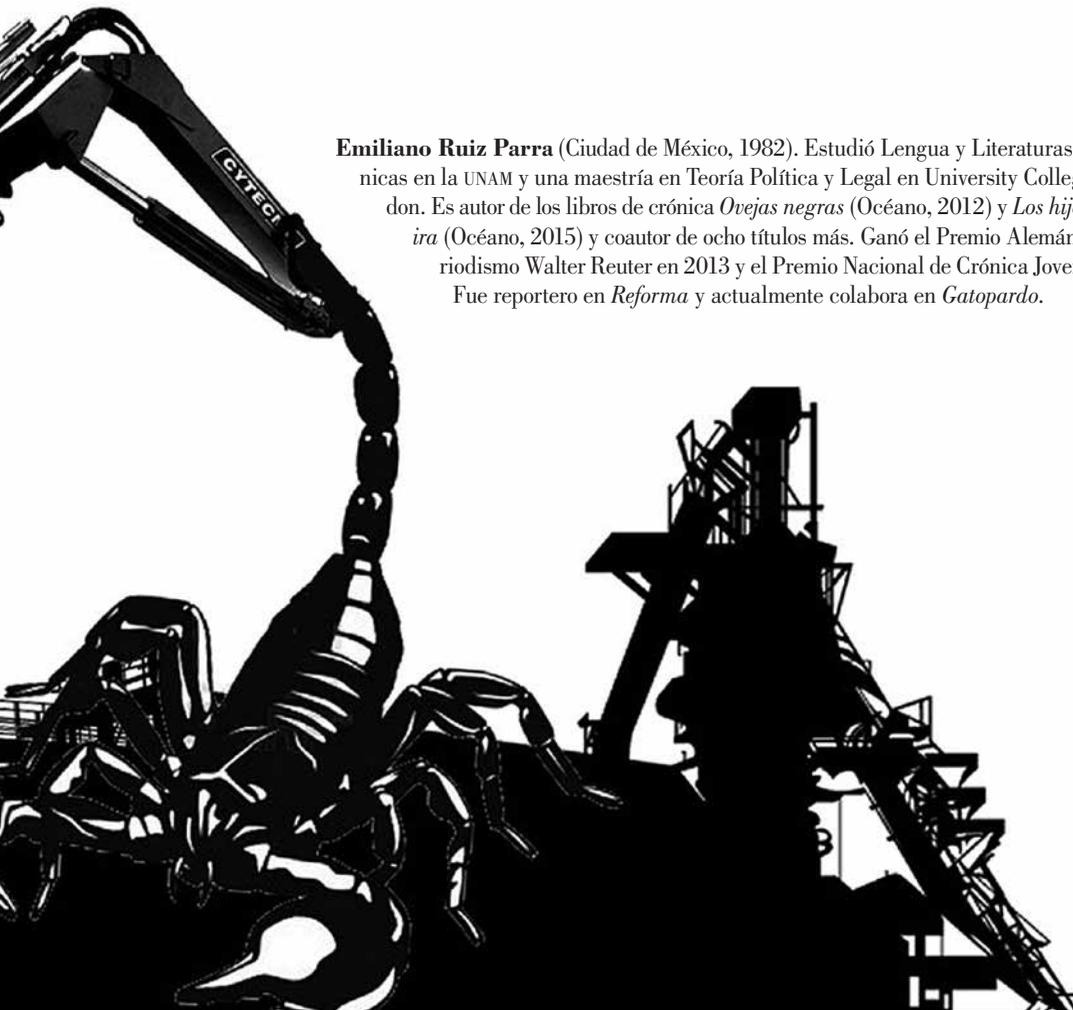
Daniela Rea (Irapuato, Guanajuato, 1982). Estudió Comunicación y Periodismo en la Universidad Veracruzana. Es autora de *Nadie les pidió perdón* (Urano, 2015). En 2013 recibió el Premio a la Excelencia Periodística PEN Club.



Emiliano Ruiz Parra (Ciudad de México, 1982). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM y una maestría en Teoría Política y Legal en University College London. Es autor de los libros de crónica *Ovejas negras* (Océano, 2012) y *Los hijos de la ira* (Océano, 2015) y coautor de ocho títulos más. Ganó el Premio Alemán de Periodismo Walter Reuter en 2013 y el Premio Nacional de Crónica Joven 2016. Fue reportero en *Reforma* y actualmente colabora en *Gatopardo*.



Foto © Marcela Tinoco



Vivir con el narco

Carlos Manuel Juárez

TAMPICO, TAMAULIPAS, 1985

Una troca blanca chocó contra un poste en la avenida. Mi compañero de trabajo me avisa. Es la segunda nota del día. Me apresuro. Llego. Mis compañeros y yo nos acercamos a la escena, sacamos las cámaras, enfocamos.

Una camioneta de lujo, último modelo, es la dañada. Avanzamos, levantamos las cámaras:

—¡Ábranse, panochones! ¡Éste no es un jale que vaya a salir en los periódicos! ¡Órale, cabrones! —grita la conductora y baja de la camioneta para revisar la defensa. Estatura media, tacones, cabello lacio teñido de rubio, piel blanca; nos mira con ceño duro y vuelve a gritar:

—¡A la chingada, panochones!

No entiendo lo que nos dice, percibo que no quiere que fotografiemos el accidente. Para evitar agresiones, acordamos esperar a los peritos de Tránsito y Vialidad. Apagamos las cámaras. La conductora sube a la camioneta, habla por celular, nos vigila.

Un par de agentes de tránsito llega en una patrulla. Desde ahí ven la escena, pasan de largo y se van.

—Vamos a sentarnos al Oxxo, desde ahí sacamos las fotos —le propongo a mis compañeros.

Damos los primeros pasos y vemos un convoy de camionetas con hombres armados. Atraviesan la avenida y llegan hasta la esquina del choque. Detienen el tráfico de mediodía y rodean la camioneta. La rubia se cambia

a un carro negro. Ellos la protegen y arrancan. El convoy enfila hacia nosotros, se detiene.

—Dejen de estar de panochones y pónganse a jalar —dice la misma mujer, y siguen su camino. El sonido de los motores, las armas y el sol me confunden. Los coches vuelven a circular hacia el puente, dos señoras cruzan la calle.

—Era una vieja de la maña —suelta uno de mis compañeros mientras andamos hacia el centro.

Ésa fue la primera vez que oí la palabra *panochón*. A partir de ese día la he escuchado con regularidad. También descubrí otras palabras relacionadas con el crimen organizado que aparecieron en el lenguaje popular de esta zona del país:

Panochón es el reportero que, al atestiguar un hecho delictivo del crimen organizado, es ubicado y amenazado por delincuentes.

El panochón puede convertirse en *dedo* (persona que delata) de la *maña* (sinónimo de cártel).

El panochón puede recibir una *llamadita* del *jefe* (regañón del líder de la plaza).

El panochón rebelde puede ser castigado con *manitas* (serie de cachetadas), *tablazos* (golpes con tabla de madera en la espalda y asentaderas), *tijera* (corte de extremidades), *fogones* (quemaduras en el cuerpo) o *piso* (asesinato).

Lo que aquí narro es real. Ha ocurrido en algunos lugares de México, en distintas ciudades y diversos momentos: Mientras los reporteros nos convertíamos en

Esta crónica se publicó en *Animal Político* bajo el título de “Periodismo en Tamaulipas: aprender a guardar silencio”, <www.animalpolitico.com/vivirconelnarco/aprender-a-guardar-el-silencio.html>.

Carlos Manuel Juárez. Estudió la licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Tamaulipas. Ha publicado crónicas y reportajes sobre víctimas y victimarios de la guerra contra el narcotráfico en *El Universal*, *Milenio Diario*, *24 horas* y *Animal Político*. En 2013 inició el proyecto “En el recuerdo me hallo. Crónicas de huapangueros de la huasteca tamaulipeca”, para recopilar la memoria de los músicos y poetas tradicionales. Actualmente acompaña a familias que buscan a sus desaparecidos en el territorio tamaulipeco.



Foto © Oscar Martínez López

panochones, los convoyes de civiles armados superaban en número a los de la Policía Estatal; los enfrentamientos se multiplicaban, pero la vida diaria no paraba.

En la primavera de 2010 se supo que había un vocero del crimen organizado. En los días posteriores, un reportero —a nombre del representante— citó a un grupo de compañeros. Nos advirtió quién citaba y qué sucedería si no asistíamos por la madrugada al parque. A las tres de la mañana llegó el mensaje de confirmación del *juntón* (encuentro convocado por los narcos). Los catorce reporteros llegamos juntos y nos pidieron los datos generales. Un hombre apuntaba en una libreta. El vocero explicó las nuevas reglas: nadie difunde material sin que pase el filtro del jefe; nadie puede ignorar las llamadas telefónicas de la vocería; nadie puede negarse a recibir *piscacha* (en el ambiente político esta práctica es conocida como *chayote*, extorsión que reparten los presidentes, diputados y gobernadores) de los capos.

O se convierte en enemigo.

Los directores, los jefes de información y los reporteros de radio, prensa y televisión aceptamos y trabajamos con las reglas del cártel que gobierna la región donde vivimos.

El que no quiere, renuncia.

El que no acepta, rompe o evade las reglas es castigado.

Los jefes de plaza son capturados o mueren, pero las reglas persisten.

Este régimen de control se creó en la guerra entre el cártel del Golfo y los Zetas. En un primer momento, las bandas delictivas bloquearon la difusión de las batallas perdidas o las capturas de los capos y los lugartenientes.

Cada cártel impuso su línea editorial, sus incentivos a las mejores notas y también las penas. La imposición del miedo en las redacciones de la zona se supo rápidamente. En un lustro, estas reglas se transformaron y penetraron en las principales plazas del crimen organizado. Las oficinas de comunicación de los gobiernos municipales y estatales fueron rebasadas. El único poder era el del narcotráfico. Se adueñó de la palabra, de la calle, de las miradas, de la vida.

Nuestra jornada de reporteo se transformó poco a poco. De registrar accidentes o riñas pasamos a fotografiar diez personas ahorcadas colgando de puentes, cinco cuerpos descuartizados, cuatro personas asesinadas cuyos cuerpos eran tirados en la calle, envueltos en sábanas.

Al ver los cadáveres en las calles no sentí miedo ni asco. Una honda confusión bloqueaba el terror. La desconfianza reinaba en la jornada de trabajo. Al ver a amigos, personas conocidas, hombres y mujeres respetados por la sociedad, asesinados y señalados con narcomensajes, la zozobra se extendía.

Un par de compañeros pidió trabajar solamente durante el día. Las notas exclusivas desaparecieron. Antes, quien llegaba primero al choque, al asesinato, al suicidio, lograba las mejores fotografías o el dato extraordinario. Después, no volvimos a reportear solos. Pero ese plan de protección que hicimos de manera instintiva fue insuficiente para controlar la ansiedad de atestiguar lo que sucedía en la calle.

Además, los medios —sobre todo los manejados desde otras ciudades— no protegieron a sus trabajadores. Un compañero quedó en medio de las balas de soldados y sicarios. Días después contaba entre risas que, al tirarse

pecho tierra, lo que temía era el regaño de su mujer por la mancha de aceite en la camisa.

Esa experiencia no fue suficiente. Las imprudencias continuaron hasta que un compañero murió en un fuego cruzado. Solamente el capo abatido y los integrantes de las fuerzas armadas asesinados aparecieron en las notas. A mediados de noviembre, los jefes fueron sensatos:

—Nadie va a balaceras. No hay que arriesgarse en esos jales. No vale la pena.

Interpreté la orden como “Trabajen con precaución para llenar de notas las ocho páginas de la sección.” En la realidad no había situación o detenido sin relación con la delincuencia organizada, ya fuera de un grupo o de otro. El ambiente era hostil: el estrés de los soldados, la dejadez de los policías locales, la complicidad de los ministeriales, la dureza de los marinos, el merodeo de los *halcones* (jóvenes vigilantes al servicio del cártel). La noche era un campo de trocas, ráfagas, cadáveres y mensajes dejados presuntamente por el crimen organizado. Los jefes de los medios pactaron cancelar las guardias nocturnas.

Pero dormir, después de saber los planes de guerra y la cantidad de muertos y enfrentamientos, era complicado. No contar nada en casa resultaba lo mejor. Las *cheves*, el antídoto para descansar.

Los cárteles de la droga se metieron a las redacciones, a los foros de televisión, a las cabinas de radio. Cinco o seis compañeros renunciaron para trabajar con ellos. La figura del vocero se consolidó, pese a las capturas y ejecuciones de jefes de plaza.

El vocero es tu cable a tierra. Tener ese vínculo in-

quieta y, a la vez, tranquiliza. La conexión directa es una forma de evitar peligros, algo parecido a lo que sucede en la primaria cuando eres amigo del niño más fuerte, abusivo y berrinchudo del salón. Sabes que sus acciones son irracionales, pero si el maestro no es capaz de reprenderlo, ¿por qué tendría que hacerlo alguien más débil? La cercanía con un bando delincencial te convierte en blanco fácil del grupo contrario. Pocos reporteros confiábamos totalmente en otros colegas. Los grupos de amigos del trabajo se redujeron.

“Esta nota sí sale por encargo de aquéllos. Dale llamado”, se oye a media jornada en la redacción. Nadie detiene el tecleo.

“El detenido de rojo está protegido, no incluyas el nombre”, recomiendan en la prisión preventiva.

“Llamaron de parte de aquéllos para pedir que el choque no salga. No lo metas”, ordena el editor en jefe desde su oficina.

“Hay dos notas de detención. Ni se te ocurra publicar la de acá, coloca la de allá.”

“Amigo, queremos, de favor, que la manifestación vaya de principal, con la foto entera”, me ordena una voz del otro lado del teléfono.

Al mediodía siguiente recibo otra llamada.

—Un capitán de fuerzas federales te busca. Está en la recepción —dice la secretaria.

—¿Qué quiere?

—Es por la nota de portada.

Un día antes, madres de familia de detenidos, acusados de ser integrantes de la maña, protestaron por supuestos abusos de las fuerzas federales.

—Queremos saber por qué publicaron la nota —pre-

gunta el capitán. La redacción la resguardan funcionarios armados en camionetas.

—Se publicó porque consideramos que el tamaño de la protesta lo justificaba y las madres dieron los datos precisos de las acusaciones —respondo. Los nervios provocan que mi pierna derecha se mueva.

—Esos chicos son mañosos. ¡Nada más vea las caras! —dice señalando la portada del periódico y mirando al par de marinos que lo acompaña.

—¿Abusaron de ellos o no? Tiene derecho de réplica —planteo mirándolos.

—Queremos saber por qué publicaron la nota.

—Vaya a los demás periódicos a preguntar, aunque dudo que no sepa que estamos entre la espada y la pared.

—Lo sabemos. Si tiene algo nuevo sobre esto o cualquier situación personal, apunte mi teléfono, para que no haya malentendidos —dice el capitán y se despidió sin cuestionar más.

Al gobierno no le importa. La intervención de fuerzas federales en los operativos provocó los primeros reclamos. Las manifestaciones para denunciar abusos de los marinos se reprodujeron en distintas ciudades de la región.

Son pocas las ocasiones en que el Estado reacciona ante la información difundida con un trasfondo evidente del narcotráfico. Temen señalar: tal cártel o tal otro. Pronunciar sus nombres propios exalta e incomoda a los compañeros. Hay *orejas* (espías que se hacen pasar por reporteros) y medios que nacieron y han crecido bajo el amparo del narcotráfico. El recelo y la cautela en lo que se habla y escribe es una herramienta de supervivencia.

La comunicación se da de voceros a reporteros. En caso de un error del editor, del jefe, paga el reportero. En caso de una falta mayor, estalla una bomba frente a la redacción, desaparece un director o su familia. La autocensura es la manera de sobrevivir. No publicar para no sufrir o morir.

La frustración de no ver circular la información inmediatamente la sobrellevo pensando que en el futuro habrá tiempo para contar lo que vi, la información que obtuve, lo que corroboro con los meses.

Lo único publicado son las repercusiones de la inseguridad: que si la iniciativa privada dejó de producir cuarenta y dos mil millones de pesos; que si se incrementaron al doble los tratamientos del trastorno de estrés postraumático; que si los desplazados, que se cuentan por miles; que si la mayor parte de la clase alta huyó a Jalisco, Querétaro o Texas. A pesar de que no publicamos el horror, los ciudadanos se enteran, nos culpan por guardar silencio, hacen sus maletas y huyen. Cada año, la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad del INEGI confirma que el ochenta por ciento se siente inseguro de vivir en esta región.

Lo asumí: aquí no hay derecho de informar, de trabajar con libertad, no hay seguridad. Secuestran a amas de casa, obreros, niños. Los que comunican vía Facebook o Twitter también son panochones. La diferencia entre nosotros y ellos es que nosotros sabemos qué informar sin correr peligro. Pienso que entre tanta muerte agarrarse a la vida es una manera de luchar.

A partir de 2013 la rutina de trabajo se tranquilizó. Volví a reportear solo. Las exclusivas caían a cuentagotas. La vocería se mantuvo con sus reglas. La población

de panchones aumentó debido a los usuarios de las redes sociales que reportan los hechos delictivos.

Ese leve lapso de calma se rompió de nuevo debido a conflictos entre los mismos cárteles. Los bloqueos, las balaceras, las masacres y el silencio resurgieron. El gobierno quiso imponerse. La desconfianza volvió. En esta región histórica para la delincuencia cualquiera puede ser hijo, vecino, primo, amigo, esposa, hermana de presunto delincuente, o peor, ser sicario, halcón, *estaca*

(guarura del jefe), extorsionador, contador o lavador de dinero. Los informes extraoficiales revelan que en tres meses de 2015 hubo más de doscientos cincuenta cadáveres. Los videos de asesinatos y los mensajes de alerta inundaron las redes sociales. El panchoneo traspasó el poder del medio de comunicación tradicional, la figura del reportero.

Yo, desde la redacción, sigo observando la batalla. Aprendí a ser un panchón, no un héroe. ●

Vicente Jurado, *Rompiendo palabras*, monotipia, aguafuerte, vinil y zinc/papel guarro, 76 × 90 cm, 2010



El hombre que llegó al final

Caracol López

SALTILLO, COAHUILA, 1986

Un editor me dijo alguna vez que, si quería hacer crónica, dejara las modas egocéntricas y escribiera sin meter un “yo” en el texto. Espero que el editor perdone que me salte la cuarta pared. Y es que, verán, mi papá acaba de morir. Además, no escribo crónicas, sino obituarios.

Mi papá vio la televisión por primera vez hasta los catorce años. También leyó a Platón. Venía de un rancho, San José de Ipoa, que por mucho tiempo conservó, como obra de museo, la huella del primer coche que pasó por allí. Vivió en San Luis, Monterrey y Saltillo. Jamás salió del país. Sabía de memoria la Constitución. Era gangoso desde la infancia, hasta que mi madre lo enseñó a hablar. Estudió para ser maestro, pero nunca ejerció porque se vio envuelto en una conspiración que incluyó falsas cartillas militares, una red de corrupción que operaba desde el periódico *Excelsior*, y mucha estupidez juvenil de su parte. No sé si sea cierto o una historia de espías que tejó para mí. Un año antes de morir terminó la carrera de Leyes. Creyó firmemente en el psicoanálisis y en Marx. Empezó a usar zapatos sólo hasta que entró a la secundaria de Matehuala. Sabía solfear y tocar el violín, pero prefería la guitarra y cantar rancheras. Mi papá, Aureliano López Herrera, nació el 16 de junio de 1959 y murió el 2 de septiembre de 2014.

Esto es la historia de mi padre. No es Benito Juárez en bronce. Mi papá se contradijo en todo, siempre.

*

La última vez que vi a mi padre estaba en coma. Aun así le confesé, con ánimo de que su conciencia oyera, que nunca me gustó cómo se veía con el cabello largo. Creo que se lo dejaba largo para acordarse de quién era. Mi papá fue un hombre más bien bajo, con nariz larga y cabello desordenadísimo casi hasta los hombros. No solía usar gel o peinarse bien en coleta. Ni siquiera cuando entró a los juzgados se hizo un corte.

De joven no tuvo el cabello tan largo, pero imagino que en ese entonces no lo necesitaba. Era él, estudiaba en la Normal del Desierto, en Cedral, escuela para hijos de

Este texto se publicó en el periódico *El barrio antiguo* (Monterrey, 2014).

campesinos ixtleros. La fundó una maestra de veintiséis años que roló por la URSS con la intención de conocer su modelo educativo y después trajo la utopía de Antón Makárenko al terregal en San Luis Potosí. Mi padre trabajó en el campo y se educó allí. Se puso pedo con su profe de filosofía mientras leían a Kant y viajó en grupo para conocer a María Sabina. Estuvo en comités y clases. Conoció a mi mamá. El día de su graduación se puso borracho y lideró una protesta que incluyó la “retención” de taxis. No supo en qué acabó el asunto porque despertó al día siguiente bajo un árbol y con un *black out* brutal.

Cuando lo conocí, es decir, cuando nací, mi padre ya era abstemio, pequeño comerciante, y leía libros de Derecho. Usaba pantalones y camisas formales pero desastreadas. Me crió, bañó, vistió, leyó, abrazó y dio de comer durante toda la infancia porque mi madre trabajaba a diario.

El día de su velorio llegaron los amigos de la Normal. Entraron en procesión y ocuparon entera la capilla. Entre virgencitas y coros cristianos cantaron un himno que, dentro de sus múltiples chuladas, tenía estas líneas:

Eres grande, Normal del Desierto,
tú que impartes limpia educación.
En el campo se están preparando
los maestros de la Revolución.

*

Mis padres vivieron juntos treinta y cuatro años, más o menos. Los recuerdo siempre de la mano y yendo al cine los miércoles. Durante un mes, Aureliano compró piñas Chiquita para regalarle las etiquetas a mi madre. Se enamoraron un día que ella traía una flor en la boca y él se la quiso quitar. Mi mamá se puso la flor en la boca para poder detenerse con los dos brazos. Iban en el autobús de la Normal. Él jamás le pidió que fuera su novia, así como nunca le pidió que fuera su esposa, pero le cantó diez canciones.

*

En vez de ser maestro, Aureliano fue dependiente de librería, cocinero, mariachi, corrector de textos, albañil, abogado, tutor de matemáticas, kungfuteka, jefe *scout* y *sex symbol* para las señoras del kínder y la primaria que nos creían huérfanas de madre.

Al trabajo de quesero es al que dedicó más tiempo. Vendía pan, lácteos y carnes frías en las colonias del Topo Chico. Allí tuvo su bodega y una ruta de clientes. El Topo, zona de Monterrey que se constituyó sobre todo con colonias de “poseisionarios”, es un sitio con problemas de violencia. Aureliano anduvo por esas calles, con camisa blanca impecable, pantalón de vestir y el silbido para avisar su presencia. Entre la gente había la orden de “jamás asaltarlo”. Hizo el recorrido durante todos los fines de semana durante veintisiete años.

Quizá por su aura de abstemio lo seguían los borrachos. Aureliano se hacía amigo de ebrios, migrantes y estudiantes pobres. Tal vez porque él fue las tres cosas y recibió ayuda de extraños o porque sacaba de allí buenas historias para contar.

A su funeral llegaron dos camiones llenos con habitantes del Topo. En ellos iban las señoras que esperaban para que les cantara una canción o les ayudara a mover un mueble y luego compraban diez bolitas de chorizo. También fue Lucio, el teporocho local que lo ayudaba a descargar la mercancía.

*

Cuando cumplió cuarenta y nueve le escribí un poema. Dejé el papelito en los zapatos que iba a ponerse. No supe si le gustó o no. Tenía una línea, “mi papá es un don nadie, de esos que cambian al mundo”. Mis hermanas y yo discutimos durante horas sobre si la frase podría sonar hiriente. Tomé la decisión de regalarle el poema, con todo y frase, sin escuchar las justas críticas literarias.

No sé si mi papá fue un don nadie, o un perdedor o un filósofo, o sólo un hombre dulce y triste. Sé que fue un necio. Sé que fue fuerte. En alguna ocasión quiso correr un maratón; el más próximo sería en tres meses y quizá él no estuviera preparado. Consiguió que El Capi, un cuidador del parque, lo entrenara. Dos días antes

Caracol López. Estudió la licenciatura en Letras Mexicanas en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Ha publicado en el periódico *Vanguardia*, en el semanario de crónicas *El Barrio Antiguo* y en *VICE*.



de la carrera su entrenador le dijo que no corriera porque la verdad no estaba preparado.

Necio, como los héroes románticos de Víctor Hugo que tanto le gustaban, decidió que sí iba a hacer el maratón. Así que corrió, como muchos otros. Pero a diferencia de ellos, mi papá se fue quedando atrás. Y más atrás. Y más atrás. Y más atrás.

Resultó ser el último de la carrera; las ambulancias de primeros auxilios iban atrás de él, los paramédicos le decían que mejor se rindiera, más porque ya querían acabar su trabajo que por preocupación. Corría muy despacio, resoplaba.

Lo vimos llegar al final. Acabó en cinco horas, dos más que el penúltimo competidor. Todos le aplaudieron mientras nosotras corríamos a abrazarlo: estaba cubierto de la sal que su propio cuerpo sudó. Sonrió, soltó un gargajo y luego nos preguntó que dónde estaba el carro.

*

En mi casa estábamos haciendo un segundo piso. El verano lo habíamos pasado ayudando a Aureliano en su tarea de “echar la placa”, o sea, construir el techo. Los vecinos se rieron de las tres niñas y el tipo que querían, ¡sacrilegio!, poner un techo por sí mismos. Apostaron

que se caería. No se cayó, pero algunos detalles necesitaron la ayuda de verdaderos albañiles. Un domingo, cuando el calor se puso loco en Saltillo, los albañiles le dijeron a Aureliano que tenían sed. Él contestó que podían bañarse en la regadera que acababan de instalar ellos mismos. Después de las carcajadas, mi papá me explicó que los señores querían cerveza, pero no estaba seguro de comprárselas porque los domingos en Saltillo son de “ley seca”. Me opuse con toda mi mojigatería infantil. Al final sí compró las cervezas. Ésa es, creo, la primera quiebra moral que vi en mi padre.

Mi papá murió, y antes de eso llevábamos un año sin hablarnos. No sé si me reconoció cuando fui a despedirme. Estuve un año indignada con él pues descubrí que se había enamorado de alguien. Trató de esconderlo, pero nos enteramos porque traía los bolsillos del pantalón rellenos de poemas. Se portó como imbécil e hizo retemblar a la familia. Así que, con toda mi mojigatería adulta, prendí fuego a los poemas e hice que “recapacitara”. Ésa es, creo, la segunda quiebra moral que vi en mi padre.

No vi lo que debí ver: que la vida es una, el tiempo es corto y la moral es una vara muy seca como para medir a las personas con ella. ♡

Vicente Jurado, *Malos consejos*, estencil, 60 x 45 cm, 2015



Los pollos ya no valen lo que antes

Luis Chaparro

CIUDAD JUÁREZ, CHIHUAHUA, 1987

Legué a Nogales a buscar a Daniel, un traficante de personas y de droga que ha trabajado para el cártel de Sinaloa durante los últimos cinco de sus veintitrés años.

*

En Nogales, el negocio de los indocumentados es muy evidente. En el centro de la ciudad, los polleros acechan a los migrantes que acaban de llegar o a los que fueron recientemente deportados. Los identifican por sus mochilas de camuflaje, por los cobertores raídos, los zapatos gastados y los rostros de cien noches de insomnio. Quienes quieren cruzar, se usan a sí mismos de carnada. Saben que en el centro van a encontrar *pollero*, *guía* o *cruzador*. Que les digan como quieran, el trabajo es el mismo: llevarlos hasta el otro lado de esa valla metálica.

Quienes tienen suerte son llevados a un cuarto de seguridad, una habitación en algún viejo hotel abandonado en el centro donde son secuestrados hasta pagar la mitad de la suma por pasarlos. Quienes no, acuden con el padre Samuel Lozano a refugiarse.

Debajo de un complejo de edificios de ladrillo, junto a uno de los puentes internacionales que conectan a Sonora con Arizona, se encuentra el Comedor Comunitario Kino, un albergue para indocumentados donde acuden a comer, a bañarse y, muchos de ellos, a recibir una última bendición ofrecida por un Cristo-migrante pintado en una pared de concreto, antes de cruzar.

El padre Samuel Lozano, director de Kino, intenta disuadir de cruzar la frontera a los futuros indocumentados. Les explica que lo que meten a esa apuesta entre dos países es mucho: “Es la vida”, dice. El padre señala los edificios de ladrillo. Les dice que ahí arriba se esconden los *halcones*, los ojos vigías del narco, que custodian su albergue las veinticuatro horas, al igual que hacen con los movimientos de la patrulla fronteriza. Luego les hace una pregunta retórica: “¿Tú crees que a ellos les importa llevarte con bien al otro lado?”

*

Esta crónica es inédita.



Frida Sánchez, *Piensa como un campeón*, aguafuerte, 35.5 × 49.6 cm, 2017

Encuentro a Daniel en el lugar donde me citó por Whatsapp. Estamos en el estacionamiento subterráneo de una cadena de supermercados. Tiene veintitrés años, pero parece de treinta y cinco. Moreno, de cabello hirsuto, escupe las palabras con el acento de la región: “Apúrese, oiga, que tengo que ir t’avía por los *pollos* [migrantes] a la casa.” En la parte trasera de la Suburban que conduce lleva los víveres para el trayecto: dos galones de agua, latas de pintura negra —para pintar los galones y que no reflejen la luz—, latas de atún, pan y una mochila camuflada.

Abordo la camioneta y avanzamos al lado este de las vías del tren que divide la ciudad por la mitad. “De este lado puro Chapo, aquí no se mete la gente del otro cártel”, me explica Daniel. Desde 2010 comenzó una guerra entre los cárteles de la droga, principalmente entre los Zetas y el cártel de Sinaloa. El año pasado se dividieron la ciudad: los Chapos al este y los Zetas al oeste.

El hotel es un viejo edificio con un vigilante a la entrada. De ahí salen tres siluetas que luego identifico como dos menores, de quince y dieciséis años, y un adulto de unos cincuenta. Los dos menores van a Tucson, Arizona, a unos cien kilómetros al

Luis Chaparro. Es licenciado en Ciencias de la Comunicación por el Tecnológico de Monterrey, periodista independiente y colaborador de *VICE News*, *El Universal*, *Proceso*, *The Guardian*, Univision, Fox News, EFE, entre otros.



norte de aquí. El adulto piensa viajar hasta Phoenix, unos doscientos kilómetros pasando Tucson.

Pregunto a Daniel si él mismo los va a llevar a sus destinos. “No, ni madre. Yo no más los vo’a cruzar aquí a Nogales y me regreso, mucho pedo, oiga.”

Daniel conduce rumbo al muro. Espejea nervioso, pero mantiene una velocidad discreta. Me cuenta que los dueños de los hoteles son quienes atraen a los futuros migrantes, y que para que él pueda cruzarlos y cobrar hay que “comprarlos”: “Hay que comprar los pollos. Yo le pago como mil pesos por cabeza al del hotel pa’ que me los suelte, y luego yo ya les cobro a ellos por el viaje, depende a donde vayan”, explica.

A Daniel le pagan cerca de mil cuatrocientos dólares por migrante que cruza, pero tiene que darle la mitad a su jefe. Al final se queda con setecientos por cada uno. “Ahorita ya no vale la pena, ya no es lo mismo. Los pollos ya no valen lo que antes. Ahorita vale más un costal de mota que un pollo”, dice así, sin medir sus palabras frente a los viajeros.

*

En el Comedor Kino una joven pareja busca hablar con el padre Samuel. Han perdido a su bebé de meses. “Enviamos al bebito con un pollero que era de mucha confianza, desde El Salvador, iba pa’ Nueva York, pero ya no encontramos ni al pollero ni al bebé”, me cuenta la madre angustiada, mientras el papá habla con el sacerdote. Los padres pagaron seis mil dólares por llevar al bebé de El Salvador a Nueva York, a casa de su abuela. Ellos hicieron el viaje aparte, con otro pollero. Cuentan que los detuvo la patrulla fronteriza sobre una carretera que conecta a Nogales con Tucson y que esta madrugada fueron deportados. “El bebé ya tuvo que haber llegado, pero ni el celular del pollero ni nada, no sabemos nada de él”, continúa la madre, aguantando el llanto.

Daniel me explica que, de esos seis mil dólares, alguien como él, es decir, el cruzador, se queda apenas con unos dos mil. “Un bebé se paga muy caro, es lo que más se paga, y a Nueva York, oiga... sale caro”, dice.

Sin embargo, el pollero recalca lo que dijo antes: hoy es más redituable cruzar droga que indocumentados. Por ejemplo, un kilo de marihuana cultivada en México vale

aquí ochenta dólares, pero al llegar a Nueva York, su precio al mayoreo es de dos mil. Es decir, hay una ganancia de mil novecientos veinte dólares por kilo, según estadísticas de la agencia antidrogas estadounidense (DEA). Los cruzadores reciben la mitad una vez que cruzan. En un solo viaje llevan hasta diez kilos. Daniel dice que la estrategia hoy es tener las rutas abiertas unos días para pollos y otros días para droga.

*

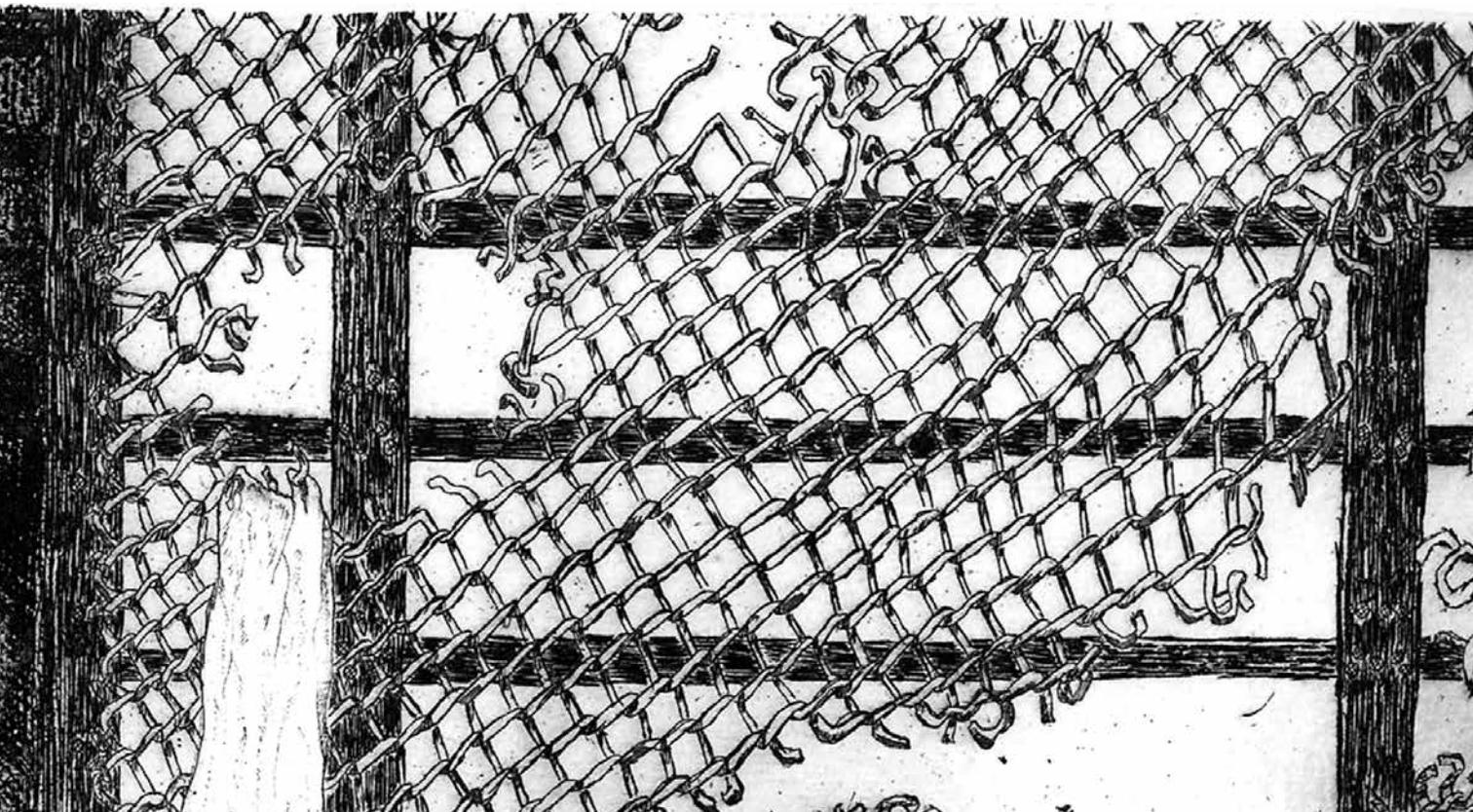
Las estadísticas de la patrulla fronteriza para el sector Tucson colocan a Nogales, Sonora, como el principal cruce de marihuana en toda la frontera sur de Estados Unidos.

En el año fiscal 2015, el último del que se tiene registro, las autoridades estadounidenses decomisaron más de una tonelada seiscientos cuarenta y tres mil kilos de marihuana, muy por encima del sector más cercano, el de Valle de Río Grande, con apenas una tonelada.

En cuanto a arrestos de indocumentados en el mismo año, Nogales tuvo el segundo lugar con sesenta y tres mil individuos, apenas por debajo de Valle de Río Grande, con ciento cuarenta y siete mil. Pero estas cifras sólo dan una idea del flujo de drogas y personas que existe en esta frontera, como lo explica un patrullero fronterizo: “Eso es lo que nosotros agarramos, piense en todo lo que no vemos o no logramos atrapar.”

*

Enrique Dufoo, *Libertad utópica 2*, aguafuerte, 9.5 x 20 cm, 1995



Al tercer día de llegar a Nogales hago un breve viaje al pueblo de Altar, Sonora, un pequeño asentamiento cuyo negocio más importante son los migrantes. Sobre la avenida principal se han asentado decenas de puestos con ropa de camuflaje, galones pintados de negro y unos peculiares zapatos de alfombra que impiden que los caminantes dejen huellas sobre la arena del desierto.

El pueblo está vacío, con excepción de unas cuarenta personas que se apresuran a abordar un autobús que anuncia Veracruz como destino final. Nadie quiere hablar sobre el motivo de la prisa, de sus rostros pálidos.

Una adolescente y un niño han quedado atrás. El autobús partió sin que nadie me dijera cuál es el apuro y ha dejado a dos rostros morenos, asustados y solos.

Mary —la adolescente— me pide un aventón de regreso a Nogales. Me cuenta que la noche anterior intentaron cruzar por Altar, por el desierto, pero que se toparon con una advertencia: “Había siete cabezas de hombres y mujeres tiradas ahí nomás en el desierto. El pollero nos dijo que era una amenaza y que nos regresáramos, y él se fue solo, batallamos hasta esta tarde para saber cómo regresar al pueblo.”

De acuerdo con las noticias locales, siete personas fueron decapitadas en Altar y sus cabezas dejadas entre México y Estados Unidos. El acompañante de Mary, su hermano Luis, dice que escuchó que no había permiso y que por eso los mataron. “No cupimos en el camión, pero ya no queremos cruzar, mejor nos vamos a regresar a Chiapas”, dice Mary.

De vuelta en Nogales me piden que los deje donde el padre Samuel, él les ayudará con el pasaje de regreso a su estado. (Un mes después me enteraré de que Luis se animó a intentarlo de nuevo, por su propia cuenta, sin pollero, y que Mary decidió quedarse a trabajar en la Ciudad de México antes de regresar con su familia a Chiapas.)

*

Daniel ha estacionado la Suburban sobre un montículo de tierra en medio de la nada. Es de noche, y a unos cien metros las imponentes lámparas de halógeno subrayan el muro fronterizo. Detrás, las luces de Nogales, Arizona, saludan parpadeando.

Antes de bajar del auto suena un narcocorrido que ensalza a la gente del Chapo. Es el celular de Daniel. Al otro lado de la línea telefónica están los halcones, llamando desde los techos de los edificios de ladrillo tras nosotros. Le dan indicaciones sobre la ruta y los movimientos de los patrulleros.

“¡Eh, morros, esto va a ser en chinga, eh! De volada vamos a caminar pa’l monte, cruzamos el arroyo y nos vamos flanqueando el muro, ¡arre!”, dice Daniel al tiempo que acomoda las provisiones en las mochilas. En el trayecto, mientras avanzamos a tientas porque esta noche la luna no nos acompaña, pregunto a Daniel si ha escuchado lo que pasó en Altar. Su respuesta me deja intranquilo: “A ver si no nos pasa lo mismo, chingada madre. ¡Apúrensen! Ahorita no hay permiso, no hay clave para cruzar. Si nos encuentran, aunque sea de la misma gente [del Chapo], nos cortan la cabeza, porque estamos calentando el terreno pa’ los que cruzan droga. Ahorita nomás hay permiso pa’ droga”, me explica.

Los cárteles en Nogales funcionan como una empresa. Hay rangos, horarios, claves y salarios. A los hombres que vigilan nuestro camino desde los techos se les paga trescientos dólares por viaje —ese precio hoy corre por cuenta de Daniel, pues no ha reportado este viaje a sus jefes—; a los polleros se les paga mil cuatrocientos dólares y se les entrega una clave que hay que dar llegado el punto de revisión. Pero hoy no hay clave ni permiso para pollos, esta noche se ha dado una clave exclusiva para quienes llevan drogas, y Daniel está jugando su suerte.

“Le vamos a dar la vuelta a los *vatos* [los hombres armados instalados en el retén] que están allá más adelante; nomás callados, morros”, dice.

*

A la mañana siguiente, la pareja que perdió a su bebé está de nuevo con el padre Samuel, ahora con buenas noticias. El pollero se perdió en el desierto por algunos días, pero el bebé está a salvo con su abuela en Nueva York. La pareja va a intentar esta semana reunirse con su pequeña hija.

El padre Samuel no se los recomienda, dice que valen más unos padres con vida. Aun así, sabe que sus palabras no tendrán sentido para ellos.

Junto a una veintena de indocumentados, la pareja se hinca frente al Cristo-migrante. Ambos se persignan, hacen una breve oración y recogen sus mochilas. Los veo alejarse sobre la carretera que va a Estados Unidos. Me pregunto cómo podría explicarles que un costal de hierba vale más que su bebé.

*

Hasta el día de hoy, meses después de mi viaje a Nogales, sigo esperando noticias de Daniel. Le perdí el rastro la noche del viaje. A una hora de caminata por las oscuras fauces del desierto se detuvo y me pidió que regresara. Me dijo que ya a unos metros estaba el retén y que él “se la iba a rifar”. Conservo un breve video de ese momento, grabado desde mi cámara de visión nocturna. Las pupilas de Daniel brillan abiertas, profundas. Las sombras de los migrantes se dibujan tras él. El video se corta cuando me pide que regrese.

He buscado en las noticias algo que apunte a él o a los migrantes que lo acompañaban, pero no he encontrado nada. Los mensajes que le envió por Whatsapp me dan una sola palomita.

Daniel: espero que hayas extraviado el celular o que te haya arrestado la patrulla fronteriza. Espero que hayas sabido dar la vuelta al retén “de la gente”. Espero que algún día ese muro caiga y vivas para verlo, y como dijiste: “Si Trump levanta más el muro, no va a cambiar nada, la gente va a seguir cruzando.” 📍

Casete marca Tiempo

Ana Emilia Felker

CIUDAD DE MÉXICO, 1986

*El exceso de espacio nos asfixia
mucho más que la escasez*
Gastón Bachelard, *La poética del espacio*

Salomón Martínez Torres llevaba una botella tamaño familiar de champú Pantene. La cargaba en sus caminatas por la Ciudad de México porque en el albergue no se puede guardar nada, es obligatorio salir a las siete de la mañana sin dejar rastro. A sus años había recorrido la urbe entera: la calle era su casa; su mochila, la habitación.

Moreno y delgadísimo, al sonreír descubría un agujero donde deberían estar los incisivos superiores. Me trató de dama, señorita, bachiller, empleada. Salomón cargaba también un diario donde anotaba reflexiones, síntomas, quejas, con un cuidado visible en cada trazo. Halagué su letra pensando en cómo se había deformado la mía por el uso y la prisa. Salomón decía ponerse mil máscaras para salir de sí mismo. Mascullaba incomodidades recurrentes, obsesivas, como no tener lugar para dejar la chamarra si hacía calor. Lo acompañé a tramitar un permiso con fotografía para vender en la calle: salvo ésa, no tenía ninguna identificación.

El permiso estaría listo en unos días; la espera lo ponía nervioso. Se tocaba la cara constantemente. Hablaba de una enfermedad que le dificultaba estar presentable, rasurado y alerta. Un documento le facilitaría acercarse

Una versión más extensa de esta crónica se publicó en *Surprise Strassenmagazin* (Suiza, 2016), miembro de la Red Internacional de Periódicos Callejeros (INSP, 2016).



Vicente Jurado, *Palpita, que estoy tendido*, aguafuerte, punta seca y zinc/papel guarro, 45 x 33 cm, 2006

a los demás; sería una prueba de su existencia y legitimaría su propósito, a veces endeble, de sobrevivir.

Seguí andando junto a Salomón; intenté entender su historia fragmentada. Nos tropezábamos al caminar tan pegados. Nuestros pies esquivaron a un hombre que se arrebujaba sobre la banqueta.

Como él, miles viven en la calle. A base de plásticos, cartones, periódicos, cobijas, transforman la hostilidad del exterior en un interior habitable. Le pregunté a Salomón si creía que ese hombre esperaba una nueva etapa o si se había instalado definitivamente en el limbo. Me contestó que hace algunos meses él también se dejaba caer de cansancio y embriaguez sobre la banqueta.

Oriundo de Tepito, Salomón se volvió comerciante, como su padre; vendía casetes marca Tiempo. En una fecha ahora difusa para él, algo salió mal. Pagó una deuda económica con veinte años en la cárcel y recuperó su libertad hace tres. Tepito es un cementerio de ambiciones donde “la miseria se combate con un trago, la artesanía se ejerce llorando en el hombro del compadre” y, supuestamente, “nadie fracasa más que otro”. Sin embargo, incluso en ese barrio legendario, cuya solidaridad interna retrató así Monsiváis, se excluye a quienes “se dejan”.

Salomón no recordaba la última vez que contactó a su familia, pero sabía los teléfonos de memoria. Antes de despedirnos, me pidió anotarlos por si algo le sucedía. “Un indigente es alguien sin gente”, dijo, y su interpretación fue más acertada que la etimología de la palabra: el que no dispone.

Historias como la suya abundan. Algunos vagabundos son islas que luchan por mantener el nivel del agua

a raya; otros son archipiélagos, se agrupan para darse calor en las noches a la intemperie. Hay quienes se hunden poco a poco en la invisibilidad absoluta.

Recurrentemente, el albergue recibe a Salomón después de múltiples recorridos por la ciudad. En la oscuridad del pasillo aparecen quienes prefieren la soledad al barullo del patio central donde se forma una larga fila de hombres rumbo a la cocina: algunos están en silla de ruedas, otros llevan bastones, otros más una cobija al hombro. En estas fechas, el altar a la virgen María, que preside el patio, está rodeado de foquitos navideños. Después de cenar, Salomón va a la bodega que comparte con diecinueve hombres más y se recuesta en una litera desvencijada.

[Mi Valedor]

Salomón fue la primera persona que conocí al visitar las oficinas de *Mi Valedor*. Apenas lo saludé y ya me había abierto las puertas de su mochila. Tal hospitalidad me inspiró a seguirle los pasos para conocer dónde y cómo habitan los fantasmas que deambulan, a un ritmo más lento, entre los más de veinte millones que aceleramos a diario la capital. Los anónimos cuya presencia queda vagamente registrada. Según el censo más reciente (2011-2012), cuatro mil personas viven en la calle. Bastaría recorrer las coladeras, los túneles del Metro, el Centro Histórico, la Merced, para refutar la cifra oficial. Tan sólo en el albergue de La Coruña, el más grande de la ciudad —donde duerme Salomón—, se refugian más de mil.

Ana Emilia Felker. Estudió Periodismo en la UNAM, el Programa de Estudios Independientes del Museu d'Art Contemporani de Barcelona, dirigido entonces por Paul B. Preciado y Marcelo Expósito, y la maestría en Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona. En los últimos doce años ha colaborado en diversos medios como CNN, *Chilango* y *La Ciudad de Frente*. Ganó el Premio Nacional de Periodismo 2015 en la categoría de Crónica por su trabajo “El último viaje: Luis y Juan Villoro”. Ha obtenido los apoyos de la Fundación para las Letras Mexicanas y del programa Jóvenes Creadores del Fonca, ambos en ensayo literario, así como el de Fonca Conacyt para estudios en el extranjero. Es parte del colectivo Tepetongo Balseario Crítico, dedicado a la discusión en torno a los feminismos y la decolonialidad. Este colectivo se encargó del Programa Temático Anual del Centro Cultural Border durante 2016.



Foto © José Luis Castillo

La revista *Mi Valedor* se estableció en la esquina de Bucareli y Atenas, justo frente al reloj que donó el último emperador chino. En su entrada está el logo: [MV]. En gramática, los corchetes encierran un fragmento que no pertenece a la cita y busca modificarla. Desde hace un año, la publicación trabaja, tanto a través del contenido como en la distribución, con las personas que son expulsadas de su entorno hacia la calle, hacia el interior del corchete.

En sus páginas se leen historias como la de Óscar Navarrete, vendedor estrella de la publicación. Él estudiaba para ser profesor normalista cuando comenzó a consumir drogas, a delinquir y luego a recorrer cárceles. Al salir se construyó un personaje de dandi, le gustaba andar de traje y pagar hoteles. Cansado de esa vida, ahorra para abrir una casa hogar.

La revista se lanzó a partir de donaciones, con la intención de ser autosuficientes a través de la publicidad. Las ganancias directas son para los vendedores. Alrededor de quince hombres se surten de ejemplares los lunes en las oficinas de *Mi Valedor*. Las compran a cinco pesos y las dan a veinte; cada uno pide según su talento para las ventas: Óscar, entre doscientas y trescientas; Salomón, dos.

La historia comenzó cuando María Portilla, editora de *Mi Valedor*, estudiaba pintura en Inglaterra y compró por primera vez *The Big Issue*, un semanario de periodismo independiente que dos mil personas, desempleadas o que habitan la calle, venden por todo el Reino Unido. Pensó que esta forma de autoempleo podría reproducirse en México, donde hay cincuenta y cinco millones de personas en situación de pobreza, casi la mitad

de la población. De ellos, once millones no tienen lo básico para subsistir.

Para entender cómo funciona una empresa social —un modelo que apenas existe en México—, María trabajó por una temporada en la sede en Escocia de la red de periódicos callejeros a la que pertenece *The Big Issue* y a la que posteriormente se uniría *Mi Valedor*. La publicación visibiliza la indigencia como problema, pero también permite un encuentro entre los mendigos y quienes los ignoran.

El vagabundo es un disidente: no consume, recicla los desechos de los demás; no ostenta ni agrede, vive en su propio mundo. Sin embargo, sujeto al imperativo masculino de mostrar entereza, no busca apoyo en sus círculos más cercanos: muchos prefieren rehabilitarse lejos del entorno familiar para no mostrarse vulnerables. Para algunos, la calle resulta, en verdad, una isla desierta en donde nadie puede observarlos. Un exterior privado.

En la red de periódicos callejeros, con la que trabaja *Mi Valedor*, han encontrado lo que rompe ese aislamiento y convoca unánimemente: el fútbol. La Homeless World Cup es una competencia con todas las características del deporte profesional que involucra a cien mil personas en situación de calle de setenta y cuatro países distintos.

Además de participar en esta liga, antes de crear la revista, María y sus socias hicieron trabajo voluntario en un centro de apoyo contra las adicciones que se encuentra en la Plaza de la Soledad, en la Merced. Es una zona estigmatizada por la prostitución y la indigencia.

La Plaza de la Soledad recibe a sus visitantes con un arco que dice “Puerta a la vida”. Atrás aparece la expla-

nada desierta y la iglesia con las puertas cerradas. Sobre un muro se lee LA RAYA ES MALA. En las calles circundantes la basura está esparcida o formando montones. Incluso adentro de un altar empotrado en la roca hay desechos.

Hay hombres que parecen desmayados sobre el suelo, otros platican entre sí en las jardineras o en las bancas. Se escucha una música melancólica que viene de los autobuses. Ahí llegan las rutas más económicas del surreste del país.

Track de sueños

La segunda vez que vi a Salomón llevaba en la mochila el mismo champú y su diario. Ese día estaba especialmente radiante. La sonrisa chimuela y los ojos deslumbrados de su rostro se repetían en el rectángulo sobre el pecho: su carnet de identidad. Con ese permiso, esa confirmación de ser de carne y hueso, se convertiría en vendedor oficial de la revista sin que la policía lo molestara. Ahora se llamaría a sí mismo “valedor”, se esforzaría por mantener ese nombre que para él significa ser un amigo.

Caminamos por el Centro: el meridiano que separa al adentro del afuera, al techo de la intemperie. En la Alameda vimos a un hombre deambular mientras hablaba al vacío como un filósofo peripatético. La zona sintetiza la realidad del país: el cine de la época de oro y el *art déco* frente a los mutilados de Jodorowsky. Aquí la monumentalidad de la Historia es reescrita por el grafiti.

La intención de la caminata era vender la revista, pero fui el único cliente de Salomón. Él estaba más concentrado en narrar su historia de corrido, como un casete. Al considerarse una especie de mesías, durante un tiempo se hizo llamar Salvador. Luego descubrió que su nombre original remitía a un peso pesado y se conformó con volver a ser el hijo del rey David. Aunque es difícil desentrañar el sentido de su monólogo, éste le permite ubicarse en el espacio.

Lo asocié con el misticismo de algunas tribus australianas que trazaron pistas de sueños como mapas de orientación. En la mitología de estos pueblos, los antepasados o criaturas soñadoras recorrieron el continente mientras cantaban todo lo que aparecía ante sus ojos. Según relata Bruce Chatwin, lo que sobre el territorio aparentaba discontinuidad, se convertía en una partitura legible para quien repitiera los cantos.

Como ellos, los vagabundos de la Ciudad de México no son nómadas sino errantes. Reconocen el espacio a través de las cartografías que trazan sus pies y las historias que lanzan al aire.

Lejos de las tribus australianas capaces de conectar los sonidos de la naturaleza, en nuestra cultura, “estar rayado” es perder la cordura; ser un disco rayado es reiterarse. Pero al repetirse, Salomón se encuentra. Sus mantras entran verdades, pensamientos sagrados, y los reitera como quien construye una casa de palabras y la lleva a cuestras.

Lado B: encerrado en el exterior

Para los sin casa, los invisibles, la mínima pertenencia es un asidero, un talismán. La última vez que vi a Salomón le faltaba la habitual mochila y el permiso con fotografía colgado del cuello. Le pregunté al respecto con cierto temor. “Me la robaron”, confesó mientras la desesperación inundaba su rostro. Había perdido ese objeto que para él representaba su habitación.

En su acostumbrado tono de letanía dijo que extrañaba la cárcel, que él era Salomón, que se esforzaba por mantenerse rasurado, por ser un hombre de bien, que él se había dedicado al comercio, pero ya no, no podía más: “Ya estuvo bueno.” En la cárcel tenía techo y alimento, era libre de sí mismo. Era liviano. Ahora, exhausto, cargaba sus historias. Sin dejar de hablar, se alejó poco a poco. Lo vi irse a la deriva hasta convertirse en una isla distante. 📍

Treinta días sin Jesús, el joven catequista de Nochixtlán

Heriberto Paredes Coronel

TLAXCALA, TLAXCALA, 1983

1

Nochixtlán, Oaxaca. Ésta es la última vez que Jesús Cadena recorre las calles del pueblo. Avanza, pasa al lado de la presidencia municipal de Nochixtlán, una ruina negra a la que nadie presta demasiada atención.

Cuando las muertes encendieron los ánimos, los pobladores no dudaron en prenderle fuego a la comisaría de la policía federal que se encuentra en una de las salidas del pueblo y a la alcaldía, ese edificio abandonado y cubierto de ceniza junto al que ahora transita Jesús.

Los restos de la batalla aún están frescos. Antes de llegar al punto final, la caravana atraviesa una calle adoquinada con restos de bombas molotov. Más adelante, gira y toma el andador que culmina en el panteón: fue aquí donde se apostaron varios de los policías captados a la hora de recargar escuadras semiautomáticas, tomando posición para disparar. Antes de ingresar, varios de quienes acompañan a Jesús se detienen a recoger casquillos ya percutidos: hay cientos de ellos. Todavía quedan algunos huaraches desperdigados por el camino.

A Jesús Cadena lo llevan cargado en hombros, dentro de un féretro blanco y modesto, rumbo a su entierro. Todavía nadie quiere creer que ese muchacho haya encontrado la muerte así, de pronto. Jesús, el catequista, el joven más atento del pueblo; Jesús, el futuro ingeniero, muerto a los diecinueve años por una bala que salió de un lugar ines-

perado, en medio de una refriega entre policías federales y manifestantes, mientras intentaba ayudar a los heridos.

Los entierros en Oaxaca casi siempre implican fiesta y mezcal; comida antes, durante y después de despedir al difunto mientras los músicos hacen sonar trompetas, tarolas y tubas hasta quedarse sin aliento. El aroma de los nardos y las gladiolas se apodera del aire. En la mixteca oaxaqueña morir puede ser esto: un ritual para que los otros, los que quedan, vuelvan a encontrarse y conviertan el dolor en fuerza.

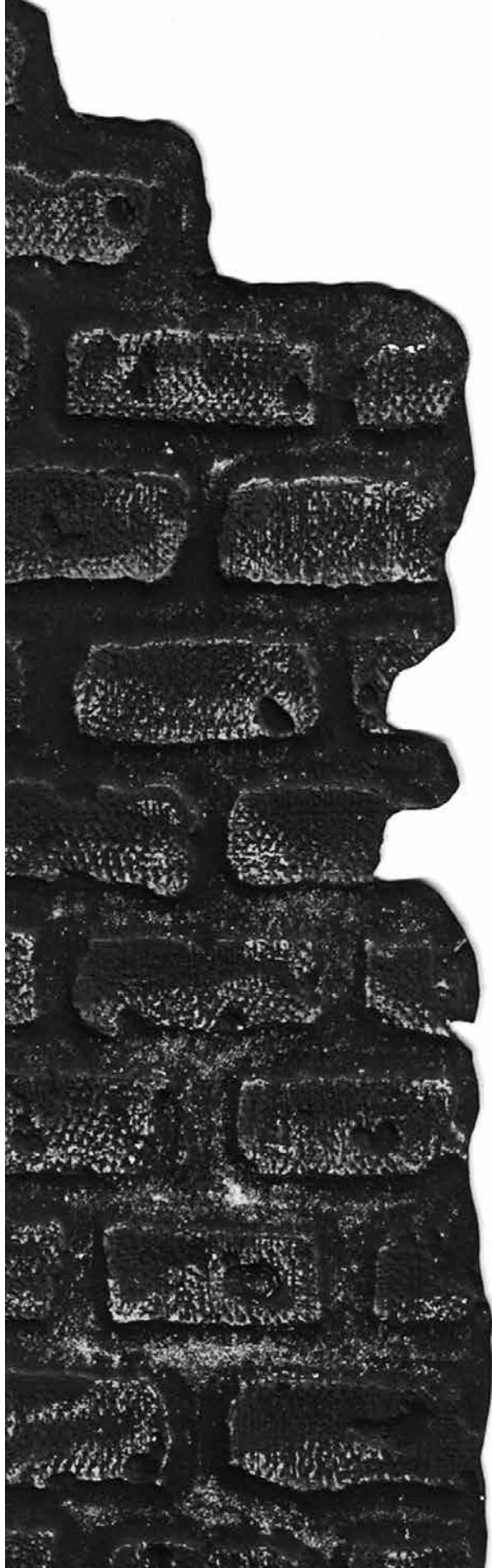
Pero el funeral de Jesús va un poco más allá. Cientos de personas han llegado a despedir al catequista, muchas más que a todos los otros siete caídos en la batalla del domingo 19 de junio. Frente a los camarógrafos y los reporteros que documentan el duelo, los familiares de Jesús lloran mientras gritan consignas políticas y vituperios contra el gobierno.

Una comisión de la sección 22 del magisterio oaxaqueño se presenta para dar sus condolencias a la familia. En Oaxaca, morir también puede convertirse en una protesta.

2

Cuando una balacera se desata no hay más que tirarse al suelo. Es lo único que puedo pensar mientras escucho el sonido tartamudo de las ráfagas; las armas automáticas convierten los disparos en un rumor de fondo que lo destroza todo, un ruido blanco en el que se confunden los estallidos de los gases lacrimógenos y de las balas de goma. Correr es inútil porque uno se convierte en blanco fácil. Llegamos a Oaxaca hace casi una

Una versión de este texto se publicó en la revista *Emeequis* (Ciudad de México, julio de 2016).



semana para presenciar las actividades conmemorativas del inicio del movimiento popular de 2006. En aquel entonces participé en las manifestaciones y en algunas barricadas; atestigüé los abusos y la represión policiaca.

Esta visita sería sólo un acto para recordar los hechos de aquel año, pero desde hace dos días el cierre de las carreteras nos impide regresar a la Ciudad de México. Desde muy temprano comienza a circular el rumor que más tarde será noticia internacional: para disolver un bloqueo instalado por los maestros oaxaqueños que protestan contra la reforma educativa, la policía federal disparó contra los pobladores de Nochixtlán.

Diez años después, la tragedia se repite con una precisión que asusta. Algunos intentamos llegar allá, pero es imposible: el bloqueo en Hacienda Blanca —una de las salidas de la ciudad de Oaxaca— nos detiene en seco. Varios tráileres y pipas de gasolina atraviesan la carretera, entre piras de llantas que arden.

Todo parece estar en calma en este punto, pero desde el mirador del Cerro del Fortín se aprecian, como un mal presagio, enormes nubes negras sobre la ciudad. El bloqueo crece conforme se amplía la información sobre Nochixtlán: ocho muertos, heridos por decenas. Imágenes de policías con armas automáticas empiezan a circular por internet. Nos enteramos, además, de que los hospitales fueron cerrados por los mismos federales, quienes ordenan no atender a nadie.

Cuando varios helicópteros de la policía federal comienzan a sobrevolar el bloqueo de Hacienda Blanca, suenan dos cohetones de alarma. Entonces los maestros se cubren la cara con paliacates, se arman con palos y

Heriberto Paredes Coronel. Cursó una maestría en Estudios Latinoamericanos en la UNAM. Parte de su trabajo fue incluido en el libro *Zetas: la franquicia criminal* de Ricardo Ravelo (Ediciones B, 2014), así como en *Latinamerikanske løsninger* (<<http://www.latin-amerikagruppene.no/om-lag/publikasjoner>>), del Comité Noruego en Solidaridad con América Latina (LAG) (Oslo, 2012); en la revista *Variopinto*, el periódico *Frente*, *Latin Amerika Nachrichten* (Alemania), *Latin Amerika* (Noruega); y en las páginas web de *Emeequis*, *Animal Político*, *Agencia Subversiones*, *Surco Informativo*, *Mondiaal Nieuws* (Bélgica) y *Alter Monde* (Francia). Ha realizado estancia de investigación periodística en la Costa Atlántica de Nicaragua (2013) y en Brasil (2014).



pedras. Diez barricadas se levantan, tanto en la vanguardia como en la retaguardia. Las botellas con vinagre y cocacola para repeler el efecto de los gases lacrimógenos estaban listas: todos parecían saber lo que vendría.

La lluvia de gases comienza a las seis y media de la tarde. Quienes no pueden cubrirse el rostro, se refugian debajo de los toldos o se alejan. La policía tarda media hora en avanzar, sin dejar de lanzar gases.

Es entonces cuando escucho las balas en Hacienda Blanca.

Balas: balas de verdad.

En una balacera lo mejor es cubrirse, pero no siempre es posible hacerlo. Entonces conviene tirarse al piso, no moverse, resistir las ganas de correr. Los gases siguen cayendo a puñados y hay quien recibe las latas de gas sin inmutarse y las regresa como si fueran pelotas, una por una, hacia la policía. En todos los enfrentamientos siempre hay un grupo de personas que hace eso, los que más se arriesgan, los que muchas veces caen heridos. O muertos.

Lo que sigue es una avalancha. Cientos de elementos policíacos irrumpen por la avenida principal y luego por dos calles secundarias; ni las barricadas ni el fuego ni las piedras son capaces de frenar la gran ola de humo y confusión. Veo mi reloj: son las 19:45 y no sé cuál es el número de caídos. Un joven con el abdomen ensangrentado es cargado hacia un vehículo. Ha recibido un proyectil en el estómago. Agoniza. Días después me enteraré de su nombre: Azarel Galán Mendoza. Tenía dieciocho años.

3

Jesús Cadena era cuidadoso con los detalles. Nunca quiso presentarse a un evento importante si no estaba cómodo con su aspecto. Por eso, un viernes antes de morir, fue al dentista a taparse la caries de una muela. En unas semanas partiría a Teposcolula a realizar un examen de admisión. Jesús había pensado inscribirse a la Universidad de Chapingo, pero ahí sólo podría estudiar una carrera relacionada con la agronomía y lo que Jesús quería era convertirse en ingeniero civil. Y como el costo de la prueba en Chapingo estaba fuera de sus posibilidades y el Instituto Superior de Teposcolula quedaba a media hora de Nochixtlán, la decisión se tomó sola.

Aunque pasó tres años como catequista del pueblo y peregrinó desde la ciudad de Oaxaca hasta Juquila, Jesús nunca buscó ser sacerdote. Su vocación de servicio le venía del catolicismo, que profesó desde niño. Por eso no fue raro que aquel domingo 19 de junio mucha gente viera a Jesús en la parroquia, atento como siempre, acarreando agua y alimentos para llenar una ambulancia que luego los llevaría hasta el bloqueo de los maestros. Cuando los policías comenzaron a disparar, fue de los primeros en llegar al bloqueo. Quien lo vio cuenta que Jesús no dudó en comenzar a cargar a los heridos, en llevarlos a la misma ambulancia en la que él había llegado o a los taxis que, en medio de los escombros y el fuego, se convirtieron también en vehículos de auxilio.

Así estuvo algunas horas, primero apoyando el bloqueo; después, conteniendo la sangre de sus vecinos.

Doña Paty, madre de Jesús, al no verlo en casa, se angustió y comenzó a buscarlo, primero en la clínica,

después en la plaza del pueblo, también en la parroquia; temía que hubiese ido al bloqueo desde donde llegaba el estruendo de las balas. Por los altavoces de la iglesia, Paty escuchaba las voces que pedían apoyo para resistir el desalojo y también agua, vinagre y vehículos para auxiliar a los heridos.

En ese momento, el teléfono de Paty comenzó a sonar. “Estoy bien, mami. Si puede venga por mí, estoy atorado en un terreno, me dieron un rozón, pero si no, en un ratito llego a la casa.” Fue la última vez que escuchó la voz de su hijo.

Las versiones de los testigos coinciden en que la mayoría de los disparos frontales provinieron de una reja de carrizos ubicada al poniente de la carretera y desde el oriente, justo desde la famosa vulcanizadora Reyes; detrás de los manifestantes quedaba el inicio de la barda del panteón, también desde ahí llegaban las balas.

Cuando la población trató de rodear a la policía atravesando un terreno ubicado detrás de los carrizos, otros policías se posicionaron cerca de ellos, parapetados detrás de unas jacarandas. Finalmente, al replegarse la policía por la autopista, otra ráfaga de disparos cayó sobre algunos maestros y habitantes.

Algunas balas cayeron desde lo alto. A cincuenta metros de uno de los puntos donde el enfrentamiento llegó a su nivel más crítico, se encuentra el hotel Juquila. Hoy, una gran mancha de hollín asoma desde la planta baja y escala, por la fachada blanca, hasta el primero de sus tres pisos. Los habitantes de Nochixtlán sostienen que, desde allí, francotiradores vestidos de civil dispararon contra la población desarmada; por eso decidieron quemar el edificio.

Aunque no se descarta que los francotiradores hayan ocupado el hotel Flamingo's o el Merli, todos creen que desde aquí salió la bala que remató a Jesús.

4

El bloqueo comenzó apenas una semana antes de la muerte de Jesús, al día siguiente de que la policía estatal decidiera desalojar un plantón del magisterio en el Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca (IEEPO).



Jairo Itzamna, *Mientras esté avanzando me vale todo*, xilografía,

Nochixtlán es un punto clave para las comunicaciones entre Oaxaca, Puebla y la Ciudad de México. Cerrar la autopista y la carretera federal fue parte de la estrategia de la CNTE, pero no hubiera sido posible sin el apoyo de familias pertenecientes a las comunidades cercanas. Llantas, piedras, carros atravesados y árboles sirvieron para bloquear el punto de contacto entre tres ciudades.

El objetivo de un bloqueo, en principio, es forzar la negociación o, por lo menos, el diálogo; pero en Oaxaca la mayoría de los bloqueos han sido desalojados de manera violenta. Durante 2006, los bloqueos callejeros fueron atacados por grupos de personas vestidas de civil pero fuertemente armadas.

El 28 de octubre de ese año, mientras Carlos Abascal, entonces secretario de Gobernación, juraba que no habría represión en Oaxaca, al menos cuatro mil quinientos elementos de la policía federal se trasladaron por cielo y tierra para acabar con las protestas que encabezaba la APPO. A partir del día siguiente, cada bloqueo que se colocaba para frenar el avance de la policía federal era arrasado con tanquetas.

5

Doña Paty no lloró en el entierro de su hijo. “No le hubiera gustado verme así, lloré nomás cuando me enteré



18 x 53 cm, 2016

que lo habían matado. No podía creerlo, pensé que lo habían confundido; yo acababa de hablar con él.”

El momento es incómodo. Nos mira con dolor y nos pide, nada más, que no haya cámaras ni grabadoras. Las hermanas de Jesús traen un par de sillas y, luego de colocarlas alrededor de su madre, corren una cortina translúcida hacia el cuarto principal. No desean hablar más de la muerte de su hermano. Doña Paty dice: “Más que una madre y un hijo, él y yo éramos amigos. Nos contábamos todo, nuestras penas, nuestras alegrías.”

La casa donde vivía Jesús con su madre y sus cuatro hermanas no es muy grande; quizá unos noventa metros cuadrados, construida con paredes de adobe ya desgastado. Desde la calle se entra a un pequeño cuarto donde se levanta un altar para Jesús: cinco velas encendidas, una botella de refresco con agua bendita, algunas flores. Junto al altar, una bocina hace sonar canciones de bachata y salsa, música para bailar que reproducen desde una USB que sus familiares encontraron entre sus pertenencias.

También una fotografía de Jesús, encima de una hoja blanca donde puede leerse, con plumón negro: “Gracias por acompañarme.”

El cuarto principal es mediano, tiene forma de ele y sirve de dormitorio, cocina y comedor. Junto a la mesa en la que se sientan todos a cenar, más fotografías cuelgan de la pared: familiares recién nacidos que comparten espacio con los más viejos, en una especie de museo

íntimo. Justo arriba de la cama en donde sus hermanas duermen, un retrato muestra a Jesús reclinado sobre una pierna. Lleva el uniforme del Instituto Tecnológico de Santiago Yolomécatl en el que estudió la preparatoria.

Su madre parece más triste que en el funeral, como si apenas comenzara a digerir el impacto de la muerte de su único hijo varón. “Extraño su modo alegre, comiendo siempre.”

Los recuerdos de las cosas simples siempre calan más. “A él le gustaba bailar y tenía más amigas que amigos; quería casarse con su novia. Siempre recibía a la gente con algo de comer. Aunque no hubiera nada, él preparaba algo; le gustaba mucho cocinar y me ayudaba a preparar la comida para atender a la gente que llegaba a la casa; le gustaban los tacos árabes, los chiles en nogada.”

Doña Paty toma su teléfono celular y señala distintas imágenes que aparecen en la pantalla: en la primera, gente acarreado piedras y agua; en otra, una barrera de policías rodeada de humo; un helicóptero que sobrevuela el cielo; otra que parece tomada desde la barda del panteón.

Son las últimas fotos que tomó Jesús con su teléfono durante el desalojo. Es lo último que vieron sus ojos.

6

Después del violento desalojo del bloqueo de la carretera, los funcionarios públicos de Nochixtlán dejaron el pueblo. El alcalde y su esposa subieron a un helicóptero de la policía federal y huyeron ese mismo día. Regresarán dos semanas después para intentar, sin éxito, ocupar de nuevo sus cargos.

Jesús es enterrado sin acta de defunción porque el ministerio público encargado de levantarla también huyó. El personal de la funeraria que preparó el cuerpo realizó una suerte de necropsia y “determinó” las causas de la muerte: Jesús Cadena Sánchez falleció a las 11:30 horas del domingo 19 de junio por una herida causada por arma de fuego. Varios órganos a la altura del vientre fueron perforados y las lesiones le provocaron una intensa hemorragia interna. Sin embargo, como no hubo médico forense que supervisara el procedimiento, todavía quedan muchas dudas.

Después de recibir el impacto, Jesús fue transportado en un vehículo, aunque no se sabe con precisión si falleció poco antes o después de llegar al centro de salud; tal vez ni siquiera hubiera podido ser atendido: la policía federal bloqueaba los hospitales y las clínicas públicas de Nochixtlán.

Semanas después, cuando el miedo a salir ceda un poco y los hospitales abran sus puertas, los damnificados seguirán llegando: más de noventa heridos de bala, golpes o quemaduras; al menos veinte en estado delicado. Los familiares de los asesinados se reunirán con el gobierno federal y, mientras el Estado presenta una endeble propuesta para revisar el modelo educativo, la sentencia de la Secretaría de Gobernación no se modificará del todo: la reforma no se aplicará en Oaxaca aunque en el resto del país sí.

Nada de eso cambiará lo que aquí ha ocurrido: cuatrocientos policías estatales y cuatrocientos policías federales desalojaron un bloqueo de cincuenta manifestantes; murieron ocho personas —siete a causa de heridas producidas por arma de fuego, una más por mala manipulación de material explosivo.

Doña Paty recibió un acta de defunción hasta cinco días después de la muerte de su hijo y sólo gracias a la intervención de algunos miembros de la CNTE. Recibió un documento firmado por un médico que nunca vio el cuerpo de Jesús y que, por lo tanto, no describe el calibre del proyectil ni la trayectoria de la herida. La bala que mató a Jesús bien pudo llegar de frente, desde la barda de carrizos, o desde alguna ventana de algún hotel. O desde ambas.

7

Quienes cavaron la fosa donde yacerá Jesús Cadena, el joven catequista de Nochixtlán que deseaba ser ingeniero, colocan ya las cuerdas para el descenso de su ataúd. Su madre dobla la bandera mexicana con la que se cubrió el féretro durante el cortejo. Con la voz acuchillada, su padrino de bautizo alcanza a decir unas palabras: “El asesinato de Jesús Cadena Sánchez nos debe servir para mantenernos firmes en la lucha, porque esto ya no es sólo la lucha contra una reforma. El gobierno ya se metió con el pueblo, y con todo el dolor que esto nos causa, no abandonaremos esta lucha.”

La madre de Jesús abre la ventana del cajón y se despidió de su hijo. Hacen lo mismo sus hermanas y amigos. El ataúd desciende, puños de tierra caen sobre él, después le llueven flores. Es un entierro silencioso, a diferencia de otros entierros mixtecos. El rumor de los llantos es lo único que se escucha: lo cubre todo. **P**

Memorias de una eterna parranda llamada El Jacalito

Ollin Velasco

OAXACA, OAXACA, 1991

Para conocer la noche en la Ciudad de México hay que entrar a El Jacalito. Desde hace más de doce años, la avenida Medellín alberga este negocio, que lo mismo ha recibido a intelectuales, albañiles, hipsters y oficinistas con el gusto compartido por la parranda de carrera larga, la cumbia y la cerveza barata, servida en cubetas de peltre.

Hoy, las cortinas metálicas de El Jacalito están abajo. Han permanecido así desde el pasado abril. No obstante, en su fachada, que desde 2012 ha sido clausurada en numerosas ocasiones, esta vez no hay anuncio ni sello de la Delegación Cuauhtémoc que explique la razón del cierre.

En la página de Facebook del establecimiento muchos coinciden en que a El Jacalito lo hacen sus asistentes, no el local. De jueves a sábado, sus fieles esperan hallarlo donde siempre y se encuentran con una mujer que, tras preguntar si están buscando el bar, los lleva hasta El Alzheimer, ubicado exactamente atrás.

El bar en cuestión es uno más de los Jacalitos bis que se benefician con el cierre del original y que coexisten en las entrañas del viejo Condominio Insurgentes, en el número 300 de dicha avenida, famoso por su décimo quinto piso, consumido por el fuego en los noventa. Así, quienes lleguen a El Alzheimer se encontrarán con la misma música, los veinte pesos de cover y el legendario mesero a quien en El Jacalito siempre conocieron como don Ramón, aunque en realidad se llama José.

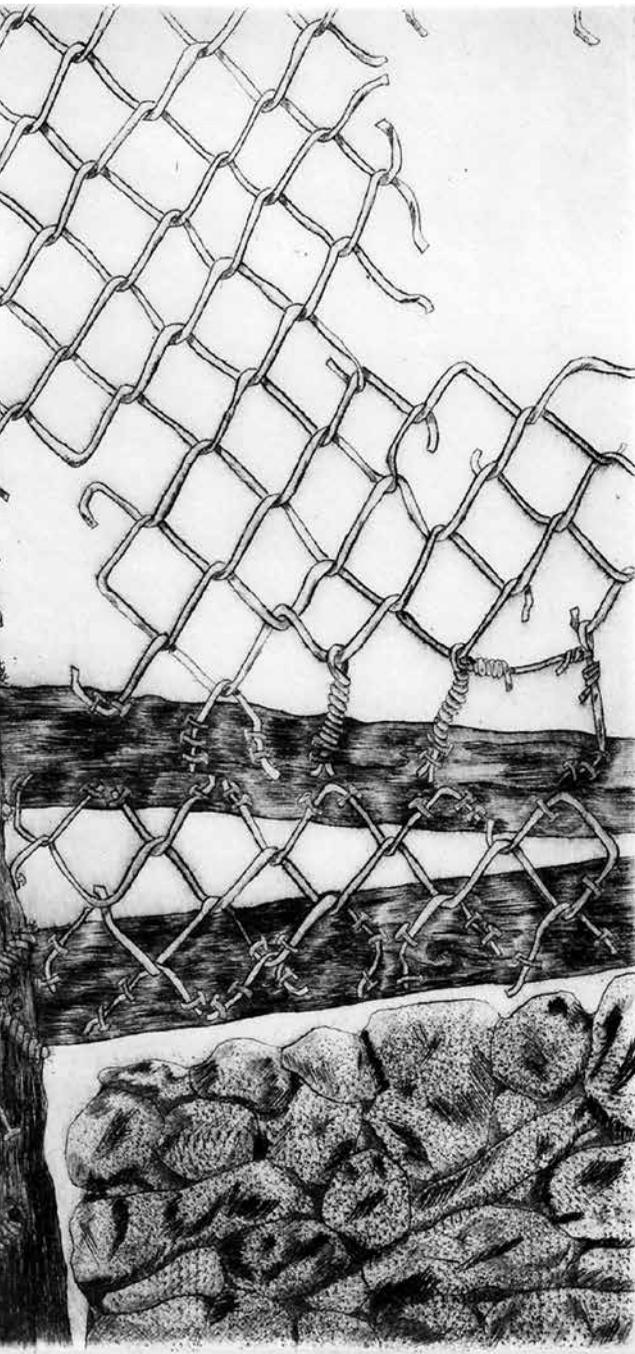
Con menos metros cuadrados, el nuevo albergue de los trasnochados resguarda tantos cuerpos como permiten las leyes de la física. En una noche normal, entre las dos y tres de la madrugada, unas setenta personas logran apretujarse en los cuatro metros de ancho por diez de largo del local.

Afuera, muchos esperan turno para colarse en la masa sudorosa, que lo mismo corea rock en español ochentero que narcocorridos o éxitos actuales de reguetón.

“Está difícil que abran pronto el otro. La policía se pone cada vez más pesada y nosotros ganamos menos aquí”, dice don Ramón, quien con la vitalidad de sus setenta y cuatro años, destapa dos cervezas, sonrío y brinda por la llegada de tiempos mejores.

Esta crónica se publicó en el portal web de *VICE México* (agosto de 2016), <www.vice.com/es_mx/article/memorias-de-una-eterna-parranda-llamada-el-jacalito>.

Enrique Dufoo, *Libertad utópica 1*, punta seca,
19 x 9.5 cm, 1995



*

Miguel es el exgerente de El Jacalito. Tiene cuarenta años. Es luchador, taxista de ocasión en el Estado de México y está encargado de otro de los bares en el Condominio Insurgentes; practica la santería y es devoto de la Santa Muerte.

Luego de trabajar siete años ahí, conoce sus entrañas a la perfección. Por ejemplo, hacía tiempo que el sitio ya ni siquiera se llamaba así; habían cambiado su nombre por El Lugar, pero dejaban que todos lo identificaran con el mote de guerra de siempre para que no perdiera fuerza su leyenda urbana.

El fornido hombre, que se convierte en El Rey del Barrio cuando pisa un cuadrilátero, lleva puesta una chamarra de cuero negro y le hace frente a la lluviosa noche de martes con un café instantáneo entre las manos, tatuadas con ojos en los dorsos y ceñidas por pulseras de santería. Sus nudillos son un recuento interminable de cicatrices.

Así, mientras endulza su descafeinado en el interior de una mezcalería vacía de la Roma, desenreda poco a poco los secretos del bar que a tantos vio salir con los primeros rayos de luz sobre la ciudad.

Según recuerda, El Jacalito siempre fue un éxito, pero empezó a venirse a menos en el momento en que la ahora dueña, viuda de su fundador, perdiera la cabeza en su puesto detrás de la barra.

“Alguna vez respeté mucho a la señora Hermila, por haber sido esposa de don Jorge, a quien quise tanto. Pero cada vez se emborrachaba más mientras trabajaba y empezó a perder el dinero de las cuentas. Nos echaba la culpa a todos. Un día se pasó de peda, no volvió a encontrar los papeles importantes del bar y el asunto se jodió.”

Ollin Velasco. Estudió Ciencias de Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y en la Universidad Sergio Arboleda de Bogotá, Colombia. Sus crónicas y reportajes han aparecido en el diario *La Jornada*, *El Espectador* (Colombia), la revista *VICE México*, *Altus en línea* (Colombia) y el sitio de noticias Uno TV.



Contrario a lo que todos piensan, El Jacalito no está clausurado. Simplemente no se animan a abrirlo desde entonces porque, apenas se atrevan a hacerlo sin documentación, el Instituto de Verificación Administrativa (Invea), que los tiene en la mira, lo cerrará sin más.

Mientras estuvo en funciones, los siete mil pesos de “moche” mensual que daban a la policía sostuvieron la calma con pinzas y dilataron la parranda; no obstante, a últimas fechas los verificadores empezaron a pisarles los talones y, según Miguel, a ellos no se les puede ni insinuar un refresco, porque sale peor.

La noche del viernes 8 de abril de 2016, una llamada telefónica alertó a Miguel de un operativo en la zona. Cuando se trasladó desde Ecatepec hasta la avenida Medellín, una cuadrilla de policías y elementos del Invea ya habían puesto sellos a los tres bares contiguos.

Afortunadamente para ellos, a esa hora El Jacalito nunca estaba abierto y logró salvarse de las papeletas de la delegación. Miguel prefirió no acercarse y presencié desde lejos los minutos finales del cierre de El Mitote, El Bullpen y El Malaidea.

La fiesta terminó temprano ese día.

*

Pero casi nunca era así.

De acuerdo con el artículo 24 de la Ley de Establecimientos Mercantiles de la Ciudad de México, los centros nocturnos, bares y discotecas deben cerrar como máximo a las tres de la mañana. No obstante, en El Jacalito la fiesta nunca terminaba antes de las seis, a menos que una gravísima causa de fuerza mayor lo impidiera.

El ritual adentro se amoldaba a las necesidades de cada quien, pero había ciertas rutinas compartidas: pagar la entrada en la puerta; extender la muñeca para eventualmente dejarse entintar con un sello; internarse en la pista abarrotada, vibrante de música y cerveza, y dejarse servir por el famoso y siempre sonriente don Ramón, quien se ganaba el corazón y el bolsillo de cualquiera cuando señalaba la cartulina rotulada a mano que anunciaba cubetas de cinco cervezas por ciento diez pesos y cartones de veinticuatro por cuatrocientos ochenta.

En la estancia, resguardada por los bustos, empotrados en la pared, de dos apaches



Fernanda Cisneros, *Hogar*, aguatinta y aguafuerte, 15 x 35 cm, 2016

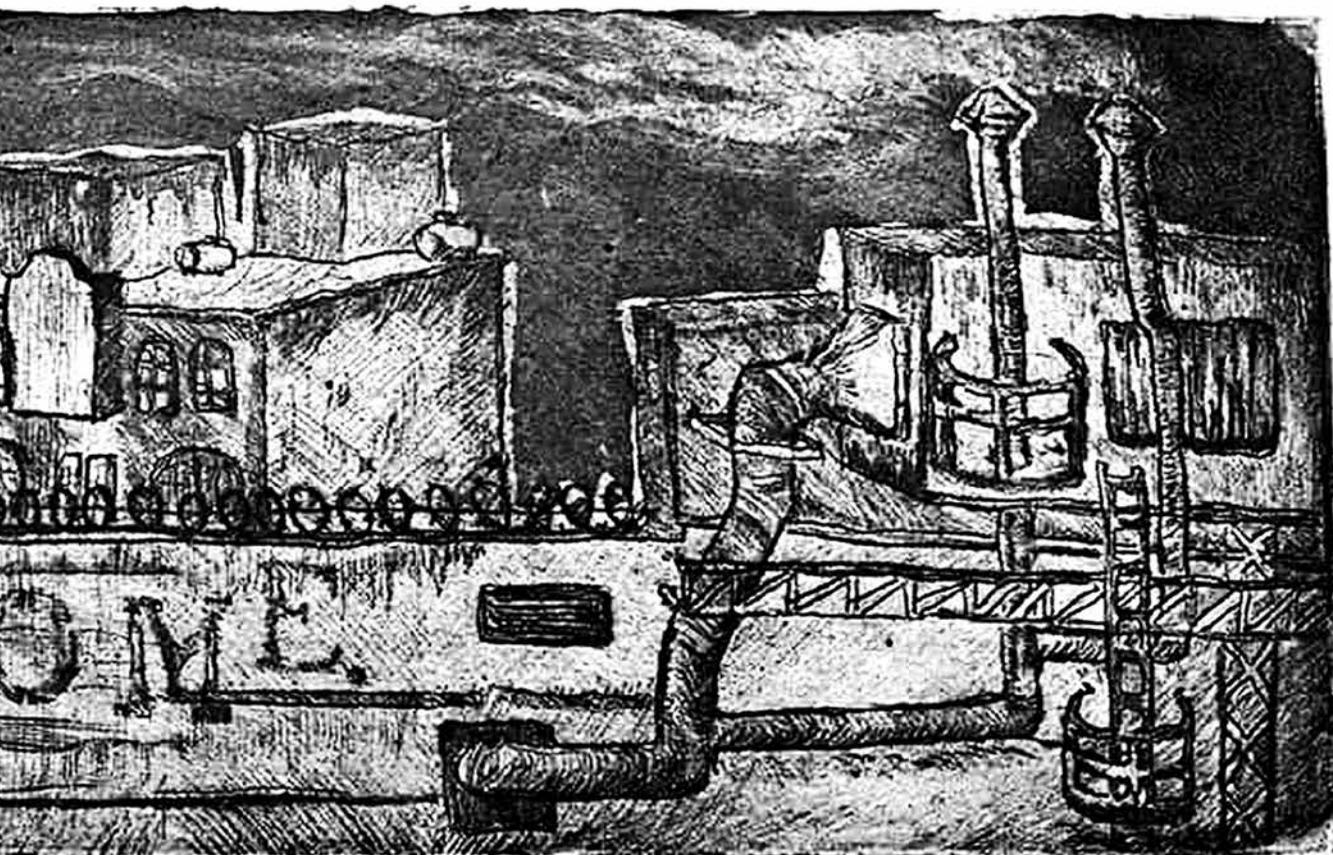
y dos santos cubanos, cabían entre ciento cincuenta y doscientas personas en momentos de alto tráfico etílico. El aforo autorizado debía ser de por lo menos la mitad.

Bailar se convertía en una proeza, pero nadie podía decirle que no a una cumbia, a los cinco pesos reglamentarios por ida al baño y mucho menos a los ofrecimientos de chela helada, en especial si venían de don Ramón.

Mariguana, pastillas, manoseos disimulados en la permisividad de las luces neón, nuevas amistades al calor de incontables brindis y hasta robos, eran también parte del protocolo en el *after* a donde se llegaba una vez que todo lo demás había cerrado.

Para cuando los cincuenta cartones de la noche habían sido arrasados, empezaban a sonar las primeras canciones de Sin Bandera y más de uno tenía que dejar de bailar en las mesas de latón. A esas alturas, las parejas más variopintas ya se besaban con furia en las esquinas, algún garrotero tenía que volver a explicar a necios trastabillantes que la noche había terminado y, casi seguro, alguna batalla campal ya se libraba en la banquetta.

Pablo pisó por primera vez El Jacalito cuando éste recién había adaptado su naturaleza: de la extinta fonda La Casita a los menesteres nocturnos de El Jacalito.



Fiesteó allí pocas veces, las suficientes para darse cuenta de que antes era mucho más *hardcore*, porque la gente era menos “careta”.

“Allí uno no iba de safari porque era una trinchera, circulaba mucha droga y la policía no tenía tolerancia con el lugar. Para entonces era otra ciudad de noche, era muy peligrosa”, asegura.

Miguel, de historial más hipster, aunque acostumbrado también a la ruda precopa en los antros gay de la calle República de Cuba, en el Centro Histórico, dice que si pudiera resumir en tres palabras sus días en el hoy dormido rincón de perdición de la Roma, éstas serían: “hasta hacernos polvo”.

*

El famoso don Jorge fue dueño y figura central de la historia, hasta que la enfermedad y la soledad acabaron con él.

Era, según recuerda El Rey del Barrio, un hombre bajito, que no pasaba del metro sesenta, pero a quien todos en la zona respetaban. “Ayudaba a quien podía, sin pedir nada a cambio. Pero también tenía sus negocios...”

Tras un breve silencio, Miguel cuenta que El Jacalito empezó por la venta de drogas. La gente que ya sabía sólo tenía que llegar, preguntar, comprar, beber una chela e irse. Sin hacer referencia a nombres de agrupaciones en concreto, cuenta que, por el nombre de la calle en que se asentó el establecimiento, a don Jorge los amigos lo conocían como el líder del cártel de Medellín.

Todos los sacrificios que hicieron a las estatuas de santería de don Jorge (al mismo Rey del Barrio le tocó más de una vez cantarles y rociarlas con sangre de gallo) funcionaron. Ante los ojos de vidrio de los “negritos”, como también llamaban a los bustos de Secundina y Francisco Siete Rayos, el negocio nació, creció y se reprodujo en el muy reducido espacio que delimitaban sus cuatro muros.

Pero un día, la diabetes que dormía en el dueño despertó. Poco a poco se vino abajo, delegó responsabilidades y su propia familia empezó a descuidarlo, a dejarlo solo mientras se preparaban para seguir ganando dinero. Sin él.

Miguel lo acompañó hasta el final, porque cuando alguna vez tuvo necesidad, “el jefe” siempre le tendió la mano. “Lo quise mucho porque me dio de comer cuando empecé a trabajar acá y no tenía nada. Me veía con hambre y mandaba comprar jamón, queso de puerco, bolillos y chiles en lata.” Su mesa era el toldo del viejo Maverick de don Jorge; su comida, la que improvisaran, igual siempre le sabía a gloria.

Hace dos años, en el velorio de don Jorge, cuando ya todos se habían despedido del cuerpo, él le juró sobre su ataúd que iba a reabrir y tomar las riendas del negocio. Y lo cumplió, hasta que el eterno trajín de copas de la viuda lo permitió.

*

La página de inicio de la cuenta de Facebook del bar desborda notificaciones. Echarle un vistazo a los *inbox* es repasar una cadena de oraciones para su pronta reapertura; los comentarios en el muro son como reafirmaciones de votos de amor.

Me encanta; una vez adentro, todos somos hermandad / Está chido para ligar / Larga vida al Jacalito / Siempre lo llevamos en nuestro corazón, abran pronto / Mi Jacal, ¡el mejor! / Bailemos hasta quemarnos / Ay, güey, ¿por qué me lo cerraron? / Mi *bar-after* de confianza / EL LUGAR para embriagar a la vida...

Mientras dura la ausencia y sus dolientes se refugian en los cartones de las sedes vecinas, cientos de historias desmañadas siguen retumbando en el interior del Condominio Insurgentes. Ni los encargados, ni los inspectores, ni los santos hambrientos que descansan en las paredes despintadas de El Jacalito saben cuándo abrirá de nuevo.

Sin embargo, según El Rey del Barrio, una cosa es segura: abrirá.

La noche de lluvia y frío no da tregua. Luego de un convoy de patrullas que inundan de sirenas y luces rojas y azules la mezcalería, el hombre voltea nerviosamente la cabeza, da un sorbo largo a su café y sustenta su afirmación: “Ya encontrarán la forma de conseguir de nuevo los papeles. Hierba mala nunca muere.” 

La muerte del rey salsero

Juan E. Flores Mateos

VERACRUZ, VERACRUZ, 1991

— **N**o te diré nada. El que habla es Manzanita I, un hombre menudo de cara rojiza y aspecto morisco, con las arrugas colgadas. Manzanita I se llama en realidad José Manuel Cullel y es el presidente del comité de los exreyes del Carnaval de Veracruz, que más que un comité es un pequeño grupo de cincuentones que sólo cobra importancia cuando se acerca el Carnaval de Veracruz, entre febrero y marzo.

Manzanita está afuera de un velorio. Es enero de 2014 y le acabo de preguntar si es cierto lo que se rumora en las calles: que a Tavo Rumbas, el Rey del Carnaval de 2008, lo cortaron en pedazos después de asesinarlo; que lo dejaron en la puerta de la casa de su mamá como un paquete postal, dentro de una caja de zapatos.

Tavo Rumbas fue coronado Rey del Carnaval cuando Fidel Herrera Beltrán todavía era gobernador. El Rey es una tradición singular: serlo durante un año significa que se encarna la alegría, la amabilidad que supuestamente caracteriza al Puerto y nos distingue en todo el país. Se dice, por eso mismo, que quien se convierte en Rey sólo muere de viejo o por alguna enfermedad.

El Carnaval de Veracruz nos hace creer importantes. Los turistas vienen a contemplar el jolgorio y las clases se suspenden mientras las ofertas de cerveza se apoderan de las calles y los políticos no paran de hablar sobre “la derrama económica”. Lo cierto es que la ciudad se llena de riñas y vómito; los turistas no saben que las playas en las que nadan son el desagüe de nuestros desechos.

Una versión más extensa de este texto fue publicada en la revista *Yaconic* (2016), <www.yaconic.com>.

La muerte de Tavo Rumbas no apareció en ningún periódico, pese a que era uno de los timbaleros más reconocidos de un puerto que se asume salsero. Había tocado con Celia Cruz, ganado un concurso nacional de timbaleros en la Ciudad de México y conseguido un buen puesto en las oficinas de Tránsito Municipal.

A Manzanita se le cuelga de la boca una sonrisa nerviosa. Los mosaicos verdes y mal iluminados de la funeraria Huerta enmarcan su rostro compungido. No esperaba esa pregunta, sobre todo porque esta noche le pertenece a Daniel Rergis, El Catrín, otro Rey del Carnaval, quien murió fulminado por un paro cardíaco hace unas horas y a quien velan en un ataúd sencillo. Nadie más ha escuchado mi pregunta. La gente remoja el pan dulce en sus tazas de café mientras recuerda anécdotas de El Catrín, famoso por haber interpretado a Carmelo, el amor platónico de María Rojo en la película *Danzón*.

Antes de que me muestre la espalda sin despedirse, le pregunto a Manzanita por qué no puede decirme nada.

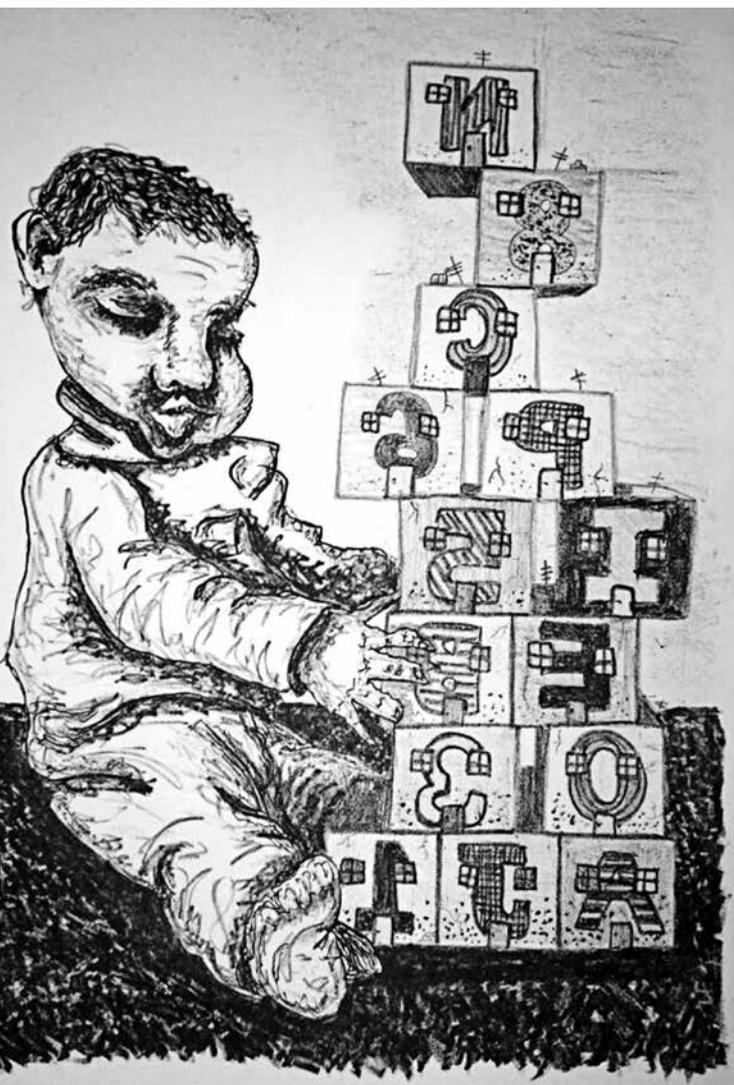
—Porque no puedo —responde seco—. No quiero que mañana salga en el periódico que yo te dije eso y me vayas a meter en un problema.

José Manuel Cullel regresa con sus compañeros, los demás exreyes que han llegado a despedirse de El Catrín —Papaíto, Bembé, Jiribilla, Jorge Negrote, Montenegro—, y me evita durante toda la noche.

Jamás volverá a dirigirme la palabra.

*

Todos los que lo conocieron lo saben; no lo dicen claramente pero a veces lo cuentan en voz baja, como si ese



Iliana Jiménez Portnoy, *Construyendo el futuro*, litografía, 38 × 24 cm, 2016

nombre —Tavo Rumbas— fuera un vocablo prohibido capaz de hacerlos merecer la horca. Aunque su muerte no es lo único en esta ciudad que se cuenta entre murmullos: con cada hecho violento ocurre lo mismo. Ésta es la tierra del susurro, del eufemismo, donde las cosas pierden su nombre. A los Zetas, por ejemplo, no se les dice así, Zetas; se les menciona como *Aquellos*, *Los de la Letra*. Y aquí no existe el cártel de Jalisco, sino *Los Malandros*. Es como si los nombres fueran una conjura, una invocación que tiene que evitarse a toda costa.

Hace tiempo que a las muertes tampoco se las llama ya con ese término. Los asesinatos aquí son ejecuciones. Y cuando alguien muere, decimos que “ya fue”. Si alguien pregunta a cualquiera: oye, loco, ¿qué pasó con Tavo Rumbas?, le responderán que nada, que ya fue, que ya mamá.

*

La mamá de Tavo Rumbas, Consuelo Almazán, cuenta siempre la historia de sus cacerolas arruinadas. Cuando era niño, Tavo solía improvisar sobre ellas, usando unas cucharas de peltre como baquetas; una y otra vez las golpeaba con ritmo y sabor, hasta dejarlas inservibles. Desde entonces pintaba para timbalero. Gustavo Delgado Luna —su verdadero nombre— nació el 19 de enero de 1971 en una familia anclada, como muchas en el Puerto, a la cadencia salsera. Se inspiró en su tío El Mango, que tocaba con la Sonora Veracruz.

Su primer empleo fue con el grupo La Clave, a los catorce años; meses después sería reclutado por los Sembradores del Son, una de las orquestas más solicitadas en el Puerto, donde Tavo tocaría hasta cumplir veintidós.

La educación sentimental de Tavo Rumbas fue forjada en una ciudad que era ya la capital mexicana de la salsa. La vida en el Puerto era una extensión de la música, del baile, por lo que esa fiebre por la rumba despertó en Tavo una ambición. Entonces, además de timbalero, figuraba ya como segundo coro. Pero quería más: quería cantar y hacerlo bien. Por eso y por muchas otras cosas, cuentan que dejó a los Sembradores del Son; por eso también cambió de mujer y se fue a Xalapa a probar suerte con el grupo Combo Ninguno.

Juan E. Flores Mateos. Es reportero en el Puerto de Veracruz. Egresado de la licenciatura en Comunicación de la Universidad Veracruzana. Obtuvo la Beca Prende (Prensa y Democracia) en Periodismo Judicial que otorga la Universidad Iberoamericana en la Primavera de 2015. Sus crónicas sobre violencia y derechos humanos han aparecido en medios locales y nacionales.



Pero el Puerto no lo dejaría ir tan fácil. Tavo Rumbas estaría de vuelta a los pocos meses, listo para forjar su nombre, su leyenda y su desgracia.

*

La violencia nunca fue tan salvaje como en esos meses de 2011, el mismo año en que Tavo Rumbas fue asesinado. En 2010 se contaron treinta y cuatro asesinados; ese año fueron ciento setenta y seis.

Hubo rumores memorables. Un día de agosto, por ejemplo, todos estábamos seguros de que los Zetas habían esparcido niños muertos sobre la arena de Playa Norte. Niños desollados en la playa, sí, como una suerte de ofrenda salvaje ante una ciudad que, de pronto, exigía ritos mórbidos.

Estas leyendas, sin embargo, se fundaban en un horror real. El año en que Tavo Rumbas murió, pero el 20 de septiembre, pasadas las cinco de la tarde, treinta y cinco cadáveres fueron arrojados sobre una concurrida avenida de Boca del Río, como si fueran bolsas de basura, a unos metros del lugar donde se llevaría a cabo el Encuentro Nacional de Presidentes de Tribunales de Justicia y Procuradores Generales de Justicia.

*

Fue la ilusión de cantar lo que trajo a Tavo de regreso al Puerto. Con sus hermanos Irene y Ricardo, dos amigos y su hija pequeña formó un nuevo grupo: Candela. Cada 31 de diciembre, el grupo tomaba una camioneta de batea y navegaba por toda la ciudad. Tocaban donde

podían, toda la mañana y tarde, para recolectar dinero con la tradición de “El Viejo”, la cual consiste en que una persona se disfraza de viejito encorvado y baila bajo el influjo de ritmos latinos mientras recolecta dinero.

En 1998, Tavo había ganado el título de “mejor timbalero a nivel nacional”. Solía presumir al respecto: “esos chilangos me pelaron la verga”, decía. Por eso cuando se enteró del concurso Cantar es Superior, que reuniría decenas de cantantes del sureste mexicano, Tavo Rumbas quiso demostrar que su gacznate también era de oro y se inscribió.

Ni siquiera llegó a las finales.

Las decepciones comenzaban. Porque tocar en un grupo no era lo mismo que dirigirlo. A los problemas financieros pronto se sumaron su alcoholismo y su adicción a la coca. Y el mal de amores.

*

Debido al mal de amores compuso una canción. La escribió en una servilleta, la tituló “Mírame, cariño”. En un inicio, la dedicó a la madre de su hija Esbeydi. Tavo, eso cualquiera lo sabe, tenía facilidad para el romance; pero su exesposa era la única mujer a la que buscaba siempre, hasta que ella decidió abandonarlo definitivamente.

Tavo Rumbas era ya parte de una de las orquestas de salsa más famosas en el Puerto: La Selecta, de Fallo Argumedo, con quien tocaría hasta poco antes de su muerte.

—Yo no lo quería contratar porque tomaba mucho —recuerda Argumedo, quien lo ayudó a grabar la canción

en un disco de aniversario de la orquesta—. No fue hasta que vi que había dejado la bebida que lo acepté. Y es que todo mundo le invitaba; al principio, él aceptaba las copas por cortesía pero no las bebía. Tomaba el vaso, agradecía y lo dejaba en algún lugar del escenario. Se dedicaba a tocar nomás. Y es que era tan amiguelo que a él las pedas no le costaban. Comenzó a tocar con nosotros y, durante buen tiempo, no bebió. Pero recayó a los pocos meses.

Su hija de quince años, Esbeydi, se suicidó; según dicen algunos familiares lejanos, por el amor de una bailarina.

*

El día que Tavo Rumbas murió, el 9 de abril de 2011, Javier Duarte declaró que Veracruz era una tierra segura para sus habitantes y los vacacionistas. A pesar de ser un hombre de la vida pública, y haberle dado notas a la prensa durante su reinado del Carnaval, ningún periódico publicó algo sobre su desaparición. Todavía hoy, años después, cuando se habla de él es siempre cuidándose la espalda. Su muerte es aún una asignatura pendiente.

*

Entre sus muchas derrotas, Tavo perdió también la batalla contra el alcohol y la coca. Tantas veces entró y salió de centros de rehabilitación que la cuenta se pierde en la memoria de sus amigos cercanos. “Allá me tienen siempre trabajando, siempre me tienen ocupado, y no me gusta vivir así”, se quejaba cada vez que prometía jamás volver al anexo.

Ya era, entonces, uno de los músicos más célebres del Puerto y sus contrincantes en la batalla por el trono del Carnaval —La Beba, El Nene y Mi Sangre— perdieron por una diferencia contundente de, por lo menos, mil votos. Cuando fue coronado, celebró con los brazos extendidos como un atleta que llega triunfal a la meta. Por una semana, Tavo Rumbas fue el hombre más feliz de la Tierra.

Un año después, y gracias a su creciente fama, el músi-

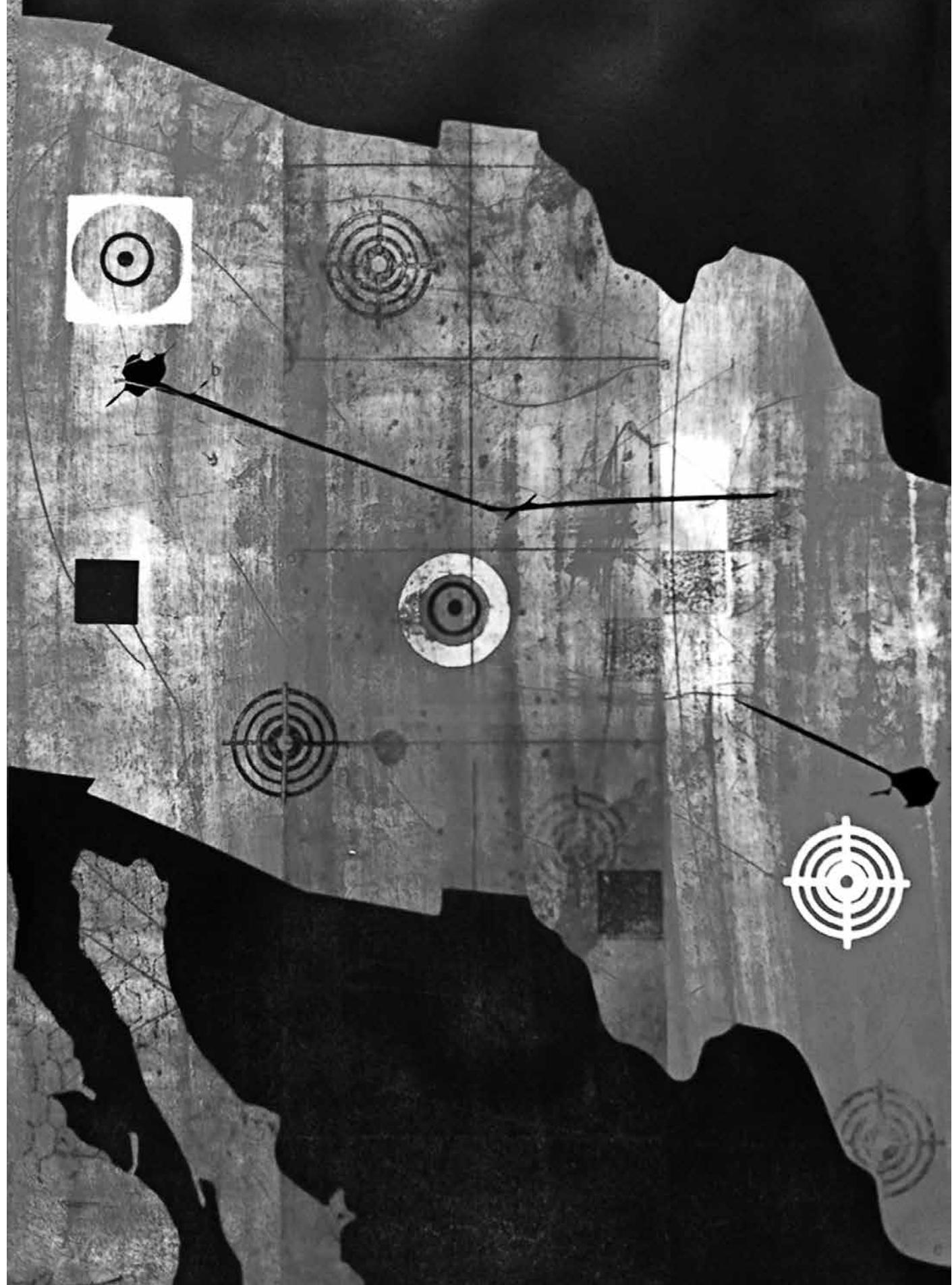
co fue nombrado Jefe de Patrullas de Tránsito Municipal. El jarocho alegre, el timbalista carismático y bullanguero, se convirtió en “un hombre importante”. A partir de ese día, bastaba una llamada al buen Tavo Rumbas para que tu auto no cayera en el corralón; si un oficial te sorprendía ignorando el semáforo en rojo, mentar su nombre era suficiente para no recibir una infracción: la corrupción, antes privilegiada para los hombres de abolengo, se había democratizado.

Nadie lo decía, pero no era un secreto que la oficina de tránsito guardaba la caja chica de los Zetas —Aquellos—. Si uno intenta rastrear la relación de multas de esos años, la oficina argumenta que “los archivos correspondientes de enero-junio de 2011 tuvieron que incinerarse debido a las inundaciones de 2014”. Sin embargo, al edificio de Tránsito Municipal jamás le llegó ninguna inundación.

*

Si no fuera por una solicitud de información al Comité de Carnaval, en la que se reconoce su muerte —por un paro cardíaco—, Tavo Rumbas aún estaría vivo para las instituciones. Y aunque para sus familiares y gente cercana su muerte es un hecho —ocurrió un 9 de abril de 2011, coinciden todos—, las versiones sangrientas sobre su asesinato parecen desmesuradas. Sus más allegados aseguran que, simplemente, a Tavo “nunca lo regresaron” y que una llamada anónima al celular bastó para enterarse. Y cuando eso sucedió, su familia nunca quiso denunciar “por temor a represalias”. Uno de sus hermanos prefirió exiliarse en Nueva York. A su hermana la han buscado periodistas, pero los evita. En la prensa, incluso en el internet, todavía está silenciada su muerte. Han pasado ya cinco carnavales desde entonces, y funcionarios, amigos y conocidos de Tavo Rumbas prefieren sólo murmurar o callar.

Para ser Veracruz una tierra en la que se escucha salsa desde la mañana hasta la noche, se ha callado la desaparición de quien fue uno de sus más grandes salseros locales. Nadie quiere que le corten la lengua por andar diciendo que a Tavo Rumbas los Zetas lo hicieron cachitos. **P**



Carta a Felipe

Arturo de Dios Palma Ocampo

ACAPULCO, GUERRERO, 1983

La única vez que te vi estabas tendido sobre un petate, en el piso de tierra de un cuarto con paredes de otate y techo de lámina. Estabas rodeado de flores silvestres, alumbrado por veladoras, cubierto con una sábana blanca. Sí: estabas muerto.

Un día antes te habías rendido a una hemorragia nasal que no pudiste atender. No había centro de salud o médicos en tu comunidad, San Marquitos, Chilapa.

Moriste luchando sin armas contra la enfermedad como muchos otros jóvenes indígenas en ese pedazo duro que puede ser la Montaña de Guerrero. Peleaste seis meses contra la anemia aplásica que te detectaron. Habías cumplido catorce años de vida. Apenas catorce, Felipe Vivanco Martínez. En vida, eras un muchacho de rostro redondo, de piel morena y con un cuerpo lleno de energía.

Después de que comenzaste a sufrir desmayos y un sangrado constante por la nariz y las encías, anduviste de un hospital a otro por toda la región: te internaron en el Hospital General de Chilapa donde no pudieron detectar lo que

tenías. De ahí te mandaron al Instituto de Cancerología de Acapulco. Ahí te hablaron de la anemia aplásica: las células de tu médula ósea estaban defectuosas y no permitían el buen desarrollo de tus glóbulos rojos, blancos y plaquetas. Estabas condenado, Felipe. Y tu cuerpo te lo decía: antes de morir estabas flácido, pálido, y tu rostro delgado, escurrido.

Tu hermana mayor, Josefina, murió igual que tú, por una hemorragia en 2001. Y también tu mamá, María Francisca Martínez de Jesús, junto con tu hermano Margarito. Todos con los mismos síntomas, por las mismas causas.

Tu madre y tus hermanos comenzaron a morir después de que regresaron de Culiacán, donde trabajaron en el campo Bella Vista en el corte de chile.

Jairo Izamna, *Vaquero urbano con propulsión a chorro*, xilografía, 20 x 18 cm, 2016



Arturo de Dios Palma Ocampo. Es licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Guerrero. Fue incluido en libro *Ayotzinapa. La travesía de las tortugas* (Ediciones Proceso, 2015), que reúne los perfiles de los cuarenta y tres estudiantes desaparecidos. Tiene nueve años como reportero. Afirma que el periodismo es una herramienta que puede ayudar a sacar al país de la oscuridad.



Foto © Salvador Cisneros

Tú lo recordarías: en el año 2000, allá en Culiacán, Josefina tuvo una hemorragia nasal que obligó a tus padres a regresar a Chilapa para internarla en el hospital. Ahí le dieron unos medicamentos que sólo pudo tomar un tiempo. Justo un año después, cierto día, murió por un sangrado. En cuestión de horas. Tenía doce años.

Y un año después falleció tu madre por una hemorragia vaginal. Y Margarito, tu otro hermano, anduvo igual que tú, de un hospital a otro. Al final, por la falta de dinero para el pasaje, tu papá no lo pudo llevar a Acapulco y se quedó en San Marquitos esperando la muerte. Tenía quince años. Vivió un año más que tú.

Lo que no supiste, a fin de cuentas, fue que la anemia pudo haber sido provocada. Alguna sustancia tóxica que quizá ingeriste.

Tampoco, de seguro, supiste que en 2012, a través de un boletín, el número 116, el Instituto Mexicano del Seguro Social alertó que tener contacto frecuente con ciertos productos químicos de uso cotidiano en el campo, como los insecticidas, está vinculado con ese tipo de anemia.

Si tú y tu familia la mayor parte de su tiempo la pasaron ayudando en el campo, en la siembra, a tu papá, Tomás Vivanero Barrera: ¿quién puede saber cómo se enfermaron?

Tus últimos seis meses de vida fueron intensos, Felipe, como es el tiempo que se acompaña fielmente con dolor, marginación y pobreza.

Todo lo sabrías mejor. No habría forma de no ver cómo tu padre, quien sigue viviendo en San Marquitos, se resistía a perder la esperanza de que los cinco hermanos que te quedan no mueran de la misma manera.

Hoy que te escribo, pienso que pese a tu casi década y media de vida en medio de la pobreza, tal vez nunca te sentiste condenado por una mala suerte.

Apenas hace unos cuantos años conociste la luz eléctrica, aunque no lograste ver cómo caía el agua por una llave. Ni viste los caminos vestidos de asfalto, ni a tus cuatro hermanos pequeños metidos en una escuela amplia, con salones limpios, con pizarrón y, sobre todo, con profesores todos los días. Tampoco pudiste ver una clínica. De seguro te moriste sin ganas de verlos. ¿Quién puede añorar lo que nunca ha conocido?

Fue tu vida, Felipe, como la vida de tantos miles de mexicanos: desde antes de que nacieras, unos cuantos hombres, los que mandan en este país, ya la habían condenado a la miseria. ♪

Este texto es inédito.

Los jornaleros de Tierra Negra

Carlos G. Ibarra

GUERRERO NEGRO, BAJA CALIFORNIA SUR, 1984

Vizcaíno, Baja California Sur

Las mujeres con trenza oscura hablan en diversas lenguas y sostienen, cada una, varias tarjetas bancarias: Es quincena. Han sido enviadas por sus maridos a cobrar la raya en el único cajero automático de Vizcaíno. Sobre la carretera Transpeninsular, en el kilómetro 144, está el BBVA Bancomer. Ellas no son las únicas en cobrar. Las regordetas figuras del personal de la Central de Combustión Interna (CCI) de la Comisión Federal de Electricidad (CFE), envueltas en su habitual uniforme caqui y casco amarillo, esperan ansiosas, tronándose los dedos, temiendo que se acabe el dinero. Eso es común. Les causa molestia la lentitud de las jornaleras.

El ambiente huele a quemado. Una débil estela se ve a mi derecha mientras conduzco al sur buscando su origen. Atrás quedó el bullicio quincenal de un pueblo que expertos de las ciencias sociales estudian por sus peculiares fenómenos. Un choque cultural preocupante por la migración de personas del centro del país, la mayoría indígenas, a los campos agrícolas. A espaldas de uno de esos ranchos, ubicado frente a tres cantinas, me dirijo. Un gran rastro de polvo y el traqueteo de la camioneta evidencian mi llegada. A los cinco minutos ya no estaba en Vizcaíno.

Llegué a Tierra Negra.

Los zopilotes me conceden poca importancia. Giran en lo alto en torno a vórtices de basura. La superficie

humeante es extensa. Además de las choyas achicharradas, un fraccionamiento de casuchas se extiende por el improvisado vertedero de basura. Cada noche los habitantes prenden fuego para limpiar el área en busca de chatarra o usan las llamas para derretir los cables y extraer el cobre para venderlo por la mañana. Aquí los jornaleros viven entre los desechos de los campos agrícolas y el ensordecedor aleteo de las moscas.

Los treinta y siete grados centígrados calcinan mis ideas. Cada paso levanta la ceniza, palidece mi pantalón negro hasta asemejar el color del lomo de las cachoras que habitaban la zona. Pateé, sin querer, una pequeña caja de un casete cuyo ruido hizo enfocar mis pupilas en el artefacto. Lo levanté: Blind Melon. Recordé una estrofa de la canción más conocida de la banda, “No Rain”: “Sólo quiero que alguien me diga que siempre estaré ahí cuando despierte.” Levanté la vista y ahí estaba Antonio.

Antonio

Se protege del sol bajo una carpa amarilla agujerada. Tiene veinticuatro años. Para calmar su aburrimiento, desliza un clavo en un tubo metálico que produce un estridente sonido. Espera a su esposa de veinte años y al padre de la muchacha; fueron al pueblo a vender botellas de plástico para traer la comida del día. Un jugo de tomate V8 fue su desayuno, pero el recipiente de aluminio, en tonos azules, está vacío, y, por su valor en las chatarreras, lo guarda para más tarde echarlo al destarado *pick up* de su suegro. No presta atención a la

Una versión más extensa de esta crónica fue publicada en el diario *El Independiente* (Baja California Sur, 25 de febrero de 2014).

Carlos G. Ibarra. Es licenciado en Comunicación y Publicidad por la Universidad de Tijuana CUT y periodista de medio ambiente, ciencia y política en diferentes medios de comunicación. Actualmente cursa la maestría en Desarrollo Sustentable y Globalización en la Universidad Autónoma de Baja California Sur, donde desarrolla un proyecto sobre la influencia del extractivismo y conflictos ecológicos-distributivos en su estado natal. Ha colaborado en medios como la revista de la Benemérita Normal Urbana en La Paz, *Fanzine Pirata*, *Clarimonda*, *La Jornada BC*, entre otros. Obtuvo el Premio Estatal de Periodismo 2016 de la Asociación Sudcaliforniana de Reporteros en la categoría de Noticia y un año antes mereció una mención honorífica en el Premio de Divulgación Periodística en Sustentabilidad de la Escuela de Periodismo Carlos Septién.



envoltura que ondea en la punta de la choya a su espalda, tampoco a los pasos invasores que llegan por atrás, él sigue hipnotizado por la fricción de los metales en sus secas y estropeadas manos.

El muchacho de botas nunca me vio a los ojos. No me miró a la primera, a la segunda ni a la tercera pregunta; jamás volteó. El enflaquecido muchacho —por lo menos la guanga camiseta creaba esa ilusión— amablemente respondió a cada una de mis preguntas sobre un tema que podría estarse replicando en cada uno de los municipios de Baja California Sur, pues son ochenta y siete ranchos agrícolas los que ha contabilizado la Secretaría del Trabajo del estado.

—Antonio, de pura casualidad, ¿sabes cuántos viven en toda la zona?

—No sabría decirle cuántos, varía, pero nunca los he contado. Viviendo aquí tengo poco tiempo y no vengo muy seguido —continúa el ruido metálico—, no sé, en realidad, no sé.

—Oye, y no te gustaría, no sé, mejores condiciones de vida o regresarte a tu pueblo, conseguir un hogar más cómodo, digo, ¿por qué sigues aquí? ¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—El tiempo que sea necesario, sólo estoy esperando la temporada de fresa o tomate, pues, en rancho El Silencio. Pos sí vivía mejor allá, en mi pueblo, y pues sí quisiera regresar, pero... no se puede. Aparte, me aguantó por mi mujer, y aquí vivimos con su papá, quien, cuando no hay temporada, junta basura para vivir.

Las estrictas reglas del campo agrícola El Silencio lo obligaron a salir. Ahora espera cada vez que las temporadas grandes ocupen más mano de obra para obtener

unos mil ciento cincuenta pesos semanales. Es la primera vez en cuatro años que pasará sus días en la marginal zona que se ha convertido en un espectáculo para los locales.

El *chemo* [pegamento industrial] es la base de esta sociedad. Antonio no se droga, tampoco bebe alcohol: “Yo no lo hago, pero allá sí le hacen; no me dan miedo, pero yo no le hago a eso; se ponen como locos”, dijo mientras apuntaba a la casa contigua. Sin embargo, ha sido testigo del desenfreno de los otros, cuando la lumbrere colorea la noche en el basurero y, de paso, combate el frío aire nocturno. Los ha visto con una bolsa en la boca olisqueando una sustancia amarillenta hasta perderse en su locura; algunas veces un viaje sin retorno. Prefiriere seguir entre la basura.

Antonio es oriundo de Zongolica, Veracruz. El Instituto Electoral de ese estado decidió en 2013 que el XVIII distrito electoral, con cabecera en Zongolica, tendría que desaparecer, porque la migración dejó pueblos fantasma. Sus habitantes se han ido, unos para Estados Unidos, el resto se sumó a la odisea de miles de indígenas en una travesía por las parcelas de Sinaloa, Sonora, Baja California y Baja California Sur. De acuerdo con el último censo del INEGI en 2010, Veracruz perdió cerca de dos millones de ciudadanos. Periódicos en aquella región han evidenciado las terribles carencias que prevalecen: condiciones de marginación, falta de servicios elementales como agua, salud, vivienda y educación.

En dos meses, la temporada iniciará y, para Antonio, existe la posibilidad de quedarse en el rancho otra vez. No tiene hijos, pero el amor por su mujer lo obliga a continuar, a no desfallecer. Intenta no repetir el patrón

de sus vecinos. Por lo pronto, espera que su esposa y su suegro lleguen, al fin, con la comida. Ahí no tienen dónde cocinar y por ello compran algo preparado. Ya tardaron. Más tarde me enteraría de que el suegro de Antonio tiene la mala costumbre de visitar las cantinas luego de ganar dinero con la venta de plástico y aluminio; su hija tiene que esperarlo en el *pick up*.

Lo dejé con su espera. Antonio, el joven jornalero, pasó de una expresión vacía e indiferente a un gesto afable. Ni la fotografía de la rubia modelo de una revista deshojada, ni mucho menos el aire espeso en aquel paraje oscuro, desvían su atención de la imagen de su esposa en sus recuerdos. No mencionó su nombre. No era necesario conocerlo, pues los hombres acumulan tesoros y éste era el suyo. Atrás quedó Antonio, quien volvió a enfocar su energía en restregar los fierros.

La navaja de Rigoberto

La bandera de México, en improvisada asta sobre el techo de una vivienda, luce como una flor marchita. Inmóvil. Detuve mi marcha hasta que Rigoberto Prudencio apareció con una cuerda amarilla. La cortaba en fragmentos más pequeños con una navaja minúscula. En cuanto lo saludé, vi el cuchillo que imitaba la forma de un mini machete. Me puso nervioso. Lo llevaba en un forro de piel sujeto a su cinto.

Un grupo de datillos encorvados sin florecer era el jardín de Rigoberto Prudencio. Tenía enormes sacos hechos con costales percutidos, llenos de botellas de plástico. El pedazo de tierra que adoptó como suyo no estaba carbonizado. Yo no pude decir nada en minutos por el humo y el polvo que se atascaban en mi garganta. Él me observaba mientras seguía con un extremo del chicote y el resto se enrollaba como serpiente junto a sus raspados zapatos negros.

—Hola, muy buenas tardes —dije enronquecido—, soy reportero de un diario de La Paz. Supe de su situación y quisiera hablar sobre las condiciones en las que vive; conocer por qué está aquí.

—Extravié mis papeles y ya no pude trabajar en el campo, los piden en el campo. Piden acta de nacimiento,



credencial de elector. Ya intenté sacarlos en la delegación del pueblo, pero no me han llegado.

—¿De dónde es? ¿Dejó algún familiar en donde nació?

—Pues soy de Morelos, y allá se quedó mi mamá y hermanos. En Sinaloa dejé a mi esposa —contestó seco—, no tengo hijos.

—Y ¿por qué anda por este lugar tan lejano? ¿Qué le trajo aquí, a Baja California Sur?

—Antes de venirme estuve en México, pero nos dieron vacaciones a todos [no requirieron de sus servicios como albañil]. Tengo dos meses viviendo aquí, vivo recogiendo basura, botellas que reciben en Vizcaíno; las separas por colores. Fierro, alambre de cobre también lo compran allá [en la ciudad].

Al igual que Antonio, Rigoberto no consume drogas. La pregunta provoca una sonrisa nerviosa; tuvo que creer en su respuesta a pesar del envase con Resistol 5000 junto al cactus. Agachó la cabeza, se relamió los labios y de inmediato regresó a colocar una línea horizontal inexpresiva debajo del bigote. En su rostro, la colección de arrugas prematuras a causa del sol se ramificó igual que los arroyos secos de la región. “Yo nomás me tomo unas cuantas [cervezas]”, dijo regresando la vista



Vicente Jurado, *Malos pasos*, esténcil, 45 x 60 cm, 2016



hacia donde me encontraba. Y aclaró: “Adaptarse no fue difícil.” Narró que hay rondines de la Policía Ministerial o Municipal por ese cinturón de pobreza. “La mayoría del tiempo nos vigilan.” Según publicó el diario *La Jornada*, en 2006 llegaban cerca de veinticinco mil jornaleros migrantes. El semanario *Zeta* de Tijuana afirma que los migrantes proceden, en su mayoría, de Oaxaca, Veracruz, Guerrero y Sinaloa.

El desconocido y su mundo

Mientras Rigoberto Prudencio y yo hablábamos de su vida, un *pick up* pasó aprisa por la terracería. Detuvo su marcha, un hombre bajó un tanque azul, lo vació en un montículo de verduras podridas. Semanas sin servicio público de recolección llevaron a la proliferación de tiraderos clandestinos, y aquel 22 de septiembre de 2013 no era la excepción. Arrancó el motor y el *pick up* desapareció metros después, levantando una polvareda. Cuando la nube de polvo se disipó, apareció la silueta de un hombre de barba abundante. Apretujaba contra su nariz y boca la mano derecha; el pegamento lo manipulaba con la izquierda para llenar bien sus pulmones de químicos: comenzó una perorata con nadie.

Su guarida: cinco costales gigantes con plásticos que formaban un medio círculo. Se agachaba y desapa-

recía por completo. Así lo hizo en varias ocasiones. La primera vez que consumó la proeza, al salir, emitió una frase con dedicatoria para el personaje que vivía en su memoria: “Tu ruca coge bien chilo.” Movía el brazo, a lo mejor trataba de atraer la atención del sujeto invisible para mí. Se escondió. La segunda vez acusó al hipotético enemigo: “Te apesta el culo.”

El otro Antonio

En el camino, envolturas de recipientes del refresco favorito de México, artículos de limpieza, leches en polvo para bebé, inundaban el piso e incluso arbustos y cactáceas: una excelente estrategia publicitaria. A mi izquierda, muy adentro del basurero, entre dos cerros con basura, una casa de madera con mejor aspecto que las demás. En su interior está un sujeto de tejana blanca, cinto piteado, camisa brillante color crema con unos gallos de pelea en rojo. Dos que escuchaban. Siempre dio la espalda, Antonio Victoria no.

Antonio Victoria, de cuarenta años, gorra bordada con un gallo de combate, salió de una colina frente a mí, pocos metros después de pasar el hombre de sombrero. Se dedica a la pepena porque tiene cuatro años que no consigue un empleo en las granjas. Viajó a Sinaloa para integrarse a la plantilla laboral de la Empacadora Verónica. Estuvo en Camalú, Baja California, veintitrés años atrás. Trabajó como jornalero en El Piloto y para un rancho local. Lo despidieron. Dijo tener una “entenada”.

—No me junto aquí con nadie, hay mucha gente mala; no hay ninguna gente limpia—. Ejemplificó, con un acento apenas entendible, con el suegro de Antonio: Allá su suegro le dice que van a cambiar lo juntado por dinero, pero ese viejito toma mucho y se queda en una de las tres cantinas frente al [rancho agrícola número] ocho.

Por lo mismo, él no vive en esa tierra negra de la Reserva de la Biosfera de El Vizcaíno. Reconoció extrañar el olor de los cafetales de su pueblo. También la paga: recibía quinientos pesos al día; en Vizcaíno únicamente ochenta. “Tal vez cualquier día de éstos —dijo— regrese.” ☐

La esperanza verde

Neldy San Martín

CIUDAD DE MÉXICO, 1986

Si la urgencia por aliviar el dolor y la enfermedad de sus familiares no fuera tan grande, estos jóvenes no habrían asistido a esta reunión clandestina. Pero cuando la enfermedad acecha no hay tiempo que perder.

Se organizaron semanas antes con mensajes encriptados. La cita fue a las nueve de la mañana de un domingo de octubre en una tienda Waldo's al sur de la Ciudad de México, a varios minutos de su destino. Nadie sabía a dónde irían. El reloj apenas marcaba las 9:05 cuando los recogieron para llevarlos a una casa en Xochimilco, sin más muebles que una mesa, un proyector y algunas sillas de plástico.

En la cocina había una licuadora, una batidora, ollas, guantes, toallas, un rollo de servilletas de papel, agua oxigenada, aceites y otros productos que serían empleados durante las más de ocho horas de trabajo.

“Las cápsulas se pueden hacer con aceite de coco orgánico o aceite de oliva, en baño maría, a una temperatura de treinta y ocho grados centígrados”, dijo Matías, un joven delgado de acento extranjero cuyo nombre real se reserva a petición suya, mientras colocaba un recipiente dentro de una olla con agua. Sin pestañear, un grupo de nueve personas tomaba apuntes en libretas. Parecía una clase de química, pero Matías no era su maestro, sino un activista, y la sustancia que estaban calentando era marihuana.

Matías y Marina —quien también pidió el anonimato— pasaron una temporada en una comunidad en California en la que se dedicaban al cultivo de marihuana. Ahí aprendieron a extraer kief (los cristales que contienen el THC o tetrahidrocannabinol, el compuesto psicoactivo de la planta) y hash (la resina de las flores de la cannabis), y a elaborar tinturas o comestibles.

California, donde es legal la marihuana medicinal desde 1996, le lleva a México años luz en conocimiento científico sobre la planta. La pareja aprovechó eso. Adquirió experiencia durante cuatro años haciendo medicamentos a base de esta sustancia y cuando se instaló por una breve temporada en la Ciudad de México decidió que era hora de compartir lo aprendido. No sólo organizaron talleres clandestinos, también dieron medicina gratuita a gente con enfermedades como cáncer y epilepsia.

Esta crónica fue publicada en *VICE News* bajo el título “Así se prepara la marihuana medicinal de manera clandestina en México” (20 de abril de 2016).

Neldy San Martín. Es reportera en *El Financiero/Bloomberg TV*. Fundadora en 2012 de la revista *Spleen! Journal*. Trabajó en el periódico *Reforma* y en Univision. Ha colaborado en *VICE News*, en la revista *Esquire Latinoamérica*, en *Lento* de Uruguay, en el diario *Más por Más* y en el Grupo Expansión. Es coautora en *Demasiados lobos andan sueltos. Crónicas infrarrealistas* (Rayuela, 2014) y *No basta con encender una vela. Crónicas infrarrealistas* (Rayuela, 2015).



En la casa de Xochimilco, una mujer joven contaba que su madre, quien recientemente había iniciado sesiones de quimioterapia, había mejorado su estado de ánimo al combinarlas con el tratamiento de cannabis.

“Es que las quimios son súper agresivas, y la marihuana le está ayudando con los efectos. Tiene apetito otra vez, le ayuda a dormir y con las náuseas”, contó, frente al grupo, la mujer de piel morena y cabello y ojos negros. Algunos de los que escuchaban su historia estaban por comenzar a experimentar con la marihuana medicinal en algún familiar, y otros lo hacían desde hace poco tiempo de la mano de Marina y Matías. “Sí, mi papá no se levantaba de la cama. Con este tratamiento ya sale de la casa. Está de buen humor. Aunque todo el día está en el viaje, pero puede hacer una vida normal”, dijo Marina.

El padre de Marina tiene un tumor en el cerebro. Un par de meses antes del taller decidió dejar las quimioterapias. Su hija le prepara una cápsula que a simple vista parece un medicamento de farmacia, pero que contiene THC. Diariamente consume un gramo de cannabis, lo que explica que todo el día esté “en el viaje”. La joven dice estar segura de que los cannabinoides están frenando poco a poco el crecimiento del tumor. De hecho, tiene la esperanza de que en un tiempo una tomografía pueda confirmarlo.

No es la única. En algunos países, como Australia y Canadá, cada vez más personas se tratan con cannabis y creen que es la cura contra el cáncer, aunque esto no está comprobado de manera científica. Uno de los casos más conocidos es el de Rick Simpson, un canadiense que afirma haber eliminado su cáncer con un *hash oil* que él mismo creó y al que llamó *Tears of Phoenix*. Su receta se ha traducido al español y otros idiomas y replicado en portales, blogs y videos en Youtube.

Ese domingo soleado de octubre, el taller avanzaba entre teoría y práctica. Todos estaban tan metidos en el proyector y sus libretas, que a nadie pareció importarles el curso del reloj. Marina y Matías explicaban que la prohibición de las drogas ha frenado el avance médico sobre los beneficios de la cannabis. Los asistentes asentían.

“La marihuana no es el diablo, pero tampoco hace milagros. Por eso hay que entender que también tiene sus riesgos. Hay que aprender a conocerla”, dijo Matías mientras repartía pequeñas muestras de diferentes variedades de marihuana, con sus distintas texturas y colores, para que cada uno las observara.

El taller ocurría un mes después de que Grace, una niña de Monterrey diagnosticada con el síndrome de Lennox-Gastaut, que le causa convulsiones desde los cuatro meses, obtuviera un permiso oficial para ser la primera paciente en importar legalmente un extracto de CBD o cannabidiol, el principal componente de la marihuana, apreciado por sus propiedades terapéuticas.

Los científicos que estudian la relación entre la epilepsia y la marihuana en Estados Unidos e Israel creen que el CBD relaja la actividad eléctrica excesiva en el cerebro que causa las convulsiones. Seis meses de tratamiento después, la niña ha pasado de cuatrocientas convulsiones diarias a sólo veinte. “Grace ha mejorado en ochenta por ciento sus crisis en frecuencia e intensidad. Ha mejorado sus terapias, convive más con su familia y da pasitos con ayuda”, dijo Raúl Elizalde, su padre.

En el taller se habló de los casos de Grace, Rick Simpson y Charlotte Figi, la primera niña conocida en el mundo cuya epilepsia fue tratada con cannabidiol. Esos nombres eran para los asistentes al taller como una linterna a la mitad del túnel.

Cuando se acercaba el final del curso, ya la mesa de plástico se había convertido en un laboratorio. Había una muestra de *wax*, una cera concentrada de cannabis que puede usar gas butano, metanol u otros solventes. Con este proceso se puede obtener hasta setenta por ciento del TCH. El *wax* está prohibido hasta en California.

También había gotas de cannabis, pomadas y lubricantes de marihuana. Algunos degustaron muestras, otros las compraron. Para cuando terminó el taller, los participantes intercambiaban teléfonos. Se habían olvidado por completo de que estaban haciendo algo ilegal. Estaban cumpliendo su objetivo, podrían llegar a casa y preparar ellos mismos el medicamento para sus familiares.

Meses después Marina habló de la mejoría de su padre. No era tan radical como lo esperaba, pero seguía manteniendo la esperanza. “Mi papá está mejor. Será una recuperación lenta, pero ahí va.”

Ahora, ella y Matías viven en otro lugar. Están llevando sus conocimientos a otras latitudes. Pero están al tanto de lo que ocurre en México, donde el debate se estancó en el Senado, luego de que el presidente Enrique Peña Nieto enviara una iniciativa para que el uso de marihuana médica fuera una realidad.

Pero para Marina y Matías, la legalización en el país ocurrirá tarde o temprano. Con ello no sólo saldrían de las sombras quién sabe cuántos usuarios de quién sabe qué enfermedades, sino que también los médicos podrían comenzar a tratar a sus pacientes con marihuana, como lo hacen Marina y Matías. ●

Los sueños de un abrazo

Hugo Roca Joglar

CIUDAD DE MÉXICO, 1986

I

—**M**i abuela Catalina no me escuchó entrar a su casa y abrí la puerta del cuarto... —era 1995, Sonia Grajales tenía ocho años; su abuela, cincuenta y cuatro—, la encontré en los brazos de su amiga Leila, más joven; las dos vestidas, como cualquier abrazo...

Cuarto azul de gruesas paredes agrietadas. El viejo piso ajedrezado de azulejo blanco y negro. La ventana abierta. Afuera, las nopaleras trazan sobre la tierra figuras —amplias, sinuosas, piramidales, estrechas— que, hostiles y secas, se extienden entre lomas y pendientes. Se está haciendo tarde; el sol, en su ocaso, refleja un rojo extraño que hace pensar en la sangre.

—Era un abrazo cualquiera, y, sin embargo, mi abuela se puso furiosa: fuera de sí, lépera y violenta, como nunca la había visto —Sonia está sentada sobre una almohada de su cama. En la mesita de noche hay una curiosa lámpara con forma de barco, tres frascos (vitaminas, gotas para los ojos y uno sin etiqueta) y un litro de pulque de tomate preparado con todas las salsas que llevaría la cerveza con clamato—. Me gritó: “¡Lárgate de aquí, pinche escuincla metiche!”

II

Sonia citó a su mamá hace tres años —el 2 de agosto de 2013— en un cafecito (el Jarro 8) de Santa Ana Tlacotenco —el pueblo de Milpa Alta en el que creció— y le explicó que, en el amor, sólo había encontrado aislamiento e incompreensión. Que desde los doce años los hombres le provocaban rechazo. Que sufría una y otra vez por no saber leer las señales de su cuerpo. Que se creía anormal, que se sentía vacía. Que en la universidad encontró respuestas, brutales respuestas que al principio se negó a aceptar. Que intentó lastimarse, que pretendió mentir. Que fue una lucha violenta. Que por eso se había apartado tanto y lucía sombría, monosilábica y fría todos los

Esta crónica fue publicada originalmente bajo el título “Sonia, una joven de Milpa Alta” en el periódico *Milenio* (28 de agosto de 2016).



Jairo Itzamna, *¡No seas borrego!*, xilografía, 21 × 29 cm, 2016

días. Pero que ya había salido del horror. Que por fin había entendido y aceptado las búsquedas de su corazón, las claras voces de su piel. Que ahora todo entre ellas podía ser mejor: más cálido y gentil. Que la entendiera, que intercediera por ella ante su papá para que él también la entendiera. Que la amaba con toda su alma. Que era normal ser lesbiana.

Su mamá le volteó la cara con una cachetada. Nunca antes le había pegado. Sonia huyó del cafecito. Vagó durante horas. Cuando regresó a casa, su padre la esperaba sentado en la sala. Tenía una actitud rara: retraída, tensa, demasiado quieta. Las piernas muy separadas; en la mano una caguama. Se puso de pie y sin verla a los ojos le dijo: “Eres hija mía, no eres marimacha. Lo que necesitas es conocer una verga de a de veras”, y comenzó a bajarse los pantalones. Sonia escapó. Durmió en una posada y al día siguiente le pidió trabajo de tiempo completo a su jefa en un establecimiento con varios temazcales en el que dirigía las ceremonias los fines de semana. Rentó un

Hugo Roca Joglar. En 2014 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en la categoría de Crónica con la obra *Lo que me dice el amor (Mahler en una cantina de Irapuato)* y, ese mismo año, en España, el premio Paco Rabal de periodismo cultural en la categoría “Joven Promesa”; en 2015 fue merecedor, en Argentina, del primer lugar del concurso de ensayos Iber-rutas 2015 “Memoria, migrantes y cultura”. Es autor de la columna sobre música clásica “Vibraciones”, que se publica en el suplemento cultural *Laberinto* del periódico *Milenio*. Colabora para *Pauta*, *Nexos*, *Pro Ópera* y *Replicante*. Trabajó para el periódico *Reforma* como cronista de viaje. Fue becario del programa Prensa y Democracia 2013 de la Universidad Iberoamericana y miembro del comité de selección en la edición 2015.



cuarto en dos mil pesos mensuales (donde aún vive) en la casa de una viuda, doña María Rosa Esquinca, en el pueblo de San Pablo Oztotepec, al lado del monte Teutle.

III

—Fue mucho tiempo después, cuando me escapé de casa, que entendí la furia de mi abuela Catalina, que entendí el significado de haberla descubierto en brazos de su amiga Leila... —A Sonia, como a Beethoven, no le gusta peinarse. Su cabello es un desastre: revuelto, mal cortado, de raíces café oscuro y puntas escarlata. Canta canciones de Chavela Vargas en la guitarra; su voz musical es ronca, como la de una mujer vieja que sabe sobre traiciones y cantinas. Odia los tacones. Usa tenis blancos que interviene con pinceles y estampitas de animales y estrellas— ¡...Mi abuela, en el fondo de su alma, era lesbiana! Amó a Leila en secreto, oculta, sintiendo remordimiento, miedo y culpa.

Sonia lleva falda corta de mezclilla y una playera blanca sin mangas. El cuello ancho; la cara triangular. Tiene queratocono en los dos ojos y deberá usar lentes de contacto rígidos toda la vida o someterse a un trasplante de córneas.

—En el fondo, mi abuela siempre quiso amar a Leila abiertamente, de frente, sin pena, pero tenía su marido, tenía su vida de mujer... de mujer sometida.

Sonia estira el brazo izquierdo (el tatuaje de una calandria negra bajo la muñeca) y prende la lámpara de su mesita de noche; luz cálida, de un hondo amarillo que hace pensar en el fuego.

IV

Desde que se escapó, Sonia no ha regresado a la casa de su infancia. Se entrevistó una vez con su padre, quien, tras preguntarle si estaba bien, le pidió perdón a su manera hosca e indirecta. Se entrevistó dos veces con su madre y ambas resultaron infelices: su madre gritó y dijo sentirse culpable; se le crispó la cara, gimió, escurrió lágrimas y golpeó con los puños la mesa.



Jairo Itzamna, *El puerco indignado*, xilografía, 26 × 13 cm, 2016

—¡Ya van a ser las ocho!, me tengo que cambiar: quedé de ver a Verónica a las diez por el Ángel.

Sonia “sale” con Verónica, una muchacha un año menor, desde enero de 2015. “Salen”... ninguna de las dos ha querido comprometerse a más. Duermen juntas dos noches por semana (viernes y sábados), casi siempre en el departamento de Verónica, en la colonia Juárez; la injusta distribución de las casas ha sido motivo de discusiones constantes, pero el argumento de Verónica es contundente: “¿Cuántos antros gay hay en Milpa Alta?”

V

Sin saberlo, Sonia representa las ideas que D.H. Lawrence expuso en su ensayo “Haciendo el amor con música”: somos los sueños de la generación anterior; no los sueños brillantes y hermosos, sino los ocultos y violentos. Somos las partes privadas de nuestras abuelas...

Su abuela Catalina soñó con hacer el amor sin ataduras con una mujer; Sonia es la encarnación de ese sueño: una mujer que ama a otra mujer sin cadenas.

—Yo no voy a sufrir lo que mi abuela sufrió—. De su vida pasada, a Sonia sólo le quedan recuerdos: jugar béisbol, de niña, con su papá en el terreno baldío donde marcaron las bases de la cancha sobre la tierra con pistolas de cal; adoptar con su mamá, de adolescente, un perro callejero con rasgos de pastor al que bautizaron como Gran Torino (por la película de Eastwood) y murió de una extraña enfermedad a los tres años... el permanente olor entre rancio y perfumado (un perfume con aromas de tierra, cenizas y tuna) de la cocina—. No voy a amar escondida, como si estuviera apestada, sino libre y descarada.

Sonia sonrío. Es la primera mujer que no será madre en la historia de su familia. Una sonrisa amplia de boca cerrada que hace pensar en la venganza. ♀

No es cualquier cosa ser El Increíble Samurái

Aranzazú Ayala Martínez

PUEBLA, PUEBLA, 1989

Desde la jaula todo parece fragmentado. Los barrotes dejan ver sólo retazos de brazos, de ojos y de bocas que gritan; de manos desesperadas que se estiran. Los gritos ansiosos y eufóricos: “¡Miguel, Miguel, mándame saludos, Miguel!” Los muchachos se dirigen con familiaridad a Miguel, pero él no los escucha, no los voltea a ver porque está concentrado leyendo los saludos que sus fans escriben en papeles que su ayudante, un joven que no rebasa los veinticinco años, le va pasando. Él toma el micrófono y con la otra mano mueve los botones de la consola que le tapa el rostro. A su derecha, inamovible y serio, está el Uva, alto y gordo, encargado de poner todo el equipo de audio del Sonido Samurái. Dentro de la jaula está también otro chico, más joven, de unos veinte años, casi todo el tiempo pegado al celular; una que otra vez atiende a los gritos de algunos que lo llaman por su nombre para darle hojas o pasarle sus teléfonos con mensajes, para que entonces Miguel los diga en el micrófono y las trescientas personas que están dentro de la bodega lo escuchan.

*

Miguel Martínez es una leyenda viva. Es El Increíble y su sonido es “el más sabroso”. Su voz y su gusto por la cumbia son sólo la punta del iceberg de un grupo de alrededor de dieciocho personas que dependen económicamente de un negocio familiar que se ha extendido desde hace veintiseis años, cuando empezó durante una “tocada” a la puerta de su casa, en la junta auxiliar de San Baltazar Campeche, en la ciudad de Puebla. Casi treinta años después alcanzan toda una producción con luces y sonido que llegó a Estados Unidos en 2014.

Miguel Martínez empezó en el mundo de los sonidos en 1990, pero escucha música tropical desde que iba en la secundaria. Tiene bien clara la primera vez del Sonido Samurái: el 18 de noviembre de 1990. Fue en una fiesta familiar donde perdió el miedo. Antes no le gustaba el micrófono pero cuando tuvo que tomarlo y empezar a hablar, éste se convirtió en una parte de él.

Una versión más extensa de esta crónica se publicó en *Lado B* (agosto de 2014), <www.ladobe.com.mx/2014/08/no-es-cualquier-cosa-ser-el-increible-samurai/>.



Aranzazú Ayala Martínez. Estudió la licenciatura en Literatura en la Universidad de las Américas Puebla. En 2014 obtuvo el segundo lugar, en la categoría Crónica, en el premio Cuauhtémoc Moctezuma al Periodismo en Puebla; así como el tercer lugar, en la categoría Reportaje, en el concurso Género y Justicia, organizado por la Suprema Corte de Justicia de la Nación, ONU Mujeres y Periodistas de a Pie. En 2016 fue beneficiaria de la Beca AbreLatam y ConDatos, congreso de datos abiertos en Bogotá, Colombia.

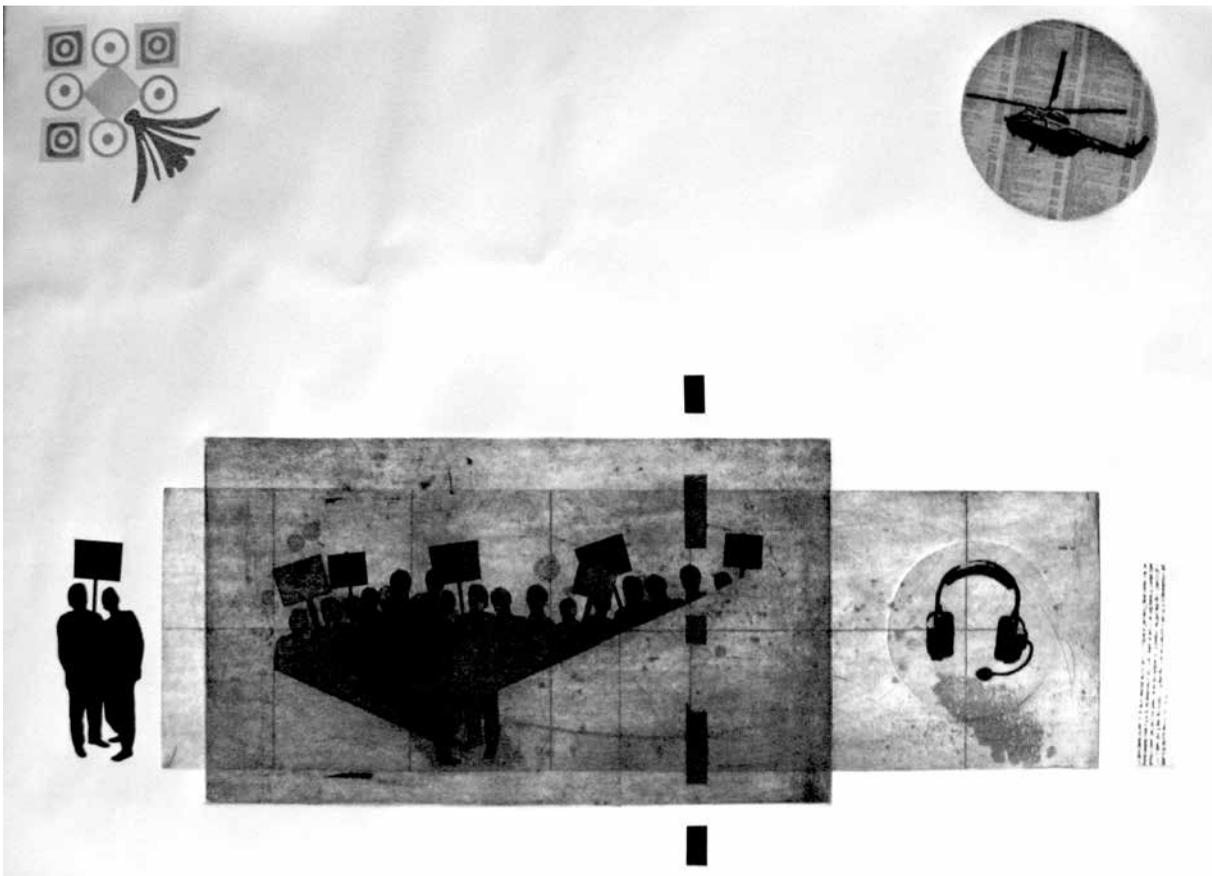
El lunes 4 de agosto de 2014 tocó con motivo de las fiestas en Momoxpan, en la ciudad de Puebla, la cuarta más grande de México. Su agenda está llena, tiene eventos al menos tres días a la semana y eso implica transportar equipo, desvelarse, estar pendiente de todos los que trabajan con él y, sobre todo, estar entero para el espectáculo. Él no es simplemente un DJ que mezcla canciones tropicales —principalmente de cumbia—: él es una voz, una voz con la que se identifican personas en varios estados de la República y en otros países. Gran parte de su éxito se debe, además de al trabajo duro y la constancia por más de veinte años, a su cercanía con la gente. El Samurái reconoce a sus fans, los saluda, es cercano, y su fama no lo ha alejado del público. Al contrario, sigue haciendo esfuerzos cada vez que toma el micrófono para mencionar a todos los que se desgarran la voz a gritos pidiéndole que les mande saludos, por escuchar sus nombres y los de sus amigos o familiares en la voz de su ídolo, el Increíble Sonido Samurái.

*

El Samurái es una estrella. La gente se le avienta, literamente. Todos quieren escuchar sus nombres, que Miguel los salude, los reconozca. Los que no se abalanzan sobre la cabina donde mezcla canciones tropicales, bailan. La cabina ha ido evolucionando hasta convertirse casi en un búnker enrejado para evitar que los fanáticos lo tiren.

Ese día de agosto, aunque era lunes, a la gente no le importó desvelarse ni empezar la semana con fiesta, ni a los adolescentes que no rebasan los dieciocho años ni a las familias, incluso a la señora que traía a su bebé de meses en una carreola, a pesar del ruido que hacen las más de cuarenta bocinas acomodadas en dos de las cuatro paredes de la bodega.

Miguel entra por atrás, como un *rockstar*, y su cabina está protegida con barrotes cerrados con un candado del que sólo tiene llave el muchacho que lo ayuda. También está cubierta por un techo de plástico, como puesto de feria. El metal se cimbra y la música entra como una serpiente veloz hasta el fondo de los oídos: los bajos de la cumbia, el *bzzz, bzzz bzzz bzzz, bzzz bzzz bzzz*, el pasito marcado con el que saltan en la pista de baile hombres con mujeres y hombres con hombres.



Vicente Jurado, *Nuevamente pisados*, aguafuerte, *chine collé*, vinil, lámpara negra y zinc/papel guarro, 76 × 90 cm, 2010

En los bailes nadie se sorprende de que hombres, casados o con novia, quieran sacar a bailar a otros hombres. En los sonideros es normal. En la bodega de techo alto y anguloso que es el salón social de Momoxpan, un pueblito tragado por la ciudad y que quedó en medio de vías rápidas y de toda la modernidad urbana, se hacen dos círculos para bailar. Uno es el de adultos y otro el de los más jóvenes; en uno la estrella es un muchacho de unos dieciocho o diecinueve años, muy flaco, con el cabello parado en picos, guantes negros que sólo le cubren la mitad de los dedos, pantalón color mostaza, ajustadísimo, playera rayada y chaleco. Suda y suda, brinca y brinca, no pierde el paso sin importar el cambio de pareja cada cinco o diez minutos. En el otro círculo está un travesti, lleva jeans, sandalias de tacón y una playera blanca sin mangas. Tiene el cabello pintado de rubio; se ve forzado el tinte, como queriendo sacarle brillo a esa melena para que todos lo vean al entrar. Un señor de chamarra militar quiere sacarlo a bailar, pero la pareja no lo suelta. El hombre está algo encorvado, mueve la mirada sin perder de vista los pasos de los danzantes, acechando: está en una cacería, es su momento de saltar y ser ahora el rey de los bailarines.

*

Los bailes sonideros tienen fama de arrabal, de peleas, de navajazos, de drogas. Pero son muchos los sonidos que han hecho esfuerzos para que la gente deje esas prácticas fuera de los bailes, para ahuyentar esa imagen peligrosa y marginal. El Samurái lo dice con orgullo, porque ha logrado que se peleen menos. Por ejemplo, en el baile de la feria de El Carmen, en el centro de Puebla, donde tocó en junio, no hubo muertos.

El de Miguel Martínez es uno de los sonidos más solicitados; a veces se queda ronco, pero aun así llega a tiempo a su presentación. Y no es cualquiera: es El Increíble. El Increíble porque el sonidero Ariel Pérez le dijo hace años que era increíble que con el poco equipo que tenía se escuchara bien.

Para él, lo más importante es que la música te haga bailar. No pone una canción que no lo haga bailar. Cuando está en su despacho, lleno de reconocimientos de sus fans, pone las canciones que le mandan y a veces baila solo. No le da pena, el baile es parte esencial de su trabajo, es de donde se desprende todo. El Sonido Samurái nació de los bailes a los que él iba, de brincar, de tomar la mano de su pareja y guiarla en círculos y saltos rítmicos, casi tribales, en una sonata de tambores tropicales que evolucionan como *cyborgs* para ser una misma versión de ellos, que se desliza entre cables y percusiones sintéticas, brotando de consolas desde el fondo de las noches y los bailes.

*

Cada noche el sonido de las cumbias termina evaporándose.

Pero la música no se desvanecerá. En algún momento se apagarán las bocinas, llegarán los seis u ocho muchachos a levantar todo durante otras cuatro o cinco horas, y el Samurái se desvelará hasta las cinco de la mañana para pagarles, para verificar que todos hayan llegado bien y todo esté en orden. Aunque sus fans quizás seguirán con el pensamiento en la pista de baile, contando los días para volver a verlo, Miguel tendrá todavía mucho trabajo, muchas fechas, mucha música que escuchar, muchas cosas que preparar. No es cualquier cosa ser El Increíble Samurái. **P**

Veracruz: doce metros cuadrados para conjurar el miedo

Carlos Acuña

CIUDAD DE MÉXICO, 1988

El aire aún está caliente.

No han pasado ni diez minutos desde que la bota militar rompió la puerta y esto ya es un desastre. Es la madrugada del 5 de junio de 2015 y el silencio en Xalapa parece total. La sangre es tanta que el color rojo pierde el sentido.

Fueron diez los encapuchados que irrumpieron en esta fiesta de cumpleaños. Así comenzó la danza —de un lado al otro, del techo al piso—, machetes y palos con clavos contra ocho jóvenes universitarios: cuatro hombres, cuatro mujeres. Cinco minutos duró: suficiente para quebrar caras, huesos, dientes y convertir esta casa en algo atroz.

Pero decir “casa” es demasiado. Se trata de un dormitorio diminuto de los que abundan en Xalapa. Los estudiantes los rentan a bajo costo y se resignan a comer en la cama, a centímetros del baño. En estos doce metros cuadrados, diez desconocidos quebraron ocho cuerpos desarmados. Doce metros cuadrados, cinco minutos; el horror más grande puede ocupar un espacio minúsculo.

De eso hace exactamente un año. Esta noche el piso está limpio de nuevo. No hay vidrios rotos, las paredes fueron cubiertas con paneles luminosos. La cama es la misma de aquel día.

Algo está a punto de suceder, aquí, de nuevo.

Una versión más extensa de esta crónica fue publicada originalmente en la revista *Emeequis* (Ciudad de México, 2016), <www.m-x.com.mx>.

No hay segundas ni terceras llamadas. Esto no es una representación ni una obra de teatro. Esto es Veracruz. Comenzamos.

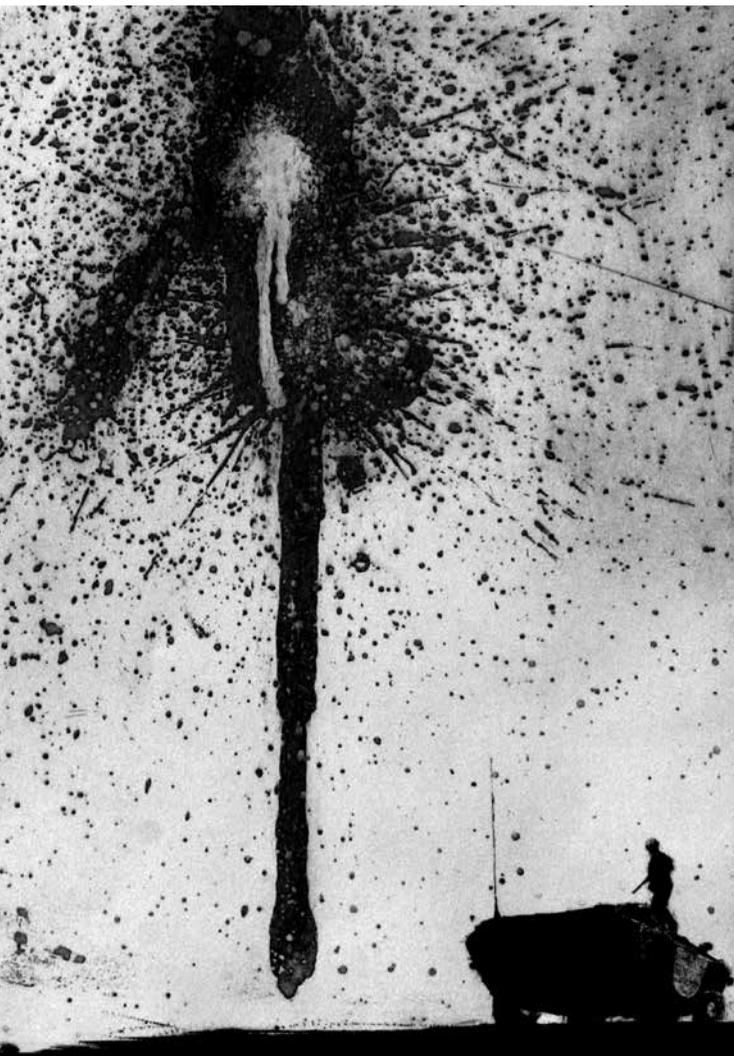
*

El escenario: una colonia en los bordes de Xalapa, lejos de los lagos y los bares. Apenas la Fiscalía General del Estado dejó de resguardar el número 6 de la calle Herón Pérez, este lugar se ofreció de nuevo en renta. Dos personas se presentaron a los pocos días: Karla Camarillo y Luis Mario Moncada; actriz y director artístico de la Compañía Titular de Teatro de la Universidad Veracruzana (UV). La transacción fue rápida.

Cuatro meses habían pasado. Todo estaba limpio excepto por las diminutas gotas de sangre seca entre los muebles y por la enorme mancha oscura que guardaba el colchón bajo las sábanas. El colchón que nadie pensó en cambiar.

Karla Camarillo, abundante cabellera negra, se encuentra sentada ahora en un bar del centro de la ciudad. Habla:

—Fue hace seis años. Nos tomó por sorpresa. En esa época mi novio trabajaba en un periódico. Él hacía video y, cuando estaba filmando algo le llamaban a su celular: “Bajas la cámara o te carga la chingada.” Poco a poco se acabaron las fiestas. Parecerá tonto pero Xalapa es una ciudad universitaria. Aquí había fiestas de miércoles a sábado. Los chavos que madrearon festejaban un cumpleaños. Y mira cómo terminó todo.



Vicente Jurado, *Coágulo de tinta*, punta seca, azúcar y zinc/
papel guarro, 45 × 33 cm, 2006

*

Karina Meneses, actriz: Lo primero que sentí fue este olor a encierro, a humedad. Luego estaba esa ventana grande que daba hacia la calle. El cuarto es un aparador. Afuera todos vieron lo que pasaba.

Alejandro Flores Valencia, autor: Antes de comenzar con el proyecto ofrecimos un seminario en la UV. Durante una sesión les revelamos que pretendíamos hacer un *in situ* en ese cuarto. Un actor se puso de pie: “¿Saben dónde nos están metiendo?”

Karla Camarillo, actriz: Luis Mario dio una charla en un foro universitario. Fui a verlo y, al terminar, me pidió acompañarlo. Me confesó: “Vamos a rentar ese cuarto.” Fue rápido porque a la dueña le urgía rentarlo. Ella nunca nos dijo “aquí pasó esto”. Dijo que era un lugar muy seguro.

Jorge Vargas, director: No sólo era una arquitectura cargada con la violencia: el cuarto está a una cuadra de las oficinas del PRI estatal. Al momento de invitar a los actores les aclaramos: “No podemos responsabilizarnos de la seguridad de todos.”

*

Las campanas suenan cada medio minuto, como un recordatorio.

—Aquí hay varios fantasmas. ¿Cuántos años tiene ya de muerto Quique?

—Más de veinte.

—Ernesto y Rafa tampoco están ya.

Hosmé Israel y Arturo Messeguer miran viejas foto-

Carlos Acuña. Estudió Comunicación y Periodismo en la UNAM. Fue incluido en el libro *Ayotzinapa. La travesía de las tortugas* (Ediciones Proceso, 2015). Ha colaborado en diversos medios y revistas como *Emequis*, *Chilango*, *Expansión* y *Horizontal*. En 2014 recibió el Premio a la Excelencia Periodística por la Sociedad Interamericana de Prensa.



Foto © Ana Minos

grafías y recortes de prensa. Ambos son actores veteranos de Veracruz. Estamos de nuevo aquí, en el número 6 de la calle Herón Pérez, donde sucedió lo que usted ya sabe. Mire las fotos: retratos de los miembros de la Compañía Titular de Teatro de la UV tomadas en 1981.

—Hosmé, ¿puedes decir con qué frecuencia se llevaban cabo los cantos religiosos en el teatro durante la temporada de *Cúcara y Mácara*?

—Desde el estreno, el 9 de diciembre de 1980. Era como si una peregrinación se hubiera metido a la sala. La obra era una farsa, una comedia desmadrosa. A mí me preocupaba ver todas las funciones llenas y comprobar que una parte del público, en las primeras filas, jamás se reía. Tampoco aplaudían al final sino que cantaban himnos guadalupanos. Después cambiaron por otros cantos que sólo se usan en las grandes solemnidades de la liturgia católica. Fue cuando supimos que algo estaba sucediendo.

Hosmé Israel sabe de lo que habla: estuvo a punto de ser sacerdote. Estudió con los dominicos en la Ciudad de México durante varios años, pero la muerte de su padre interrumpió su formación religiosa. Cuando regresó a Xalapa descubrió el teatro, escribió *La virgen loca* —una obra que aún tiene llenos totales— y hoy es uno de los actores más reconocidos de Veracruz. Cuando la Infantería Teatral, una de las tres compañías entonces auspiciadas por la Universidad, presentó *Cúcara y Mácara*, Hosmé fue el primero en alarmarse. Enrique Pineda, el director del montaje, le preguntó por qué el público cantaba esas cosas al final de cada función: “Esos coros los cantaban los cristeros”, le respondió.

Escrita por Óscar Liera, la obra narra la aparición de

la virgen en un rebozo. Los personajes son un cardenal borracho, un obispo misógino, un monje enano, dos niñas desnutridas. A pesar de ser una comedia, Pineda intentó cuidarse de no utilizar demasiados símbolos católicos para no ofender la fe del público xalapeño. Fue inútil.

*

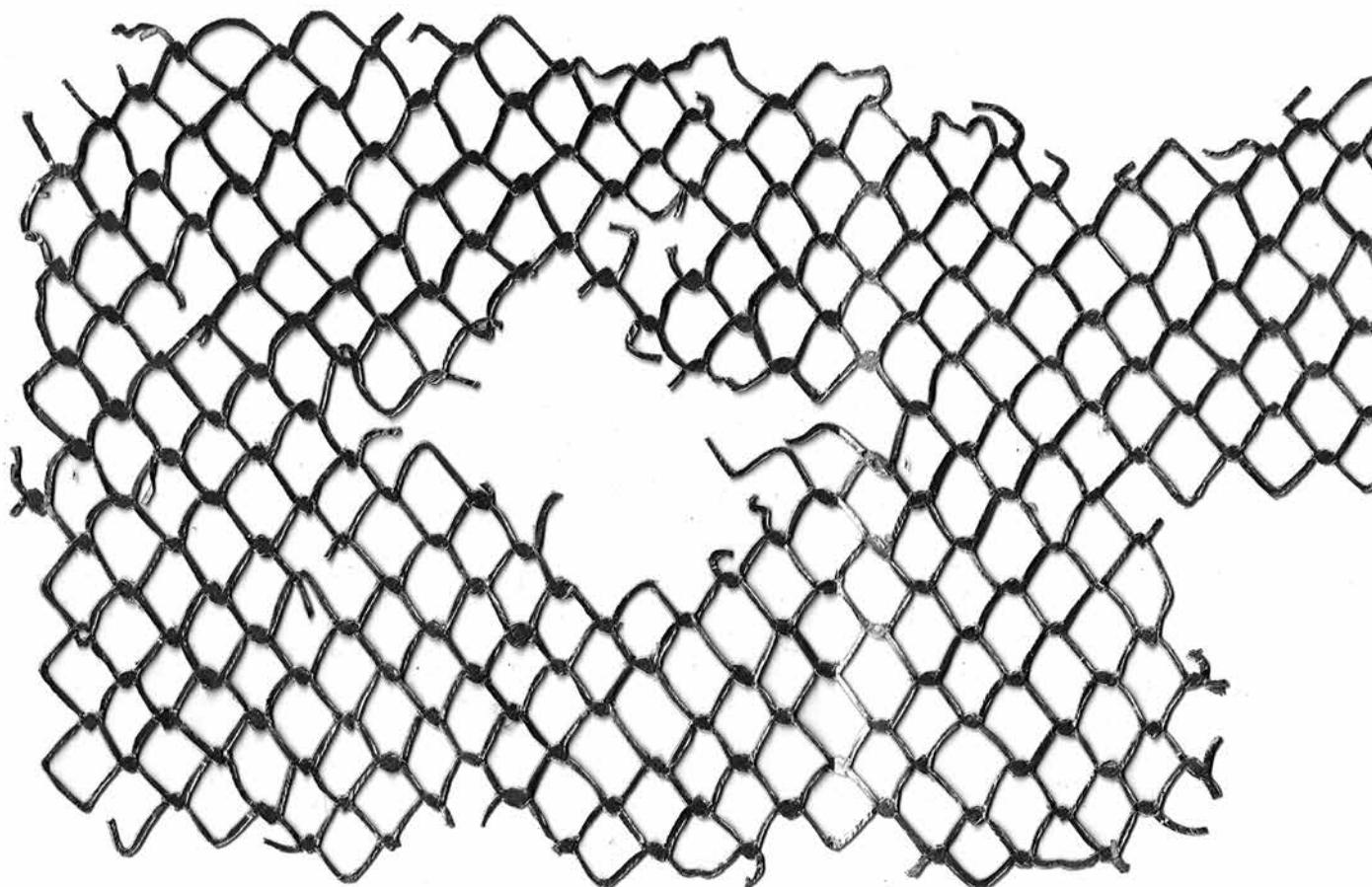
Luis Mario Moncada, director: Algunas autoridades de la UV no tardaron en decirme: “¿Por qué no lo hacen en un teatro? Digan lo que quieran, pero díganlo en un teatro.” Pensaban que era delicado.

Karla Camarillo, actriz: La primera vez que estuve sola adentro de ese lugar no pude evitar preguntarme para qué. ¿Es posible hacer teatro después de eventos como éste?

Alejandro Flores, autor: No hacía falta hacer amarillismo. Contactamos con estudiantes que estuvieron allí cuando sucedió todo. Nos han servido como informantes. Todo el tiempo han sabido lo que hacemos en ese cuarto.

Gustavo Schaar, actor: Afuera, recargado en el muro, encontramos un costal lleno de vidrios, cosas rotas, papeles ensangrentados: eran los restos de aquella noche, vestigios de un crimen.

Jorge Vargas, director: Las cosas se nos van atravesando, no por casualidad sino porque buscamos sin buscar. Después de rentar el cuarto, una historiadora me dijo: “Están en la calle de Herón Pérez. ¿Saben quién es Herón Pérez?” Cuando lo supimos, el proyecto cambió de nuevo por completo.



Enrique Dufoo, *Libertad libertad*, aguafuerte, 21 × 48 cm, 2015

*

Antes de continuar habrá que ponerse un chaleco naranja para no perderse. Estamos en las ruinas de una fábrica: la famosa fábrica textil del barrio de San Bruno. Y, aunque es famosa, su historia no suele figurar en los libros escolares. ¿Ha escuchado hablar del Sindicato Comunista de San Bruno? ¿Y de la masacre del 28 de agosto de 1924?

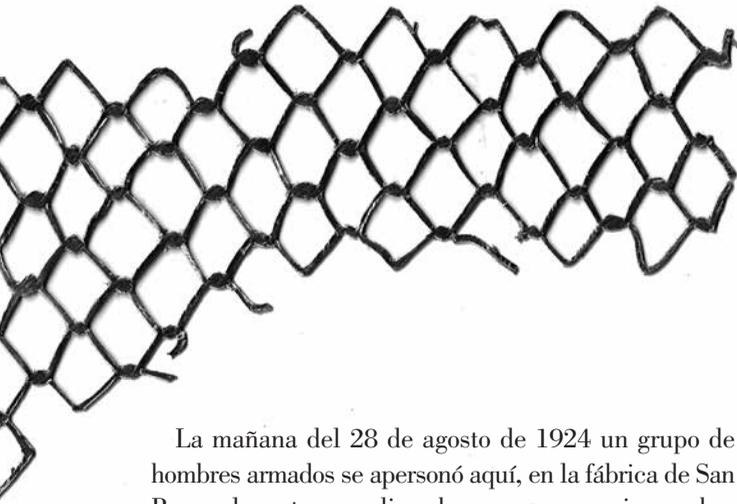
Yo crecí aquí, en este barrio enclavado entre las colonias Obrero-Campesina y la Ferrer Guardia. Mi nombre es Enrique Vázquez, pero me dicen El Negro. Soy actor desde hace dieciocho años.

Allá atrás encontrará imágenes antiguas de los trabajadores de la fábrica. Puede pasear a su antojo pero con cuidado, no vaya a tropezarse.

El señor calvo de barba y anteojos redondos es Jorge Castillo. Es otro de nuestros actores. Tiene la mirada extraviada porque está recordando cuando él mismo, en su juventud, trabajó en una fábrica de hilados y tejidos. Mire cómo sus manos se aferran a ese engrane gigante.

—Un día, una máquina me agarró una mano. Sentí un dolor intenso. Algunos compañeros me ayudaron a sacarla: cuando lo logré tenía la piel llena de puntitos rojos.

Los accidentes eran comunes en las fábricas de hilados. Y si de algo estaba lleno Xalapa era de ferrocarrileros, campesinos y obreros textiles. Por eso era vital que los trabajadores se organizaran: además de exigir un sueldo justo, luchaban por garantizar que su familia no quedara desprotegida en caso de accidentes.



La mañana del 28 de agosto de 1924 un grupo de hombres armados se apersonó aquí, en la fábrica de San Bruno; levantaron a diez obreros, se encaminaron hacia la Luz del Barrio y, antes de Rancho Viejo, se detuvieron en un predio conocido como Naranjillos. Allí los acribillaron a todos. El comando era dirigido por un tal Cruz Arenas, un matón al servicio de Adalberto Tejeda, el entonces gobernador de Veracruz. No es raro: el sindicato de San Bruno era considerado una amenaza por su línea comunista.

Con el tiempo, los vecinos ganaron el derecho de bautizar las calles con los nombres de los asesinados. El cuarto donde sucedieron los hechos del 5 de junio de 2015 está casi en la esquina de Mártires del 28 de Agosto y Herón Pérez. ¿Quién era Herón? Era un vecino que iba pasando. También a él se lo llevaron junto con un panadero.

*

Para llegar desde Xalapa al Teatro Milán en la Ciudad de México se deben recorrer trescientos veinte kilómetros. Pese a la distancia, cuando la Infantería Teatral presentó la obra *Cúcara y Mácara* en ese foro, la compañía no logró escapar de los cantos ominosos que los habían perseguido durante toda la temporada en Xalapa: ahí estaban, puntuales, al final de cada función. Por si fuera poco, Manuel Montoro, entonces director del Milán, comenzó a recibir llamadas: amenazaban con ametrallar el teatro.

La temporada terminó sin incidentes. Casi enseguida, Enrique Pineda consiguió nuevas funciones en el teatro Juan Ruiz de Alarcón de Ciudad Universitaria. Fue entonces cuando la farsa se convirtió en tragedia.

Arturo Messeguer, aquel hombre de cabello gris que ahora toca la guitarra en la esquina del cuarto, actuó en aquella función. Es necesario preguntarle cuánto tiempo duró el ataque. ¿Media hora? ¿Diez minutos?

—¿Diez minutos? ¡No'mbre! No duró nada. Un minuto. No sabes la cantidad de daño que puedes hacer en tan poco tiempo. Fueron cuarenta tipos los que subieron al escenario con varillas de metal. El público pensaba que era parte de la representación. El enanito, Rafael Cobos, fue uno de los más madreos. Le brotó un chisguete de sangre de la cabeza, como en las películas.

La sangre es una sustancia difícil de limpiar. La túnica púrpura que cuelga en un extremo del cuarto es parte del vestuario original del Cardenal Arzobispo; la sangre de Hosmé Israel, el actor que lo interpretaba, aún tiñe de escarlata el traje blanco. Según el libro conmemorativo por los sesenta años de la Compañía Titular de Teatro de la UV, cuando en 2006 la compañía se presentó con la obra *El rinoceronte* en el teatro Juan Ruiz de Alarcón, “los tramoyistas mostraron a los actores las manchas de sangre que todavía existen en el foro”.

—El Cardenal Arzobispo es el personaje que más he querido. Yo era muy joven y me costó un huevo y la mitad del otro interpretar a un anciano gargajiento, rengo, misógino. Me tuve que atar un elástico del tobillo a la cintura para poder cojear siempre al mismo nivel. Armar ese desmadre con un obispo que casi termina de amante del secretario de Gobierno me parecía divertidísimo. Es triste porque el personaje que más quiero es el que menos he interpretado: después de lo ocurrido, el espectáculo quedó prohibido por órdenes de Presidencia.

*

Hablar de *Cúcara y Mácara* en el cuarto donde sucedió la golpiza del 5 de junio implicaba vincular el pasado con el presente. Pero además, recorrer las calles del barrio de San Bruno metió a la compañía dentro de una comunidad.

En un inicio, Luis Mario Moncada sólo quería hablar del suceso de *Cúcara y Mácara*. Para ello llamó a Jorge Vargas. Pero Vargas —uno de los pocos directores que ejercitan con solidez el teatro-documental en México—

Jairo Itzamna, *La rata no sabe si es buena o mala*,
xilografía, 13 × 15 cm, 2016

suele pugnar por que el carácter azaroso del entorno se entrometa en los procesos creativos. Y no todos estaban contentos.

Karla Camarillo no se sentía a gusto. Si antes había pensado que pasar de *Cúcara y Mácara* a los eventos del 5 de junio era caprichoso, cuando el director les dijo que tenían que recorrer San Bruno para buscar historias de los extrabajadores textiles comenzó a desesperarse.

Además, cada que Karla intentaba recorrer estas calles aparecía alguien que intentaba agredirla sexualmente. Comenzó a preguntarse dónde estaban las mujeres en esa historia de lucha sindical y así llegó a uno de los hallazgos más significativos de *El puro lugar*, como se tituló el proyecto escénico.

—Conocí a las esposas de algunos extrabajadores. Me enteré de que había existido un sindicato femenil llamado Rosa Luxemburgo. Se han escrito estudios, tesis, libros sobre San Bruno, pero de las mujeres sólo encontré unos cuantos párrafos, aunque muy significativos. El lema que ellas usaban en las marchas, por ejemplo: “Si hay matanza, seremos las primeras.” Era cierto: ellas eran las que acordonaban las marchas, siempre iban al frente. Su participación fue trascendental pero se ha borrado de la historia. Sus preocupaciones de entonces eran las mismas de ahora: una de ellas tiene cuarenta años sin salir a la calle porque tiene miedo, por ejemplo. Cuarenta años con miedo. ¿Existe diferencia entre el miedo de una mujer a ser agredida sexualmente y el miedo de un estudiante a ser levantado?

*



Cuarenta hombres armados con varillas suben a un escenario en el que se representa una obra que ridiculiza los dogmas de la iglesia. Diez hombres armados con machetes y palos entran a un dormitorio estudiantil donde se festeja un cumpleaños. Un comando acribilla a diez trabajadores comunistas, a un panadero y a un vecino. 1981. 2015. 1924.

Alrededor del cuarto —número 6 de la calle Herón Pérez—, los paneles de acrílico fosforecen. Al centro, una vitrina resguarda varios objetos: un par de cucharas de plástico, popotes, vidrios rotos, un *kleenex* que esconde algo siniestro; objetos que evocan la brutalidad de un suceso sin mencionarlo.

¿Es ético representar la violencia así? Crear un montaje acerca de las ejecuciones, las madrizas, los millones de muertos, ¿hace alguna diferencia?

—¿Dónde están los límites? —pregunta Luis Mario Moncada—. Yo sé que estar aquí es una provocación. Pero de qué manera hacemos que esa provocación sea algo más que lanzar un petardo. Se trata de buscar alternativas contra la institucionalización del miedo. Es a lo que queremos llegar.

*



Hay coincidencias que son recordatorios. Hoy es 4 de junio de 2016, son las ocho de la noche: mañana es día de elecciones. En unas horas se cumplirá, también, un año de la golpiza que diez hombres propinaron a ocho estudiantes aquí adentro.

Algo está a punto de repetirse. Dieciocho personas ocupan otra vez el mismo espacio. Diez de ellos son espectadores. No hay sangre en esta ocasión, pero los cuerpos de ocho actores se agitan, laten con fuerza al ritmo de una coreografía que en poco debe parecerse a la bárbara estampida de hace un año.

Cuerpos que se revuelven frente a cuerpos que se protegen: los espectadores, aunque no están amenazados, se repliegan en una esquina: es el miedo en sus cuerpos.

—Lo que voy contarles es personal —dice Gustavo Schaar, un rubio con pinta de vikingo, uno de los actores más jóvenes de la compañía. Algo me ha dado vueltas casi desde que ocupamos este lugar. Algo que, en rigor, está fuera de contexto. Pero qué cosas están hoy en contexto en Xalapa.

Instrucciones para atar correctamente una bota militar:

Se toma el extremo de la agujeta y se pasa por el último orificio, pegado a la lengüeta. Se estira. Se toma el otro extremo de la agujeta, se atraviesa el agujero de enfrente, se estira hasta que quede simétrico. Se toma este último y se cruza sobre el empeine, se estira. Y así sucesivamente hasta llegar al último de los agujeros. Se hace un nudo. Parece obvio; no lo es cuando se tiene solamente una mano.

Gustavo hace una pausa. Quienes estuvieron aquí hace un año, explica, coinciden en que lo primero que vieron fue una bota que atravesó la puerta. Una bota negra, militar, perfectamente bien anudada. Ahora la puerta es nueva, no hay vidrios rotos, pero usted espectador mira sus propios zapatos y no entiende la diferencia, aquello que esencialmente lo distancia, a usted y a los otros nueve espectadores que hoy invaden este espacio, de los encapuchados que hicieron lo mismo hace un año.

—Si el aire se agita con el movimiento de los cuerpos, se calienta —dice Karla Camarillo—. Si el aire se calienta es más ligero: sus átomos se disparan en todas direcciones, como proyectiles. ¿Qué temperatura alcanza un espacio con tanta movilidad?

La actriz envuelve un envase de caguama con un pañuelo, pregunta: ¿Qué siente un cuerpo antes de sentir un madrazo? Toma un martillo. Golpea una, dos, tres veces. Usted, aunque sabe que se trata sólo de un envase vacío de cerveza Sol, siente un escalofrío: es su cuerpo que aún vive.

—Cuando un hueso se rompe, no sólo se astilla la carne; cuando un hueso se rompe así, con esa vileza, hierve: huye.

Los vidrios que hace un instante estaban envueltos con el pañuelo han salido disparados y reposan ahora en el suelo, inmóviles.

Mire ahora usted por esa enorme ventana que da hacia la calle. Mañana, 5 de junio de 2016, es día de elecciones. Un vecino espía desde el otro lado de la calle. **P**

Rallar amapola, ¿juego de niños?

Vania Pigeonutt

NAUCALPAN, ESTADO DE MÉXICO, 1988

Meztli trabaja desde que tenía cinco años. En los contornos de las uñas, casi pegadas a la piel, una delgada capa negra le delinea la punta de las manos un poco rasguñadas por finas navajas. “No es tierra”, aclara, mientras termina una trenzita de palma y cuenta que lo que más le gusta de su pueblo “es la amapola”. Junta los dedos y enseña las puntas: “Esto que ves es la goma que se va quedando.”

—¿Cómo?, le pregunto con sorpresa por su revelación.

—Sí, lo que más me gusta de aquí es la a-ma-po-la, reafirma casi en modo de susurro, como si de repente su papá estuviera escuchando o si los lunares en el cerro —que lucen una gama de colores entre rosa y rojo que señala a lo lejos— lo observaran todo. Pero no es lo único: también disfruta el atole de masa con piloncillo, correr en libertad en el campo, algunas veces en el contorno de la parcela familiar.

—¿A ti te gusta?, ¿tú rallas?, ¡Ah no!, ¿más antes?, ¿de chica?, me bombardea la niña que ya tiene once años de edad.

No sé qué responderle, sólo me dejo guiar. De piel color avellana, un metro diez de estatura y una delgadez que le brota en los huesos del pecho, camina con destreza, se sabe de memoria todos los recovecos de la zona. Es bilingüe, habla tu'un savi (lengua mixteca) y

español. Aquí en la Montaña de Guerrero, además del bajo índice de desarrollo humano, la gente comparte el habla de los antepasados y el amor a la tierra.

Estamos en un cerro a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, donde los habitantes hacen las tradicionales peticiones de lluvia. El lugar es recóndito y de camino laberíntico. Se descontrola el GPS y la señal de celular es impensable.

Meztlí habla mucho, disfruta traducirlo todo. Platica que ha rallado amapola con su familia, pero casi ya no va porque creció y está más pesada: para entrar a las parcelas debes ser ligero y pequeño, porque las matas de la flor crecen juntas y se corre el riesgo de pisarlas y matarlas. Por eso la extracción de la goma es tarea de niños.

No sabe nada de ganancias, sólo que debe ser prudente con el tema. Para ella es lo mismo sembrar calabazas que maíz: ¡total! en todos los cultivos ayuda a su papá, igual que sus cuatro hermanas. Sólo que a las amapolas les tiene más aprecio, disfruta el espectáculo de su parcela: flores meciéndose con el aire, esas que tanto le gustan y que son justo las que le dan algo de ingresos a su familia.

¿Cuánto ganan? No sabe, pero alcanza para que su mamá les compre a ella y a sus hermanas zapatos rosas de plástico, que cuestan sesenta pesos en la única tienda de su pueblo. Meztli me lleva a la punta del cerro, está cerca un despeñadero, abre las manos, las alza y respira el olor profundo a hierba. Son las seis de la mañana y el frío cala en los huesos.

Sus historias son muchas: que quiere estudiar, no se quiere casar como su hermana Tita a los dieciséis años

El presente texto es una adecuación de “Los niños del opio en Guerrero: rallar amapola, ¿un juego de niños?”, publicado en *El Universal* (13 de julio de 2015), <www.eluniversal.com.mx/articulo/estados/2015/07/13/los-ninos-del-opio-en-guerrero>. Los nombres de los personajes han sido cambiados.

Vania Pigeonutt. Es licenciada en Periodismo y Comunicación por la Universidad de Cuautitlán Izcalli. Trabajó siete años como corresponsal de *El Universal* en Guerrero. Es coautora de los libros *Ayotzinapa. La travesía de las tortugas* (Proceso, 2015) y *No basta encender una vela. Crónicas infrarrealistas* (Rayuela, 2015). Ha publicado en *El Universal*, revista *Domingo*, *Emeequis*, *Spleen! Journal*, *Liberación Guerrero* y en el semanario *Trinchera*. En 2015 ganó el tercer lugar del Premio Alemán de Periodismo Walter Reuter: “El fracaso de la guerra contra las drogas” con el texto “Los niños del opio”. Actualmente estudia la especialización en Periodismo Narrativo en la Universidad Iberoamericana, gracias a la fundación Prensa y Democracia.



ni quiere tener un esposo borracho que la deje con hijos y se vaya a Estados Unidos. Meztli quiere salir, terminar la secundaria, hasta llegar a cursar una carrera profesional, aunque cuenta desanimada que el lugar más lejos al que ha llegado es a tres horas de su casa. Y en su pueblo no hay más que una primaria y una secundaria.

Desde muy pequeña aprendió el amor al campo, porque es lo único que siempre ve, grandes montañas, plantas diversas: “Ésta para el dolor de muelas, esta otra para el empacho, para la calentura, ésa es toloacha, hace mal a los hombres, esa otra es para la tos...”.

Meztli no sabe de wi-fi ni de *bullying*; aunque también nació en la generación del iPhone, es la primera vez que ve uno y le encanta tomarse fotos. Se le va la vida en ir a la escuela, ayudar en su casa, algunas veces trabajar en la parcela, jugar a las atrapadas y, en ocasiones, en cazar ranas para comer.

*

Un día antes de la plática con Meztli conocimos a parte de su familia.

—¿Les echamos un raite? —le decimos a su familia para que se suban a la camioneta. Va su papá, su mamá y su hermana Trini, de cinco años de edad. Todos comemos galletas y el señor indica que la menor se queda a esperar a “Tío”. Insistimos en que nos tenemos que ir juntos, es lejos, está oscuro y hay neblina: “No, la niña se queda”, dice el jefe de familia y arrancamos el vehículo.

Sola, ocultando una lata de jugo de ciento veinticinco mililitros, se queda la pequeña. En el recipiente metálico

se alcanza a ver una pasta entre blanca y amarilla, que en pocos minutos será negra: la goma de opio. Después, mis acompañantes y yo nos enteramos que al papá de Meztli le dio pena que “pensáramos mal de ellos” y prefirió que la niña, su hija menor, se fuera con su hermano, tío de la pequeña.

Antes, pasamos con cautela a una parcela de amapola.

Al igual que Meztli, otros niños rallan amapola. La parcela que trabaja esta familia abarca unos veinte metros de largo por diez de ancho. Algunas plantas aún conservan la flor, otras ya están listas. Pedimos permiso al tío de Meztli para estar dentro del plantío mientras trabajan. Están él, su sobrina Lina, de cinco años, Octavio de once y Gelasio de dieciséis, sus chalanos.

El vaivén es suave. De los bulbos verdes, cuyo tallo no alcanza el metro de altura, resalta un tono intermedio entre el color de la hierba y el pistache. Brota un líquido blanco, lechoso, que manos diminutas liberan de los finos cortes que hacen al capullo con celeridad. Muchas flores de la planta, de un rojo carmín, yacen muertas en el suelo; al final lo que importa no es su belleza, sino lo que guardan dentro.

Aunque no tienen cinco años como Lina, la hermana de Meztli, Octavio y Gelasio aparentan ser mucho más jóvenes. Los tres son muy serios, pero más Octavio. Sus funciones son diferentes. El tío de nuestra guía prácticamente observa, es corpulento y si entra a las filas de flores, las pisaría todas; se queda en la orilla.

Rallar amapola parece muy fácil, un juego de niños. Lo hacen con un instrumento similar a un destapador de madera, pero en lugar del objeto que sirve para abrir



Yanka García, *Make America Great Again*, linograbado, 30.5 × 39.5 cm, 2016

los envases, éste tiene dos navajas pequeñas y filosas como garras de gato en las esquinas. Son delgadísimas. Lina y Gelasio toman su herramienta de no más de cinco centímetros de largo por tres de ancho y rasgan con cuidado la circunferencia de cada bulbo.

No se mueven demasiado dentro del lugar porque pueden pisar las plantas.

Octavio, el de menor talla, camina con más libertad por el espacio. Se aproxima a los escurrimientos lechosos que van dejando Lina y Gelasio por cada rallada y junta la pasta en una lata de jugo —que ya tiene las paredes llenas de goma seca—. Trabajan durante las tardes y los fines de semana también por la mañana. De la parcela sacarán setecientos gramos.

Tío señala que durante décadas ha sembrado amapola, porque es el único cultivo que le deja algo de dinero, los demás son para autoconsumo, como el de maíz y

frijol. La parcela se siembra en invierno y tarda cuatro meses en rendir frutos. No sabe mucho de la droga, pero admite que es la más cara.

De la goma de opio se hace la heroína, una droga muy cotizada a nivel mundial y, según la Secretaría de Salud, de las más adictivas. Tío sabe que si pruebas la leche antes de ser goma, se te duerme la lengua.

Del otro lado de su parcela hay plantas de amapola secas, es otro pequeño corredor. Algunas veces sacan la semilla de las plantas muertas, pero cuando no hay, la tienen que comprar a quinientos pesos el kilo; él nunca compra esa cantidad. Por el trabajo de cuatro meses recibirá dos mil pesos. Es la cifra que le paga un hombre que llega en una camioneta torton por los setecientos gramos de goma de opio.

Le parece poco, aunque no dimensiona las ganancias millonarias de la venta de opiáceos y la heroína y la mor-

fina. Pero a él le sirve para tener al menos dos mil pesos repartidos durante cuatro meses, tres pesos cada día durante ciento sesenta; después, o vuelve a sembrar o se va a trabajar fuera de casa para tener dinero.

¿Con quinientos pesos al mes puede mantener una familia de seis integrantes? Sí, porque todos trabajan, dice. La vida en un pueblo apartado es difícil, porque no cuentan con todos los servicios, pero a la vez sencilla. Comen ranas de los lagos, pollos de su corral; reses, que-lites del campo, zanahorias, frijoles, papas, habas, chiles, tortillas, atoles; todo se encuentra en su tierra, no gastan en comida. Compran poca ropa, poco todo, no tienen grandes cantidades de nada.

Tío observa a sus chalanes y a su sobrina; es hora de irnos porque el sol se está escondiendo y pronto oscurecerá. Todos los días van a recolectar goma. Cada bulbo soporta hasta quince ralladas si la barriga de la planta es dura y lechosa. Decenas de bulbos ya tienen más de diez rallas; el trabajo está casi terminado.

Casi pasan las ciento sesenta jornadas para que Tío tenga sus dos mil pesos y los use para cuando se enfermen sus hijos o tenga que salir de su comunidad. Cuando la tierra es buena, las plantas son más fértiles y llega a juntar hasta un kilo de goma, que vende en poco menos de tres mil pesos. Este año la tierra está blanda y calcula llegar a setecientos gramos. No tiene esperanzas de más.

Nos despedimos. Tío alcanzará a su sobrina, la niña de cinco años, en el cruce donde dejamos la camioneta, para orientarnos hacia el centro de la comunidad. La que vimos es la única parcela que hay de ese lado del pueblo, pero desde lo alto del cerro se alcanzan a ver los lunares rojos de las otras parcelas.

*

La producción de amapola no para. Cifras de 2014 de la Evaluación de la Amenaza Nacional de Drogas de la Agencia Antidrogas de Estados Unidos (DEA) destacan que en México se produce cuarenta y dos por ciento de la heroína que se consume en ese país. Guerrero es el principal productor de la droga.

Una investigación de *El Universal*, publicada el 3 de febrero de 2015, revela que diez bandas delincuenciales

se disputan el polígono de la amapola, donde confluyen unos veinte municipios de la sierra guerrerense.

En Guerrero, donde la tasa de homicidios supera hasta en ochocientos por ciento la media nacional, se produce la mayor cantidad de amapola mexicana. Desde 2015 mueren aquí más personas que en ninguna otra parte del país. Ese año hubo dos mil dieciséis muertos en forma violenta, cifra que se incrementó el siguiente año, 2016, cuando se registraron dos mil doscientos trece homicidios, con base en el recuento del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública. Los homicidios dolosos superan a estados violentos como Tamaulipas, donde hubo ochocientos cincuenta y cinco muertos en 2016.

En medio de ese negocio se encuentran Meztli y su familia sin tener conciencia de ello. Su trabajo se traduce en millones de dólares para las grandes mafias, pero ellos no ganan ni un cuarto del salario mínimo al día por los cuatro meses de trabajo en la parcela.

La región de la Montaña carece de vías de comunicación adecuadas, está flanqueada por ocho bases militares, pero más allá de las cabeceras municipales no hay presencia de policías municipales o federales, quienes sólo acuden a las comunidades acompañados de elementos del Ejército.

El lugar está enmarcado en una figura pentagonal, cuyos vértices son Iguala, Chilpancingo, Acapulco, Zihuatanejo y Coyuca de Catalán.

En una pequeña parcela de esta zona que comprende cuarenta por ciento del territorio del estado, platiqué con Meztli y sus familiares.

Al terminar la travesía, las hermanas de Meztli nos despiden y piden que regresemos con apoyos para su región. La niña dice adiós con sus manos pequeñas y habla de uno de sus anhelos: le gustaría tener una falda del tono de la amapola, una como la de su abuela.

Meztli trabajará esa tarde. Toma las latas y los ralladores para irse con Gelasio y su tío. No siente que ir al campo sea trabajo; para ella, estar allí significa diversión y ver el atardecer de rojos diferentes. Esos tonos, me dice, le gustarán siempre. Meztli es muy joven para saber con certeza a qué se dedicará. Tiene algo claro: salir de su pueblo y ver todo tipo de plantas. 📍

